



LA VIDA
DE

Sta. Teresa de Jesús



Escrita por ella misma





VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS

VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESUS

PATRONA DE LA CIUDAD DE ÁVILA

ESCRITA POR ELLA MISMA

POR MANDATO DEL DOMINICO PADRE

FR. PEDRO IBÁÑEZ SU CONFESOR



ÁVILA

Imprenta católica de Emiliano González Robina.

1908

Con Licencia Eclesiástica.

Censura oficial del Maestro Fr. Domingo Bañez. (1)

Visto he, y con mucha atención este libro en que Teresa de Jesús monja Carmelita y fundadora de las descalzas carmelitas, da relación llana de todo lo que por su alma pasa, á fin de ser enseñada y guiada por sus confesores, y en todo él no he hallado cosa que á mi juicio sea mala doctrina. Antes tiene muchas de gran edificación y aviso para personas que tratan de oración. Porque su mucha experiencia desta Religiosa y su discreción y humildad en haber siempre buscado luz y letras en sus confesores, la hacen acertar á decir cosas de oración, que á veces los muy letrados no aciertan así por la falta de experiencia. Solo una cosa hay en este libro en que poder reparar y con razón hasta examinarla muy bien, y es que tiene muchas revelaciones y visiones, las cuales siempre son mucho de temer, especialmente en mugeres, que son más fáciles en creer que son de Dios, y en poner en ellas la santidad, como quiera que no

(1) Para conocer el valor de esta aprobación que el señor la Fuente llama *notabilísima*, es preciso tener muy presente la época en que el P. Bañez la dió. La extendió y rubricó de su mano el 1575, cuando no solo estaba en litigio la santidad de Teresa de Jesús, y revelaciones de su Reforma, sino que aun públicamente era perseguida de los mismos principes de la tierra, y lo que es más, el Nuncio de Su Santidad en España decía de la Virgen Avilesa, «que era una fémica inquieta, andariega y desobediente á la autoridad legítima.» Por eso el Sr. La Fuente da mucha más importancia á este documento del P. Bañez que al Prólogo de Fr. Luis de León á las Obras de Santa Teresa; pues el célebre Agustino escribió su aprobación en 1587, es decir, muerta ya Santa Teresa, cuando ya se habian desvanecido todos los temores y sospechas y cuando la incorrupción de su cuerpo virginal, con otras mil maravillas acreditaban la virtud y santidad de tan esclarecida Virgen.

Además el informe del Dominico P. Domingo Bañez era un informe oficial que presentó al Santo Tribunal de la Inquisición que le habia comisionado el que censurase esa obra que conocemos con el nombre de *Vida de Santa Teresa de Jesús*.

consista en ellas. Antes se han de tener por trabajos peligrosos para los que pretenden perfección, porque acostumbra Satanás á transformarse en Angel de luz, y engañar las almas curiosas y poco humildes, como en nuestros tiempos se ha visto, mas no por eso hemos de hacer regla general de que todas las revelaciones y visiones son del demonio. Porque á ser así, no dijera San Pablo que Satanás se transfigura en Angel de luz, si el Angel de luz no nos alumbrase algunas veces. Santos han tenido revelaciones y Santas, no solamente de los tiempos antiguos, mas aun en los modernos, como fué Santo Domingo, San Francisco, San Vicente Ferrer, Santa Catalina de Sena, Santa Gertrudis y otros muchos que se podrían contar, y como siempre la Iglesia de Dios es y ha de ser santa hasta el fin, no solo porque profesa santidad, sino porque hay en ella justos y perfectos en santidad, no es razón que á carga cerrada condenemos y atropellemos las visiones y revelaciones, pues suelen estar acompañadas de mucha virtud y cristiandad. Antes conviene seguir el dicho del Apóstol en el c. 5 de la 1.^a á los Thesalonicensis: *Spiritum nolite extinguere. Prophetias nolite sperne e. mai. probate, quod bonum est, tenete. Ab omni specie mala abstinete vos.* Sobre el cual lugar quien leyere á Santo Tomás, entenderá con cuanta diligencia se deben examinar los que en la Iglesia de Dios descubren algún don particular, que puede ser para utilidad ó daño de los próximos y cuanta atención se haya de tener de parte de los examinadores para no extinguir el fervor del espíritu de Dios en los buenos, y para que otros no se acobarden en los ejercicios de la vida cristiana perfecta. Esta mujer, á lo que muestra su revelación, aunque ella se engañase en algo, á lo menos no es engañadora, porque habla tan llanamente bueno y malo, y con tanta gana de acertar, que no deja dudar de su buena intención; y cuanto más razón hay de que semejantes espíritus sean examinados por haber visto en nuestros tiempos gente burladora, so color de virtud, tanto más conviene amparar á los que con el color parece tienen la verdad de la virtud. Porque es cosa extraña lo que se huelga la gente floja y mundana de ver desautorizados á los que llevan especie de virtud. Quejábase Dios antiguamente por el profeta Ezequiel, c. 13, de los falsos profetas, que á los justos aprelaban y á los pecadores bisongeaban, y diceles.— *Mærere fecistis cor iusti mendaciter, quem ego non contristavi: et confortastis manus impij.* En alguna manera se puede esto decir contra los que espantan las almas,

que van por el camino de oración y perfección, diciendo que son caminos peligrosos y singularidades, y que muchos han caído en errores yendo por este camino, y que lo más seguro es un camino llano y común y carretero. De semejantes palabras, clara está, se entristecen los que quieren seguir los consejos y perfección con oración continua, cuanto les fuere posible, y con muchos ayunos y vigiliat y disciplinas; y por otra parte los flojos, los viciosos se animan y pierden el temor de Dios, porque tienen por más seguro su camino, y este es el engaño que llaman camino llano y seguro la falta del conocimiento y consideración de los despeñaderos y peligros por do caminamos todos en este mundo. Como quier que no haya otra seguridad sino, conociendo nuestros cuotidianos enemigos, invocar humildemente la misericordia de Dios, sino queremos ser cautivos de ellos. Cuanto más, que hay almas á quien Dios aprieta de manera, para que entren el camino de perfección, que en cesando del fervor, no pueden tener medio, sino luego dan en otro extremo de pecados: y estas áúles tienen extrema necesidad de velar y orar muy continuo, y en fin, á nadie dejó de hacer mal la tibieza. Meta cada uno la mano en su seno, y hallará ser esto verdad. Creo cierto, que si algun tiempo sufre Dios á los tibios, que es por las oraciones de los fervorosos, que de continuo claman: **et ne nos inducas in tentationem.** He dicho esto, no para que luego canonicemos á los que nos parece van por camino de contemplación; que este es otro extremo del mundo y solapada persecución de la virtud, santificar luego á los que tienen especie de ella. Porque á ellos les dan motivo de vanagloria, y á la virtud no hacen mucha honra, antes la ponen en lugar peligroso; porque cuando los que fueron tan alabados cayeron, más detrimento padece el honor de la virtud, que si nunca fueran tan estimados; y así tengo por tentación del Demonio estos encarecimientos de la santidad de los que viven en este mundo. Que tengamos buena opinión de los siervos de Dios, muy justo es; mas siempre los miremos como gente que está en peligro, por buenos que sean, y que el ser buenos no nos es manifiesto, tanto que nos podamos segurar aun de presente.

Considerando yo ser así verdad lo que tengo dicho: siempre he procedido con recato en la examinación de esta relación de la oración y vida de esta religiosa, y ninguno ha sido más incrédulo que yo en lo que toca á sus visiones y revelaciones, aunque no en lo que toca á la virtud y buenos deseos suyos, porque de esto tengo grande experiencia de su verdad, de su

obediencia, penitencia, paciencia y caridad con los que la persiguen, y otras virtudes. que quien quiera que la tratare, verá en ellas; y esto es lo que se puede preciar como más cierta señal del verdadero amor de Dios que las visiones y revelaciones; y tampoco menosprecio sus revelaciones y visiones y arrebatamientos, antes sospecho, que podrían ser de Dios, como en otros santos lo fueron, mas en este caso siempre es más seguro quedar con miedo y recato; porque en habiendo seguridad, tiene lugar el diablo de hacer sus tiros, y lo que antes era quizá de Dios, se trocará y será del demonio.

Resuélvome en que este libro no está para que se comuniqué á quien quiera, sino á hombres doctos y de experiencia y discreción cristiana. El está muy á propósito del fin para que se escribió que fué dar noticia esta religiosa de su alma á los que la han de guiar para no ser engañada. De una cosa estoy yo bien cierto, cuanto humanamente puede ser, que ella no es engañadora; y así merece su claridad que todos la favorezcan en sus buenos propósitos y buenas obras. Porque de trece años á esta parte, ha hecho hasta una docena, creo, son los monasterios de monjas descalzas Carmelitas, con tanto rigor y perfección como los que más, de que darán buen testimonio los que los han visitado, como es el Provincial Dominico, Maestro en Sagrada Teología, Fr. Pedro Fernández, y el Maestro Fr. Hernando de Castillo y otros muchos. Esto es lo que por ahora me parece acerca de la censura de este libro, sugutando mi parecer al de la Santa Madre Iglesia y de sus ministros. Fecha en el Colegio de San Gregorio de Valladolid en siete dias de Julio de 1575.

FR. DOMINGO BAÑEZ.





INTRODUCCION

SANTA TERESA DE JESÚS Y LOS DOMINICOS

I

«Entre los escritos de Santa Teresa de Jesús la obra más importante y la primera en el orden cronológico es el LIBRO DE SU VIDA. Este, como la mayor parte de los escritos que nos dejó Santa Teresa, fué efecto de un acto de obediencia.

»El fin que la Santa tuvo al escribir su Vida, fué dar á conocer á sus confesores las gracias con que Dios la favorecía y el grado de oración en que se hallaba. En todo el curso de esta obra habla dirigiéndose á religiosos de Santo Domingo, á los PP. Pedro Ibáñez, Domingo Báñez y García de Toledo; y gran número de pasajes revelan claramente la intimidad toda sobrenatural que unía á la Santa con estos tres hombres eminentes, en los cuales hallaba, además de la ciencia teológica, de que tan ávida fué siempre, la experiencia personal en lo que se refería á la mística más elevada.»

Las palabras que preceden con las cuales empezaron el prólogo á la VIDA DE SANTA TERESA, sus hijas las Carmelitas Descalzas de la Encarnación

de París, quienes están al presente traduciendo las Obras todas de su Santa Madre, nos manifiestan la historia de este preciosísimo libro. El es en efecto el primero y principal libro de Santa Teresa, no sólo por su volumen y en el orden cronológico, sino más bien, porque en él nos dejó escrito cuanto después nos enseñó en sus Obras posteriores, si se exceptúa, como es claro, la parte histórica de sus fundaciones. Con grande ingenuidad y no menos humildad lo reconoce y confiesa la misma Santa Escritora, cuando en el prólogo a las *Moradas* nos dice: «Bien creo he de saber decir poco más de lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir; antes temo que han de ser casi todas las mismas; porque así como los pájaros que enseñan á hablar, no saben más de lo que les muestran ú oyen y esto repiten muchas veces, soy yo al pié de la letra» (1). Sabemos en verdad que los libros de las *Moradas*, *Camino de Perfección* y *Fundaciones* los escribió para que sustituyesen, y su lectura aprovechase á sus hijas, ya que no podían aprovecharse del LIBRO DE LA VIDA por hallarse este en el Tribunal de la Inquisición. Solo hay una diferencia, y es, que en el LIBRO DE LA VIDA habló en primera persona con singular llaneza y admirable candidez; mientras

(1) Confirma lo dicho el P. Ribera cuando en el Libro 4.º Capítulo 6.º después de analizar el LIBRO DE LA VIDA y su doctrina continua diciendo: «Esta misma doctrina tiene el Libro de las «Moradas,» mas por orden, y con mas resolución de experiencia por haberse escrito quince años después; pero particularmente lo mas alto de ella, que es lo que está en las tres «Moradas posteriores, es todo lo que en si vió y experimentó, sino que en la «Vila» habla mas claramente de si, acá mas encubiertamente.

que en sus libros posteriores lo hizo en tercera persona y de un modo magistral como Doctora consumada en la ciencia de los Santos.

El Sr. La Fuente hace el exámen de este Libro por las siguientes palabras (1): «El LIBRO DE LA VIDA es esencialmente histórico: pero desde el capítulo 10 hasta el 30 intercala en él la Santa un tratado de oración tan completo que pudiera imprimirse en libro aparte. Ella misma conoce en su claro talento, que ha cortado el hilo de la narración; pues comienza el Capítulo 29 diciendo: «Mucho he salido del propósito...»

Escribió este Libro por obediencia á sus confesores, como lo significa expresamente cuando nos dice (2): «A quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis *confesores me mandan*.» ¿Quiénes fueron estos? Oigamos de nuevo al señor La Fuente (3): «Corría el año de 1561 cuando el P. Fr. Pedro Ibáñez, Dominico, Confesor de Santa Teresa, sujeto sabio y virtuoso, le mandó escribir su Vida. Principióla en Avila y la acabó de escribir en Toledo (4), en casa de doña Luisa de la Cerda, Señora de Malagón y hermana del Duque de Medinaceli, hacia Junio de 1562.» El mismo historiador, pasados veinte años, ó sea en 1881 editaba de nuevo las Obras de la Mística Doctora y escribía: «El LIBRO DE LA VIDA interior y

(1) Prólogo al tomo 2.ª edición 1881.

(2) Prólogo de la Santa.

(3) La Fuente. Prólogo, Edición 1861.

(4) Se entiende hasta el Capítulo 32 pues los restantes los escribió en su monasterio de San José de Avila.

fundación de San José se lo mandó escribir un confesor fraile Dominico, y continuar otro confesor también Dominico...» y un poco más adelante: «Al año siguiente (1563) le hizo Fr. García de Toledo, también fraile Dominico, y confesor de Santa Teresa, continuar aquel libro añadiendo la fundación de su primer convento de San José en Avila:» y concluye: «Debemos, pues el LIBRO DE LA VIDA y fundación de San José de Avila á Santo Domingo.»

Lo mismo testifica el autor de la Reforma del Carmen añadiendo al hablar (1) del P. Fr. Pedro Ibáñez: «El motivo que significó á la Santa el Padre Presentado fué, para examinar más despacio, y conferir los sucesos de su vida y caminos de su espíritu con personas graves de su Orden. *El que tuvo* el siervo de Dios, como sabio y prudente, fué para que tantas maravillas, tan raros prodigios de la benignidad divina con las almas puras, tan altas noticias del trato místico, no quedasen en olvido, ni con menos certidumbre de la que podía dar la misma Santa, humilde, ilustrada, y sumamente ajustada á la verdad, y tan enseñada de Dios que nadie como ella podía decirlo tan bien ni con palabras tan propias de la materia. Y así á este Venerable Padre debe la Religión y la Iglesia todo el tesoro que hoy goza. Y cuando considero lo que cada uno hizo ayudando y sirviendo á la Santa, y favoreciendo á su Religión, no sé que nadie pueda ganar la palma á este Venerable Padre (2).»

(1) Crónica de la Reforma, Lib. 5.º Cap. 36.

(2) Después de tan graves y expresivos testimonios y otros muchos que pudieran aducirse, no tienen verdaderamente ex-

Más tarde fué delatado este libro al Tribunal de la Inquisición por la Princesa de Eboli, doña Ana de Mendoza, para vengarse así de la Virgen Avilesa que no quiso condescender con los caprichos

plicación las palabras del Jesuita P. Pons, quien en la Introducción á la Vida de Santa Teresa por el P. Ribera, que acaba de publicar, escribe así: «Quién la impuso á Santa Teresa este precepto (de escribir la Vida)? ¿Cuándo empezó á escribirla? «Lo ignoramos.» No lo ignoramos, Reverendo Padre en Cristo; sino que sabemos ciertamente que el que la impuso este precepto ó mandato fué el P. Fr. Pedro Ibáñez, Dominico, Lector de Sagrada Teología en el Convento de Santo Tomás de Avila, como consta de los precedentes testimonios.

El mismo P. Pons en la misma introducción, un poco más adelante, después de citar las palabras del Dominico Padre Fray Domingo Báñez en que asegura que el LIBRO DE LA VIDA le escribió Santa Teresa «con licencia de sus confesores, que antes había tenido, como fué un Presentado Dominico, llamado Rdo. P. Ibáñez,» añade el P. Pons: «ahora bien, los confesores que antes tuvo fueron los PP. Prádanos, Álvarez y Salazar, de la Compañía, y el P. Ibáñez, Dominico.» Como se ve, el Padre Domingo Báñez, en este testimonio que dió en Salamanca en 1591, para la canonización de la Santa, no solo dice que Santa Teresa escribió el LIBRO DE LA VIDA con licencia de sus confesores: sino que señala y nombra entre los confesores que había tenido al «Presentado Dominico, llamado Rdo. Padre Ibáñez.»

Desde luego puede afirmarse, que cualquiera que lea al Jesuita P. Pons en su introducción, y no esté en antecedentes sacará en consecuencia, que lo más probable es, que el que mandó escribir á Santa Teresa el LIBRO DE SU VIDA fué un P. Jesuita. Porque, si por una parte, según el P. Pons, «se ignora quien la impuso este precepto;» y, según el mismo Padre, solo sabemos que Santa Teresa lo escribió con la licencia de los confesores que antes había tenido, y los confesores que antes había tenido fueron los padres Prádanos, Álvarez y Salazar de la Compañía, y el P. Pedro Ibáñez Dominico» resulta según esto, que de cuatro probabilidades, sobre quien pudiera ser el confesor que impuso á Santa Teresa el precepto de escribir su Vida, las tres son en favor de los PP. Jesuitas y sólo

de tan altanera dama. Grande fué la aflicción de Santa Teresa por ese *desmán*, como ella misma le llama; pues ponía en gran peligro todo el plan y obra de su Reforma, y así escribiendo al Padre

una en favor de los Dominicos. Así se embrollan las cosas mas claras y patentes de la historia.

Lo más extraño de todo en el P. Pons es, que después de haber escrito lo que acabamos de ver en la introducción, al llegar al Capitulo 13 del libro primero, se expresa así en las notas de la página 156; «No hay que confundir, (dice) á este Padre (P. Ibáñez) con Fr. Domingo Báñez de la misma Sagrada Religión, como lo hace el P. Antonio Tourón O. P. en su obra *Histoire des hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique* T.^o IV Libro XXXII.» Tuvo el P. Ibáñez la feliz idea de ordenar á Santa Teresa que escribiera la historia de su Vida. Principiála en Avila en 1561 y la acabó de escribir en Toledo, en casa de Doña Luisa de la Cerda hacia Junio de 1562.» Y mas adelante, en otra nota, página 390 viene á repetir lo mismo al escribir: «Empezó la Santa á escribir el LIBRO DE LA VIDA en 1561 por orden del P. Fr. Pedro Ibáñez, Dominico, y la terminó en 1562 estando en Toledo. En esta ciudad por mandato del P. García de Toledo, también Dominico, añadió al libro la fundación de San José de Avila. Véase la introducción.» ¿Quién no ve en estas afirmaciones la más patente contradicción? Repite dos veces en las notas que la Santa empezó á escribir su Vida en 1561 por orden del P. Pedro Ibáñez después que ha afirmado en la introducción: «que ignoramos quien la impuso el precepto de escribir y la fecha en que empezó» Nos parece excesivo el aplomo con que el P. Pons trata de envolver en el misterio de la duda un punto indiscutible, estudiado por él con tanta ligereza que es muy difícil salvarle de haber incurrido en contradicción palmaria.

También encierran no pequeña inexactitud las últimas palabras de la referida nota, página 390 cuando dice: «En esta ciudad (Toledo) por mandato del P. García de Toledo, también Dominico, añadió al libro la fundación de San José de Avila.» Mucho se equivoca el P. Pons al afirmar que Santa Teresa añadió en Toledo al LIBRO DE LA VIDA la fundación de San José de Avila. Esta fundación, es cierto que la escribió

Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús le decía estas sentidas palabras (1): «Háme sido grande tormento y cruz, y me cuesta muchas lágrimas.»

Hizo el Tribunal su oficio con toda diligencia y recogió pronto el libro. Entregó éste á sus calificadores, y por disposición divina, «señaló entre los demás dice «La Reforma Carmelitana» al P. dae Maestro Fr. Domingo Báñez y al P. Maestro Fr. Hernando del Castillo, Predicador del Rey *para que nunca faltaran Frailes Dominicos al amparo de la Santa... hallándose á su lado aun cuando todos sus amigos la desampuraron* (2).»

Como era de esperar los hijos de Santo Domingo, calificadores del Santo Oficio aprobaron el escrito, ó sea el LIBRO DE LA VIDA, según consta con respecto al P. Hernando del Castillo, de la

por mandato del Dominico P. García de Toledo: pero no la escribió en Toledo sino en Avila. Santa Teresa estuvo en Toledo los primeros seis meses de 1562, ó sea hasta últimos de Junio que llegó á Avila, haciéndose la fundación de San José el 24 de Agosto de este mismo año, y como es claro, no pudo escribirla en esos seis meses, pues aun no se habia hecho la fundación, y no volvió á la imperial ciudad hasta el año de 1563. Para esta fecha hacia ya tiempo que la Santa habia terminado el LIBRO DE LA VIDA; pues según todos los biógrafos, al salir á la fundación de Medina en el 1567 habia ya escrito además el *Camino de Perfección* que según todos es posterior al LIBRO DE LA VIDA. En 1562 si escribió la Santa en Toledo parte de la Vida ó sea los últimos capítulos hasta el 32 por mandato del Dominico P. Ibañez, pero del 32 en adelante donde refiere la fundación de San José, la escribió en Avila por mandato del Dominico P. García de Toledo durante los cinco años que permaneció en su primer convento, antes de salir á la segunda fundación ó sea la de Medina en 1567.

(1) La Fuente, Relación 7.^a núm. 20.

(2) Libro 9.^o Cap. 43.

declaración hecha en Zaragoza por la V. Isabel de Santo Domingo, Carmelita descalza, y con respecto al P. Domingo Báñez, de todos es conocida la solemne aprobación que en siete de Julio de mil quinientos setenta y cinco dió en Valladolid, hallándose allí de Regente del Colegio de San Gregorio, la cual aprobación escrita de su puño y letra ha estado y estará siempre unida al original de la Vida en el Relicario ó Camarín del Escorial.

Hablando el Sr. La Fuente de este tan importante documento dice así (1): «Esta aprobación era notabilísima por la época y circunstancias en que se dió. Veíase Santa Teresa en medio de otra persecución tan grave ó más que la sufrida en Avila. Luchaba allí (en Avila) contra el ayuntamiento y los vecinos de su patria, contra los frailes de su pueblo y las monjas de su propio convento. Mas ahora se veía perseguida por los Carmelitas calzados y por la Princesa de Eboli, que había convertido en ira y despecho su alta-nera protección, y casi por la Inquisición de Castilla la Nueva, á la cual habían sido denunciadas la Escritora y el libro. El P. Báñez fué por segunda vez su apoyo en medio de tan gran apuro. Su censura debió influir mucho á favor de la pobre monja, que por entonces se hallaba en Sevilla.» Se queja después y con razón el mismo autor de que esta aprobación no se haya impreso siempre con las Obras de Santa Teresa: «Se ve, pues, dice que esta censura es la mas importante de todas, y aun más que la del mismo Fr. Luis de León,

(1) Escritos de Santa Teresa Tomo 1.º páginas 129 y 130, Edición de 1861.

pues que este principia diciendo que no conoció á la Madre Teresa de Jesús, al paso que Báñez, no solamente la trató personalmente, sino que la defendió cuando todos parecían conjurados contra ella, y la juzgó con gran criterio, imparcialidad y rectitud. Además la censura del P. Báñez tenía un carácter oficial, pues la dió de orden de la Inquisición de Toledo, y va en tal concepto, aun hoy día, unida al Libro mismo original. ¿Por qué, pues, no imprimirla, como se imprimían otras muchas menos importantes?... Y tratándose de un sujeto tan insigne, aludido en el escrito por la misma Santa, que anotó el libro mismo original y pudo poner al margen notas comprobantes, diciendo á manera del latino *-cujus pars ego magni fui*,—¿cómo se pudo omitir este interesante documento?...

»Por mi parte, sin rebajar el mérito personal de los demás aprobantes, cuyos testimonios quedan ya consignados en los artículos preliminares de este tomo, doy el primer lugar á este documento por el mérito y el interés histórico, y aun lo prefiero al mismo de Fray Luis de Leon, con quien coincide en varios pensamientos. Sería curioso el compararlos. Se ve en ambos escritos el carácter de cada uno de los escritores y catedráticos salmantinos; la suavidad poética del almiabarado Agustino, y la sencillez y naturalidad francota del teólogo dominicano» (1).

De todo lo hasta aquí expuesto, aunque de una

(1) En esta modesta edición de la VIDA DE SANTA TERESA, se cumplen los justos deseos del Sr. Lafuente, y aparece, en ella, como debía aparecer en todas, la notabilísima censura del célebre Dominico Padre Maestro Báñez.

manera sucinta, porque las circunstancias de este trabajo no permiten otra cosa, se deduce claramente la mucha parte que los Dominicos tuvieron en este escrito celestial de la Mística Doctora; *que á ellos deben la Religión y la Iglesia*, (y se pudiera añadir la Literatura Española, repitiendo la frase del autor de la Reforma) *el poder gozar hoy de tan inmenso tesoro*; que ellos fueron quienes la defendieron ante el Tribunal de la Santa Inquisición *para que*, como escribe el mismo autor, *nunca faltasen Frailes Dominicos al amparo de la Santa*; y que el célebre P. Báñez, con su censura oficial *fué por segunda vez un apoyo en medio de tan gran apuro, influyendo eficazmente á favor de la pobre monja*, como hemos visto afirma el historiador La Fuente.

El mismo Maestro Báñez fué quien la mandó escribir el *Camino de Perfección*, y el Dominico Padre García de Toledo *el fundamento de que Santa Teresa escribiese el precioso libro de sus Fundaciones*, en expresión del respetable autor de la *Crónica de la Reforma* (1). En cuanto al *Castillo Interior ó las Moradas*, si bien le escribió por mandato del P. Gracián, primer Provincial de la Reforma, pero Santa Teresa suplicó á éste que el Dominico P. Yanguas le censurase y corrigiese en presencia de la misma Santa en el locutorio de San José, como realmente lo hizo; todo lo cual prueba lo mucho que á los hijos de Santo Domingo se debe con respecto á los libros y doctrina de esta Mística Doctora.

Los Dominicos fueron también quienes con sus

(1) Libro 5.º Cap. 36.

letras la sacaron de mil engaños, dudas y peligros en que se hallaba, debido á la dirección de confesores ignorantes, ó como ella misma les llama *medio letrados y espantadizos*. Por eso escribe en el Capitulo 5.º: «Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años, hasta que un Padre Dominico gran letrado me desengañó en cosas.» Hablando del confesor de su padre, ó sea del P. Barrón, escribe así en el Capitulo 7.º: «Decía su confesor, que era Dominico muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia...»

«Este Padre Dominico, que era muy bueno, y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él y tomó hacer bien á mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Haciame comulgar de quince á quince dias y poco á poco comenzándole á tratar, tratéle de mi oración. Dijome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca más la deje.»

Jamás se olvidó Santa Teresa de este insigne bienhechor que haciéndola volver al camino de la oración, la apartó del camino del infierno; y así escribe en el Capítulo 19: «creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Sto. Domingo, gran letrado, que el me despertó de este sueño.» No sólo este Venerable Padre la dió luz, la sacó de este engaño y la despertó de este sueño; sino que hubo otros muchos Dominicos que la sacaron de muchas perplejidades y dudas. «Los que no tenían letras, escribe en el Capítulo 18, me decían que (Dios) estaba

solo por gracia, yo no lo podia creer; porque como digo, pareciame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso Patriarca Santo Domingo me quitó desta duda, que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto.» «Dábame (el temor de que supiesen las mercedes que Dios la hacía) algunas veces, (vuelve á decir en el Capítulo 31) y duróme hartos días y parecía era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentación, (un fraile Dominico, gran letrado, me lo declaró bien).» En carta escrita al P. Gracián le decía: «Ya escribí mucho ha... Que un gran letrado Dominico contándole yo...» etc. etc. (1).

Omitiendo otros muchísimos pasajes en que repite lo mismo, solo citaré las palabras contenidas en el Capítulo 8.º de sus Fundaciones, donde hablando en tercera persona escribe de esta manera: «Yo sé de una persona que la trajeron harto apretada los confesores por cosas semejantes, y harto tenía cuando veía su imagen en alguna visión que santiguarse y dar higas, porque se lo mandaban así. Después tratando con un gran letrado Dominico, Maestro Fr. Domingo Báñez le dijo que era mal hecho; que ninguna persona hiciese esto.» etc. etc.

Así se entiende que la Santa Madre desease y aconsejase á sus monjas, comunicasen estas con religiosos de la Orden de Sto. Domingo, como lo testifica solemnemente el Rmo. P. Gil González de la Compañía de Jesús por estas graves palabras que se encuentran en las informaciones que para la

(1). La Fuente, Tomo 5.º, Carta 186.

canonización de la Santa se hicieron en Madrid. (1)
«También sé que encargaba mucho la Santa á sus monjas, y en sus libros lo dice, que procurasen tratar con gente docta y de muchas letras, y por esta razón las aficionaba á la Religión de Santo Domingo, por la seguridad de la doctrina que profesa esta Religión.»

Y si los Dominicos fueron los instrumentos de que se valió la providencia divina para vencer la grande modestia de esta incomparable mujer que se tenía por la *más ruin entre todos los nacidos*, y que *perdiere de hilar* por dedicarse á escribir; si tan eficaz fué, como acabamos de ver, la influencia de los Dominicos en la santidad de Teresa, ya sacándola de mil peligros, ignorancias, perplejidades y dudas, ya principalmente haciéndola volver al ejercicio de la oración, que habia por desgracia abandonado, aun fué más decisiva su intervención en la Obra de la Reforma (2) Léanse los

(1) La Fuente, Tomo 6.º Edición de 1881.

(2) No estará demás advertir, que aun cuando se pueda afirmar que la gran Teresa de Jesús pertenece, en cierto modo, á los Dominicos, por lo mucho que influyeron en sus escritos y doctrina, así como en su santidad y en la Obra de la Reforma, no intentamos con esto excluir, ni negar á las otras Ordenes Religiosas su intervencion é influencia con respecto á esta Virgen celeberrima bajo esos mismos aspectos. Es evidente, que tanto los PP. de la Compañía de Jesús, como los hijos de San Francisco, la Orden Agustiniana y los mismos Carmelitas Calzados influyeron no poco en su santidad y la ayudaron muchas veces para llevar á cabo las hazañas que esta incomparable mujer ejecutó con asombro y admiración de cuantos estudian su Vida, su Reforma y sus escritos celestiales. Los nombres de los Jesuitas San Francisco de Borja y Baltasar Alvarez; San Pedro de Alcántara, ilustre hijo del Patriarca de Asís; Doña María de Briceño, venerable religiosa

Capítulos 32, 33, 34, 35, y 36 de su Vida, y se verá el papel que los Dominicos desempeñaron en la fundación del primer monasterio de la Reforma en esta ciudad de Avila, y cómo Santa Teresa y su fiel amiga Doña Guiomar de Ulloa acuden al bendito P. Fr. Pedro Ibáñez, *«porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer: y así decían que solo era por nuestras cabezas...; cómo acudieron á este Santo Varon con harto deseo nos ayudase, porque era el mayor letrado que entonces habia en el lugar y pocos más en su Orden... El nos respondió nos diesemos prisa á concluir, y dijo la manera y traza que se habia de tener, que quien la contradijese, fuese á él, que él responderia, y así siempre nos ayudó.»*

«El Santo varon Dominico no dejaba de tener por tan cierto como yo que se habia de hacer, y como yo no queria entender en ello por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera (Doña Guiomar) y escribían á Roma y daban trazas... Y tratélo con este Padre mio Dominico (que como digo era tan letrado que podia bien asegurar con lo que él me dijese). El me aseguró mucho y á mi parecer con provecho etc.

»Pues aplacada ya algo la ciudad, dióse tan buena maña el P. Presentado Dominico que nos ayudaba y procuró por algunas vias que nos diese

de la Orden Agustiniana, y el gran Vicario general de la Descalcez y Provincial á la vez del Carmen Calzado, Fr. Angel de Salazar iban siempre unidos en la historia al nombre de Teresa de Jesús, sin contar á otros muchos miembros de estos institutos religiosos, en especial de la Compañía de Jesús, que la prestaron su apoyo en ocasiones diversas, para realizar sus heroicas empresas.

licencia el Provincial para venir yo á esta casa con otras algunas conmigo, que parecia cási imposible darla tan en breve» etc. etc.

No fué solo el V. P. Pedro Ibáñez quien prestó á la Santa valiosísimo apoyo en la grande empresa de la Reforma. Apenas edificado el primer monasterio, surgió furiosa la tempestad, y Dios le deparó un defensor en la persona del P. Dominico Báñez. De este insigne Dominico dice la Santa en el Capitulo 36: *Desde á dos ó tres días juntáronse algunos de los regidores y corregidor y del cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se habia de consentir, que venia conocido daño á la Republica, y que habia de quitar el Santísimo Sacramento y que en ninguna manera sufririan pasase adelante.*

«Hicieron juntar todas las Ordenes para que digan su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban, en fin conclayeron que luego se deshiciese. Sólo un Presentado de la Orden de Santo Domingo (aunque contrario no del monasterio, sino de que fuese pobre) dijo que no era cosa que así se habia de deshacer, que se mirase bien, que tiempo habia para ello, que este era caso del Obispo ó cosas desta arte, que hizo mucho provecho; porque según la furia, fué dicha no lo poner luego por obra.»

La protección que prestaron los Dominicos en su primera fundación y cuna de la Reforma, la halló siempre Santa Teresa en las demás fundaciones y así en las de Medina y Malagón intervino el P. Báñez: en las de Valladolid y Toledo los Padres Báñez, Barrón y Castillo: en las de Descalzos y Descalzas de Pastrana, la ayudan sobre manera contra los caprichos de la Princesa Eboli, los Pa-

dres Pedro Fernández, Domingo Báñez y Hernando del Castillo: en las de Salamanca, Alba, Segovia y Veas los citados PP Fernández, y Báñez: en Sevilla, el Dominico P. Aguilar, del cual decia la Santa *que era muy buen amigo* y el Dominico P. Baltasar, y más tarde el P. Pedro Fernández: en Soria el V. P. Fr. Diego Alderete, de cuya santidad hace Santa Teresa el más acabado panegirico; y por fin en su fundación postrera, ó sea en la ciudad de Burgos, el prior del Convento de Dominicos de San Pablo en aquella insigne ciudad, el Padre Juan de Arcediano y el P. Maestro Marta.

II

Toda esta protección y ayuda que los Dominicos como devotos y amigos particulares de la Santa, la prestaron, no es más que una cifra, si se compara con la influencia suprema que ejercieron como Visitadores Apóstolicos nombrados por el Pontífice Dominico, el inmortal San Pio V. Los Muy Rdos. PP. Fr. Pedro Fernández y Fr. Francisco Vargas, revestidos de una autoridad plenísima sobre la Orden Carmelitana tanto de Calzados como Descalzos, gobernaron, el primero la provincia de Castilla y el segundo la de Andalucía, apoyando la Descalcez siempre, en todas partes y en todas las ocasiones y en negocios de suma importancia y haciendo frente á todos los atropellos que los Calzados intentaban contra la santa Reformadora. Por eso Santa Teresa, escribiendo á D. Teutonio, Arzobispo de Braganza, que queria fuese á fundar en Portugal, le decia así:

Allá no habiendo nada de esto, sujetos á los del Paño, presto irá la perfección por el suelo como por acá comenzaban á hacernos gran daño, *sino vinieran los Comisarios ó Visitadores Apostólicos.*» No es extraño que el autor de la Reforma hablando de este asunto se exprese así (1): «Uno de los sucesos de más importancia y digno de mucha atención, es el de los Visitadores que Pío V. dió, de su Orden de Predicadores á la del Carmen. Porque fueron los que mucho favorecieron y honraron nuestra Descalcez, que con el favor de su Orden había comenzado y por cuyo parecer y mandato ella comenzó á dilatarse.»

«Cumplió Santo Domingo la palabra que en la Cueva de Segovia dió á la Santa Madre Teresa de Jesús de favorecer su Reforma, añade otro respectable autor Carmelita Descalzo, no sólo con los confesores Dominicos que la Santa tuvo; sino también con los Visitadores Apóstolicos que parece fueron enviados de Dios para este fin: pues sin ellos no parecia posible tan pronta propagación, ni menos que los Observantes los permitieran: y en fin, *se vé que en las contradicciones suscitadas poco después de esto, siempre tuvo la Santa á los Dominicos de su parte.*»

En efecto: ¿qué hubiera sucedido, cuando el Nuncio Monseñor Felipe Segá, para quien Santa Teresa era una *Femina inquieta, andariega y contumaz*, intentó, recién llegado de Roma, acabar con la Descalcez? ¿Qué hubiera sucedido, si el Rey Felipe II no le hubiera señalado por asesores ó acompañados, como la Santa les llama á los

(1) Libro 2.º Cap. 38.

Dominicos Fr. Hernando del Castillo y el Padre Fr. Pedro Fernández? ¿Y quién ganó al Rey á favor de la Reforma, sino su confesor, el Dominico Padre Fr. Diego de Chaves, modelo de confesores de Reyes? Oigamos sobre estos puntos á la misma Santa Teresa. Escribiendo desde San José á D. Roque de Huerta y hablando del padre Chaves, Prior por dos veces en Santo Tomás de Avila, director que habia sido de la misma Santa en esta ciudad y á la sazón confesor del Rey Felipe II, hombre recto y gran protector de la Reforma, como le llama La Fuente, dice así (1): «Aquí va una carta para el P. Maestro Chaves. En ella le digo que vuestra merced le dirá en el estado en que estan los negocios. Procure coyuntura para hablarle y dárselas, y digale vuestra merced cuáles nos paran estos benditos. Creo será de algún efecto esa carta, porque le suplico mucho hable á el Rey, y le diga algunos de los daños que nos han venido á nosotras cuando les estábamos sugetas.» Y en carta al mismo Roque de Huerta escribía sobre los acompañados (2): «Pague Nuestro Señor á vuesa merced las buenas nuevas que me escribe. *Sepa, que después que esos dos señores y Padres mios Dominicos estan por acompañados, todo el cuidado se me ha quitado de nuestros negocios;*» pero en especial escribe así del P. Pedro Fernández, en el Capitulo 28 de sus fundaciones: «Sea Dios alabado, que favorece la verdad. Y así sucedió en esto, que como nuestro católico Rey Don Felipe supo lo que pasaba, y estaba infor-

(1) La Fuente edición 1861, Carta 215, Pag. 198.

(2) P. Antonio de San José, Tomo 3.º Carta 52.

mado de la vida y religión de los Descalzos, tomó la mano á favorecernos de manera que no quiso juzgase solo el Nuncio nuestra causa, sino dióle cuatro acompañados, personas graves, y las tres religiosos, para que se mirase bien nuestra justicia. *Era el uno de ellos el P. Maestro Fr. Pedro Fernández, persona de muy santa vida y grandes letras y entendimiento.* Habia sido Comisario Apostólico y Visitador de los del Paño de la provincia de Castilla, á quien los Descalzos estuvimos también sujetos, y sabia bien la verdad de cómo vivían los unos y los otros, que no deseábamos todos otra cosa, sino que esto se entendiese. *Y así en viendo yo que el Rey le habia nombrado, di el negocio por acabado, como por la misericordia de Dios lo está.*»

Otro de los asuntos y quizá el de mayor transcendencia para la naciente Reforma fué el capítulo de separación, por la cual toda su vida habia suspirado la Santa Reformadora. Con este capítulo celebrado un año antes del feliz tránsito de nuestra Santa, ó sea en 1581, empezó á tener la Descalcez vida propia; en él se arregló definitivamente el Código legislativo, y se le dió para siempre la sanción y autoridad necesarias; en él fué elegido por primer Provincial el amigo más íntimo que tuvo en su vida Santa Teresa, ó sea el célebre Padre Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

Pues bien: el presidente, el alma de este importante capítulo fué el Dominico Fr. Juan de las Cuevas, Prior del convento de Talavera, quien con suma prudencia consiguió fuese elegido Provincial el candidato que la Santa Madre queria.

Oigamos otra vez á Santa Teresa que en el Capitulo 29 de sus fundaciones escribe de esta manera: «Estando en Palencia, fué Dios servido se hiciese el apartamiento de los Descalzos y Calzados, haciendo provincia por sí, que era todo lo que deseábamos para nuestra paz y sosiego. Trájose (por petición de nuestro católico Rey D. Felipe) de Roma un Breve muy copioso para esto, y su Majestad nos favoreció mucho en extremo, como lo había comenzado. Hízose capítulo en Alcalá por mandado de un Reverendo Padre, llamado Fr. Juan de las Cuevas, que era entonces Prior en Talavera: es de la Orden de Santo Domingo, que vino nombrado de Roma, y señalado por su Majestad, persona muy santa y cuerda, como era menester para cosa semejante. Allí les hizo la costa el Rey, y por su mandato los favoreció toda la Universidad. Hízose en el Colegio de Descalzos, que hay allí nuestro, de San Cirilo, con mucha paz y concordia. Eligieron por Provincial al Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Porque esto escribirán estos Padres en otra parte cómo pasó, no había para que tratar yo de ello. Hélo dicho porque estando en esta fundación acabó Nuestro Señor cosa tan importante á la honra y gloria de su gloriosa Madre, pues es de su Orden, como Señora y Patrona que es nuestra; y me dió á mí uno de los grandes gozos y contentos, que podía recibir en esta vida, que más había de XXV años, que los trabajos y persecuciones y aflicciones, que había pasado, sería largo de contar; y solo Nuestro Señor lo puede entender.» Hasta aquí Santa Teresa.

Desempeñó el P. Cuevas esta delicada comi-

sión tan á satisfacción del Rey, que este en recompensa le nombró al poco tiempo Obispo de Avila, cuya diócesis gobernó santamente por espacio de dos años.

III

Después de las ligeras indicaciones que preceden, acerca del proceder de los hijos de Santo Domingo en pró de Santa Teresa y de su inmortal Reforma, no estará demás indicar algo de lo mucho que pudiera decirse, si la indole de este trabajo lo permitiera, acerca de la confianza y afecto grande que ella profesó siempre á los Dominicos y á su Orden. Ya se ha visto en páginas anteriores la plenísima confianza que tuvo en sus *Padres Dominicos* en las grandes persecuciones del Nuncio Monseñor Segá, y cómo al saber que el Padre Pedro Fernández era uno de los acompañados, se la quitó todo el cuidado y congoja, dando por concluido el negocio.

Sabemos también, y así consta por el testimonio de sus más autorizados biógrafos, que con agudeza singular y propia suya, se llamaba la *Dominica in Passione*, dando con esto á entender el afecto y agradecimiento grande que á esta Orden profesaba (1). Así tenía que ser, porque el agradecimiento fué su cualidad característica, de

(1) Todo cuanto los hijos de Santo Domingo hacían en pró de Santa Teresa lo atribuía esta, y con razón, al Santo Patriarca y en agradecimiento á tantos favores como recibía, en todas sus fundaciones levantaba un altar á Santo Domingo, diciendo á sus hijas: «Hagamos altar al amigo.» (Maestro Arriaga, Vida de Santo Tomás, Lib. 1.º Cap. 13.)

tal modo, que como consta de la Bula de Canonización, la gratitud fué entre todas las virtudes en la que más resplandeció, y como ella escribe de si misma, era de condición tan *agradecida que por una sardina la sobornaban*.

Tres, dice Santo Tomás, son los oficios de esta virtud de la gratitud, tan olvidada por desgracia en el mundo: reconocer el beneficio, alabar al bienhechor, y retribuirle. Todos los cumplió plenísimamente con respecto á los hijos de Santo Domingo esta admirable mujer, como se desprende de cuanto hasta aquí ella nos ha dicho sobre los *Letrados Dominicos*. Sólo añadiré algunos de los muchos pasajes que pudiera citar para este objeto.

Escribiendo la fundación de Burgos dice así en el Capítulo 31: «Dijo la misa mayor con mucha solemnidad de ministriles el P. Prior de San Pablo que es de los Dominicos, á quien siempre esta Orden ha debido mucho » Cuando la Santa supo la enfermedad grave del P. Pedro Fernández escribía á Maria de San José, Priora de su convento de Sevilla (1): «Vuestra Reverencia haga encomienden á Dios al P. Pedro Fernández, que está muy al cabo, *mire que se lo debemos mucho y ahora nos hace gran falta.*»

En otra carta á la misma Priora la dice así, hablando del P. García de Toledo (2): «En gran manera me holgué, que estaba ahí el mi buen Padre Fr. García. Dios le pague tan buenas nuevas, que aunque me lo habian dicho, no lo acababa de creer, según lo deseaba. Muéstremele mucha

(1) La Fuente, edición 1881 Carta 303.

(2) Tomo 2.º Carta 99.

gracia, que hagan cuenta que es Fundador de esta Orden, según lo que ha ayudado, y así para él no se sufre velo, para todos los demás sí, en especial y general, y con los Descalzos los primeros.» En otra carta decía á la misma Priora: «espantarse ía si supiese lo que le debo,* pero donde manifestó un cariño sin igual y con una especie de enamoramiento santo, fué cuando escribiendo al Padre Báñez le decía: «La gracia del Espiritu Santo sea con vuesa merced y con mi alma. No hay que espantarse de cosa que se haga por amor de Dios, pues puede tanto el de Fray Domingo, que lo que le parece bien, me parece, y lo que quiere quiero; y no se en que va á parar este encantamiento» (1).

Léanse con detención, entre otros, los Capítulos 16, 17, 20, 22 y 27 de la VIDA y en ellos se verá cómo anima al P. Ibáñez á que abandonando del todo las criaturas viva una vida sobrenatural y divina, aquella en que ella estaba abismada, y lo que es más importante, y lo testifica en esos mismos Capítulos, cómo el bendito padre practicó estos santos avisos que de su penitente recibía, llegando en muy breve tiempo á la cumbre de la contemplación más elevada y á la vez cómo bebía, para usar sus mismas frases, cómo bebía, no solo de la segunda y tercera, sino de la cuarta agua; simil de que usa esta incomparable escritora para explicar los cuatro grados de la oración sobrenatural. «Quizá, le dice en el Capítulo 20, ó sea al hablar de la cuarta agua y de los arroba-
mientos que acompañan á este grado de oración,

(1) Tomo 1.º Carta 16.

quizá yo no sé lo que digo: vues-^a merced lo entenderá, si atino en algo, pues el Señor le ha ya dado experiencia dello. Y en verdad que le habia dado experiencia; pues como la misma escribe en el Capítulo 38, luego que acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato sin poderlo excusar.»

Léanse también los Capítulos 34, 38 y 40 y allí veremos las grandes visiones de muchos Padres de la Orden de Santo Domingo y de la misma Orden tuvo la Seráfica Virgen. Hablando en el Capítulo 34 de uno santificado por la oración de Teresa dice así: «Espero en la grandeza del Señor ha de venir mucho bien á algunos de su Orden por él y á ella misma.» Habla luego de otros dos Religiosos Dominicos favorecidos extraordinariamente de Dios, y más adelante, ó sea en el Capítulo 38 dice así: «Otra vez vi la misma paloma sobre la cabeza de un Padre de la Orden de Santo Domingo» y en el número siguiente: «Otra vez vi estar á Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al Presentado de esta misma Orden», (ó sea al P. Ibáñez) y todo esto y mucho más que pudiera referirse fué debido á la oración de Teresa, que como agradecida recompensaba los servicios que esta Orden le habia prestado. «Señor, decia en cierta ocasión haciendo oración por un Padre Dominicó: Señor, no me habéis de negar esta merced; mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo.»

Como conclusion de la presente introducción consignaré lo que el Ilmo. Sr. Yepes escribió á fray Luis de León en el tiempo en que el célebre Agustino preparaba la primera edición de las Obras de

Santa Teresa, y que sirven sobremanera para confirmar cuanto se ha dicho hasta aquí. Dice pues así tan interesante relación: «Del LIBRO DE SU VIDA (de Santa Teresa) habrá Vuestra Pater-nidad entendido la amistad grande que tuvo con la Orden de Nuestro Padre Santo Domingo, y la ayuda que tuvo en los principales Padres de esta Orden, y de los beneficios que de ellos ha reci-bido: es justo que sepa el origen de esta amistad que fué del cielo.

»Yendo esta Santa Madre á fundar otro Monas-terio á Segovia, entró por el de Santa Cruz (insig-ne Casa de Santo Domingo en aquella ciudad), á visitar la Capilla que el mismo Santo Padre edi-ficó y donde moró, y tuvo mucha oración é hizo mucha penitencia, como el día de hoy hay muchas señales de ello en las paredes. Entrando en la Ca-pilla, luego al umbral de la puerta se postró, y estuvo como media hora postrada; los que la acompañaban, que eran muchas y graves per-sonas, estaban esperando en que había de parar tan larga oración.

»El Padre Fr. Diego de Yanguas, Lector de Teología de San Gregorio de Valladolid, que era su confesor, y tenía particularísima amistad con ella, y uno de los que la acompañaban, como más familiar, le preguntó: «Madre, ¿qué habéis habido, que así nos habéis hecho aquí esperar tanto á todos?» Ella respondió: «Aparecióme Nuestro Pa-dre Santo Domingo, y estuvo hablando conmigo, y dióme su palabra y mano de ayudarme en todas mis fundaciones (1). Y así la ha cumplido el Santo

(1) Las Historias de la Orden de Predicadores añaden al-gunas circunstancias que conviene hacer constar, y son entre

Padre, que todas las cosas graves que han sucedido á su Orden, les han venido por mano de los Religiosos de esta Orden insigné.

» Los primeros Maestros que esta Santa tuvo en sus principios fueron de estos Padres que moraban en Avila y en Toledo: ellos la enseñaron, alumbraron, animaron y ayudaron para las cosas grandes que acometió. El Padre Fray Bartolomé de Medina, luz de las Escuelas de Salamanca, aunque al principio que oía hablar de ella, murmuraba de sus cosas, después que la conversó la amó mucho, y la favoreció y estimó.

» Nombra luego á otros muchos PP. que ayudaron á la Santa fundadora en los asuntos difíciles de la Reforma, entre ellos á los PP. Domingo Báñez, Pedro Fernández, Diego de Yanguas y Fray Juan de las Cuevas, y luego continua así: «Diré aquí una cosa notable, que supe del Padre Fray Nicolás de Jesús María, Provincial que ahora es

otras; cuando el Santo Patriarca se la apareció y la dijo: «Grande gozo ha sido para mí, que hayas visitado esta Capilla: y tu no has perdido nada. Encomendóla Santa Teresa su Reforma y Descalcez: y consolóla el Santo, dándole palabra de ayudarla y favorecerla en la empresa.» A la vez cuando el Santo Fundador dió la mano á Santa Teresa la dijo: «Tened Hermana mucho cuidado de mi Orden, que yo le tengo y tendré de la vuestra.» Por último hay en la Cueva una Imagen muy piadosa del Santo Patriarca delante de la cual se postró en oración Santa Teresa y aseguró después á los Religiosos, que la dicha imagen es retrato muy parecido y natural del Santo Patriarca. Hizóse hora de comer, y en la misma Cueva la sirvieron nuestros frailes una religiosa y templada comida de pescado. Comió y despidióse con ternura de aquel Santuario, diciendo había tenido en él tanto consuelo de espíritu, que no quisiera salir jamás de esta devota Cueva.» (López, Pinelo y el Maestro Serafin.)

de la Orden de los Descalzos, hombre muy grave, letrado y santo, y contarla he, porque le tengo por tan modesto y recatado en estas cosas, que no las dirá por ser tan en su favor, y no es justo que se callen. Cuando se trataba en Madrid con tantas fuerzas, como está dicho, de deshacer esta sagrada Religión, estaban algunos frailes Descalzos en su defensa, entre los cuales era uno el sobredicho Fray Nicolás, de nación genovés.

»Mandó el Nuncio de Su Santidad que todos los Descalzos se fuesen de la Corte, y no quedase sino el Reverendo Padre Fray Nicolás, pareciéndole que así se acabarían más presto los negocios, porque le tenían por hombre de poca maña, y que se avendrían mejor con él: es así, que aunque tiene una apariencia de hombre muy llano y fácil, es muy prudente y de mucha industria, y tal, que todos juntos no valían tanto como él solo, y como le tenían en otra opinión, descuidábanse con él, y él no perdía punto.

»Verdad que no bastaran fuerzas humanas, si Dios no guiara los negocios por su divina disposición. Andando, pues, en estos pleitos, con poca esperanza de la victoria, el Padre Fray Nicolás, que posaba en el Carmen, iba y venia á Nuestra Señora de Atocha, (convento de Dominicos) á negociar con el Padre fray Pedro Fernández, su Visitador Apostólico, que era uno de los que más favor les daba, porque conocía á los frailes y monjas.

»Saliendo una vez de la Villa para ir á hablarle, topó al salir de la calle de San Jerónimo un perro grande, blanco, y con unas manchas negras, como le suelen pintar á los pies de Santo Domingo,

y fuese delante de él como seis ó siete pasos, y de rato en rato volvía la cabeza atrás, como mirando si le seguía, como que le prometía favor, hasta que le puso á la puerta del Padre Visitador, y aunque entonces lo echó de ver, no dijo nada. Salió otra vez para ir á lo mismo, y echó por otra calle, porque no le expiasen y entendiesen donde iba, y al salir de la calle, topó el mismo perro que le llevó de la manera que el primero (1).

«El Padre Fray Nicolás preguntó al P. Fray Pedro Fernández, si tenía él algún perro como aquel, y contóle lo que pasaba: y él se rió y dijo que no sabía de tal perro: duró esto de esta manera hasta que los negocios se acabaron en favor de la Orden, queriendo el Santo Padre Santo Domingo dar á entender en esto, que él era guarda de aquel Padre y defensa de su Orden, y que por medio suyo se guiaban los negocios, cumpliendo la palabra que había dado en Segovia á la Santa Madre.

«Finalmente, tiene esta Orden gran obligación al Santo Padre (Domingo): pues los *principios, medios y fines de toda su prosperidad, les vino por medio suyo y por las personas de su Orden.*»

Colegio de Santo Tomás de Avila 30 de Abril, fiesta de Santa Catalina de Sena, del año 1909.

Fr. Felipe Martín, Dominico.

(1) El suceso misterioso de que habla el Sr. Yepes, tuvo lugar cuando los asistentes ó acompañados deliberaban con el Nuncio Segá sobre los negocios de la Descalcez, ó sea, desde Abril hasta Julio de 1579. El P. Pedro Fernández era el alma de estas sesiones; porque como había sido Visitador Apostólico conocía la santidad conque vivían los Descalzos y Descalzas y por eso, como hemos visto, Santa Teresa dió por concluido el negocio, cuando supo que este V. Padre era uno de los acompañados.

*Nombres de los principales PP. Dominicos
Confesores de Santa Teresa de Jesús, á la
vez que sus Protectores en la obra de la
Reforma (1).*

P. Vicente Barrón, Consultor del Santo Oficio.

» Pedro Ibáñez, Lector de Teología en Avila.

» Domingo Báñez, Catedrático de Prima en Salamanca.

» Diego Chaves, Confesor del Rey Felipe II.

» Bartolomé Medina, Catedrático de Prima en Salamanca.

» Felipe Meneses, Regente de San Gregorio.

» Juan Salinas, Provincial de España.

» Presentado Lunar, Prior de Sto. Tomás de Avila.

» Diego Yanguas, Maestro en Teología.

» Juan Cuevas, Provincial de España.

» Juan Gutierrez, Predicador de S. M.

(1) Por si alguno de los lectores desea saber donde consta que estos treinta Padres de la Orden de Santo Domingo fueron Confesores de la Santa Madre, bueno será manifestar que á los nueve primeros ella misma los nombra en una relación á uno de sus confesores; los siguientes hasta el P. Pedro Romero inclusive, consta del proceso de canonización que se hizo en Avila el 1610, fuera de que de algunos de estos, como el Padre Garcia de Toledo, Cuevas y algunos otros, con frecuencia lo testifica la misma en sus escritos: de los siete siguientes, nos consta por diversas cartas de la Santa y comentadores de estas, y últimamente del P. Diego Suárez lo afirma el P. Gracián en uno de sus opúsculos que puede verse en *La Fuente*, edición de 1881, tomo 6.º pag. 391.

- P. Hernando del Castillo, Predicador de S. M.
- » García de Toledo, Comisario General.
 - » Pedro Fernández, Provincial de España.
 - » Mancio, Catedrático de Prima en Salamanca.
 - » Melchor Cano, sobrino del célebre Melchor Cano.
 - » Baltasar en Sevilla.
 - » Luís Barrientos, Predicador de S. M.
 - » Juan de Arcediano, Prior de Dominicos, Burgos.
 - » Peredo, Predicador Conventual en Avila y Prior después en Talavera.
 - » Diego Alvarez, Arzobispo de Trani, Italia.
 - » Juan Calleja, Maestro de Novicios, Segovia.
 - » Pedro Romero, Lector de Teología en el Convento de Santo Tomás de Avila.
 - » Bartolomé de Aguilar, Conventual en Sevilla.
 - » Maestro Marta, en Burgos.
 - » Mtro. Orellana en Valladolid.
 - » Mtro. Vallejo, en Soria.
 - » Mtro. Osma en Valladolid.
 - » Diego Alderete, en Soria.
 - » Diego Suárez, Rector de S. Gregorio.





†
JHS

CARTA--PRÓLOGO

Sr. D. Emiliano González Rovina.

MI MUY QUERIDO SEÑOR Y AMIGO: Acepto gustoso la invitación de V. y le agradezco la inmerecida honra que con ella me hace. Intenta V. «la publicación de la Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita por ella misma, con objeto de popularizarla entre los Avileses» y desea que «escriba cuatro cuartillas por vía de prólogo á esa *Edición de Propaganda.*» Repito que acepto la invitación y, ante todo, he de consignar que aplaudo su pensamiento con todo mi corazón; porque preveo los grandes frutos que han de seguirse, si su proyecto se realiza y es acogido, como espero, con el entusiasmo que se merece por los que tienen la dicha de ser paisanos y compatriotas de la Mística Doctora, de la incomparable Teresa de Jesús.

Los frutos que han de seguirse, á mi juicio, serán dos principalísimamente, á cual más de transcendencia.

Primeramente se han de aumentar así la honra, el amor, la devoción y el afecto á esta Seráfica Virgen; porque, popularizada la lectura de su vida se conocerá algo de lo mucho, muchísimo que encierra en sí la que llamamos Teresa de Jesús. No se conoce *más que abulto y por lo que hemos oído*; no se sabe lo que vale *esta perla oriental*, para repetir las gráficas frases usadas á otro proposito por nuestra Excelsa Escritora.

Tienen también aplicación aquí y se verifican al pie de la letra las expresiones profundamente filosóficas, con que la Santa empieza una de sus Exclamaciones. (*Exclamación XIV.*) Hablando con el Señor le dice así: «¡Oh Señor y verdadero Dios mío! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran verdad es esta!»

Gran verdad por cierto, ¡quién no conoce no ama! ¡Oh si conociésemos á Teresa de Jesús!, entonces si que la amariamos y amandola la honrariamos, como la honró el tan celebrado escritor, conocido con el nombre de Filósofo Rancio (1), quien, después de leer las

(1) P. Alvarado, Religioso Dominicó.

Obras de Teresa de Jesús, exclamó: «De la » España salió esa mujer que no tiene igual »entre las mujeres de todos los países y » siglos (excluyo siempre á la Inmaculada » Madre de mi Dios), hablo de Santa Teresa, » de la española Teresa de Jesús y Ahumada » que ha llenado de su nombre y admiración » al mundo sabio» (1). Este es el primer fruto que infaliblemente ha de seguirse, si se populariza la lectura de la Vida de Teresa de Jesús entre sus compatriotas.

No ha de ser menor el provecho grande que cause en las almas la doctrina contenida en sus escritos llenos, como lo afirma la Iglesia, de sabiduría celestial. (*Multa coelestis sapientiae documenta conscripsit*); escritos que inmoralizarán para siempre el nombre de Teresa de Jesús y de su Patria.

Es una verdad reconocida y confesada por todos, que no hay lazo ni invención con que el demonio lleve más almas á los infiernos, que el de las malas lecturas. La misma Santa Escritora nos refiere con inimitable ingenuidad en los primeros capítulos de su Vida los estragos que causaron en su alma angelical los libros de Caballerías que se usaban en su tiempo, así como también el inmenso pro-

(1) Cartas Críticas, tomo 4.º, carta 42, página 193.

vecho que sacó, ya en su niñez, ya en edad más crecida, de la lectura de libros santos. Los libros buenos de romance (nos dice en el capítulo I de su Vida) á que era aficionado su católico padre y que tenía para que leyesen sus hijos, la hicieron salir, siendo muy niña, á tierra de moros para que la *desca- bezasen por Cristo*, y los libros de caballerías, (escribe en el capítulo II) á que era aficionada su madre, la enfriaron aquellos santos deseos, comenzando á traer galas con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa.»

Escarmentada con este pequeño yerro, no leyó ya jamás sino libros buenos, «que no quise más usar otros, dice, porque ya entendía el daño que me habían hecho...» «Dióme la vida, escribe en otro lugar, haber quedado ya *amiga... amiguísima* de leer buenos libros.» Pero donde nos describe más vivo el triunfo completo que consiguió de sí misma, por medio de estas lecturas, es en el capítulo IX en que habla de esta manera. «En este tiempo dice, me dieron las *Confesiones de San Agustín*, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto... Como comencé á leerlas, paréceme me vía yo allí... Cuando llegué á su con-

versión y ley cómo oyó aquella voz en el huerto, *no parece sino que el Señor me la dió á mí*, según sintió mi corazón: estuve por gran rato que toda me derretía en lágrimas... *Paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma* de la Divina Majestad y que debió oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas.»

Ahora bien: las mismas causas producen siempre los mismos efectos, y por lo tanto, la lectura frecuente de la Vida de Teresa de Jesús causará seguramente en sus compatriotas los provechos grandes que con el ejercicio santo de lecturas saludables á ella la sobrevivieron. Dígalo, entre millares que pudiera citar, el Ilustrísimo Sr. D. Pedro Castro, quien siendo Prebendado en esta Apóstolica Iglesia de Avila y después dignísimo Obispo de Lugo y de Segovia, leyó este libro de la Vida de Teresa de Jesús, que pudieramos llamar muy bien sus *Confesiones*, aunque ella lo tituló el Libro de las *Misericordias de Dios*; y después de leído no pudo menos de testificar bajo juramento (1) «que me ganó de tal modo que puedo afirmar y afirmo que ningunos libros de devoción he leído, que más me hayan enternecido y pocos tanto.» No es extraño que, al saber esto la Santa, le escribiese estas

(1) Obras de Santa Teresa por el Sr. Latuente. Edición de 1681, Tomó 6.º página 181.

significativas palabras (1). «¡Qué cosa es] la misericordia de Dios! Que mis maldades han hecho bien á V. M. y con razón, pues me ve fuera del infierno, que ha mucho que tengo merecido; y así intitulé ese libro DE LAS MISERICORDIAS DE DIOS.»

Voy á concluir esta mi desaliñada carta con unas palabras que pudiéramos llamar sentencias del Ilmo. y V. Sr. Palafox, en las cuales compendía, confirma y canoniza cuanto hasta aquí llevo dicho. Escribe así este tan Ilustre Prelado (2): «Ninguno lee los Escritos de la Santa, que no busque luego á Dios; y ninguno busca por sus escritos á Dios, que no quede devoto y enamorado de la Santa. No he visto hombre devoto de Santa Teresa, que no sea espiritual. No he visto hombre espiritual, que si lee sus Obras, no sea devotísimo de Santa Teresa.» y un poco antes había ya dicho: «Muchos Santos ha habido en la Iglesia que como sus Maestros universales la han enseñado; muchos que con sapientísimos tratados la han alumbrado; muchos que con eficacísimos escritos la han defendido, pero que en ellos, y con ellos hayan tan dulcemente persuadido, arreba-

(1) Carta 351. Edición de Lafuente 1881.

(2) Prólogo á las Cartas de Santa Teresa, tomo 1.º

tado y cautivado, ni con mayor suavidad, y actividad vencido las almas, y convencido, no se hallarán fácilmente.» No en vano la Iglesia se ha expresado de este modo: *Multa coelestis sapientiae documenta conscripsit, quibus fidelium mentes ad supernae patriae MAXIME EXCITANTUR.*

Animo, pues, Sr. Rovina; créame, que su propósito es de suma transcendencia. Si se realiza: si se consigue que no haya familia ni casa en esta ciudad y su provincia, donde no se halle un ejemplar de la Vida de tan singular y celeberrima Virgen, entonces no conoceremos ya á *bulto* lo que es y lo que vale Teresa de Jesús; conoceremos que, después de la madre de Dios, es la Mujer más grande que han producido los siglos, y esta Ciudad de los Caballeros volverá á ser lo que fué en tiempos antiguos y se renovarán aquellos días en que Avila era un modelo de santidad y virtud, como sin duda lo era cuando Santa Teresa escribía á su hermano D. Lorenzo el año 1570 y le decía estas tan graves palabras (1): «Olvidóseme de escribir en »estotras cartas el buen aparejo que hay en »Avila, para criar bien esos niños. Tienen »los de la Compañía un colegio, adonde los

(1) Carta 18. Edición del Sr. Lafuente 1881.

»enseñan gramática, y los confiesan de ocho
»á ocho días, y hacen tan virtuosos que es
»para alabar á nuestro Señor. También leen
»(los Dominicos) filosofía y teología en Santo
»Tomás, que no hay que salir de allí para vir-
»tud y estudios; y en todo el pueblo hay tanta
cristiandad, que es para edificarse los que
vienen de otras partes; mucha oración y con-
fesiones, y personas seglares que hacen vida
muy de perfección.»

Bastará para comprobar la exactitud de estas frases de Teresa á su hermano D. Lorenzo, recordar los nombres de aquel *Caballero Santo* de quien ella misma hace mención tantas veces en sus escritos, es decir, de Francisco Salcedo y su mujer D.^a Mencia; los nombres de D. Diego de Megía y de D. Juan Velázquez Dávila; de la íntima amiga de Teresa de Jesús, la viuda D.^a Guiomar de Ulloa; de doña Catalina Dávila, D.^a Aldonza Muñoz, doña Leonor Salcedo y Ana de Sto. Domingo y sobre todo, de la siempre Venerable, de la célebre María Díaz que alcanzó licencia del Obispo de esta diócesis para vivir continuamente delante de Jesús Sacramentado.

Tengo sobre la mesa la historia manuscrita de esta insigne Ciudad según se conserva en el archivo de este Colegio de Sto. Tomás, y entre los centenares de almas verdaderamente san-

tas, que vivían en los días de Teresa de Jesús, he escogido sólo algunas, sólo los que acabo de citar. No quiero, sin embargo, omitir los nombres de Sacerdotes también santos que eran *espejo de virtud en el lugar*, repitiendo la frase de Teresa de Jesús; los nombres de Francisco de Guzmán, de Antonio Honcala y Gaspar Daza, canónigos los dos primeros, y el tercero beneficiado de esta Iglesia Catedral y defensor de Teresa y de su santa Reforma; sin olvidar al compañero fiel de la misma Teresa de Jesús en sus peregrinaciones, esto es, al Venerable Julián de Avila, Sacerdote ejemplarísimo é hijo ilustre de esta histórica Ciudad. Y si añadimos ahora los nombres de personas religiosas, como la V. María Vela del Convento de Santa Ana, Sor María de Briceño del Convento de Nuestra Señora de Gracia, los VV. P. Baltasar Alvarez, Jesuita y P. Pedro Ibáñez, Dominicó, y sobre todo y más que todo, los nombres de S. Pedro de Alcántara y de S. Juan de la Cruz; no podremos menos de confesar que es gran verdad lo que Sta. Teresa de Jesús dejó escrito en su carta ya citada, y que Dios estuvo en cierta manera pródigo con esta Ciudad que de antiguo y con justicia lleva el nombre de *Ciudad de los Caballeros* y á la cual, se dice que Santa Teresa, en cierta ocasión y con no menor

justicia, la dió el nombre de *La Ciudad de los Santos*.

Creo, si no me engaño, haber satisfecho sus deseos en la medida de mis fuerzas, y con motivo tan grato para mí, que siempre he profesado una tierna devoción á Santa Teresa de Jesús y por cuya intercesión confío he de conseguir mi eterna salvación, tengo el honor de ofrecerme de V. affmo. s. s. amigo y capellán

Q. B. S. M.

Fr. Felipe Martín, Dominico.

Colegio de Sto. Tomás de Avila, 24 de Noviembre, fiesta de San Juan de la Cruz, de 1907.





LA VIDA DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS

Y ALGUNAS DE LAS MERCEDES QUE DIOS LE HIZO;

ESCRITAS POR ELLA MISMA POR MANDADO

DE SU CONFESOR, Á QUIEN LO ENVIA

Y DIRIGE, Y DICE ASÍ:

Jhs.

Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Dírame gran consuelo; más no han querido, antes atádome mucho en este caso; y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos quien este discurso de mi vida leyere que ha sido tan ruin que no he hallado santo, de los que se tornaron á Dios, con quién me consolar. Porque considero que después que el Señor los llamaba, no le tornaban á ofender: yo no solo tornaba á ser peor, sino que parece traía estudio á resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se vía obligar á servir más, y entendía de sí, no podía pagar lo menos de lo que debía. Sea bendito

por siempre que tanto me esperó. A quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación, que mis confesores me mandan (y aun el Señor, sé yo, lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido) y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante, conociéndome ellos mejor ayuden á mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, á quien siempre alaben todas las cosas. Amén.





Jhs.

CAPITULO PRIMERO

En que trata cómo comenzó el Señor á despertar esta alma en su niñez á cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

EL tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruín, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyese sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad (á mi parecer) de seis ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos: decía, que de que no era libre no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad: jamás nadie le vió jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades; grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura,

jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacia caso della; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron á sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenia alguna razón: porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad; juntábamnos entrambos á leer vidas de Santos, que era el que yo más quería, aunque á todos tenia gran amor y ellos á mí. Como vía los martirios que por Dios las Santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leia haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano á tratar que medio habría para esto. Concertábamnos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen: y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecia el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir (en lo que leíamos) que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto y gustábamnos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siem-

pre. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que ví que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada, para nuestro deseo; que ahora me por.e devoción ver como me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monesterios, como que eramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuime á una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas, Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á Ella, y en fin, me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega á vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho; ¿no tuviérades por bien, no por migancía, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara

tanto posada adonde tan contino habiades de morar? Fatigame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó á Vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres, tampoco puedo, porque no vía en ellos sino tolo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando desta edad que comencé á entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas), cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.

CAPITULO II

Trata como fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.

PARÉCEME que comenzó á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolviamonos para leer en ellos, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar á sus hijos que no anduviesen en

otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto á mi padre, que se había de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella ví, me comenzó á entriar los deseos y fué causa que comenzase á faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían á mí no eran ningún pecado, muchos años: ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado, y pluguiera á Dios que lo fuera destos también, porque ahora veo el peligro que es tratar, en la edad que se han de comenzar á criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué, mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal.

2. Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con

las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor. Así me acaeció á mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, desto no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo, me aficioné á tratar: con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona de él, que á esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecía á mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer ésta vanamente tenía extremo; los medios que eran menester para guardarla no ponía ninguno; solo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad; reprendíanmela muchas veces; como

no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguna, y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la mesma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme solo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía á muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

3. Al principio dañáronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara, más el interés las cegaba, como á mí la afición. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación; más puesta en la ocasión, estaba en la mano el

peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese: aunque no pudo ser tan secreto que no hubiese harta quiebra de mi honra y sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monesterio que había en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo; porque aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y ansino quedó en desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo á quien todo lo ve. ¡Oh, Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra Vos! Tengo por cierto que se excusarian grandes males si entiendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros á Vos.

4. Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no deja de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad; traía un desasosiego, que en ocho días,

y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y ansi era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme anababa su Majestad mirando y remirando por donde me podía tornar á sí. Bendito seáis Vos, Señor, que tanto me habéis sufrido. Amén. Una cosa tenía que parece me podía ser alguna disculpa, sino tuviera tantas culpas; y es, que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía poder acabar en bien, é informada de con quien me confesaba y de otras personas, en muchas cosas me decian no iba contra Dios. Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz, como ahora diré.



CAPITULO III

En que trata como fué parte la buena compañía para tornar á despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor á darle alguna luz del engaño que había traído.

PUES comenzando á gustar de la buena y santa conversación desta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto á mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme á contar cómo ella había venido á ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio. Muchos son los llamados y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que había hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas; y á quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima; y si vía alguna tener lágrimas cuando rezaba, ú otras virtudes, habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monesterio harto mejorada: comencé á rezar muchas oraciones vocales y á procurar con todas me encomendasen á Dios que me diese el estado en que le había de servir; más todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de

dármele, aunque también temía el casarme. A cabo deste tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados; y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer, mucho me aprovechara. También tenía yo una grande amiga en otro monesterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba á mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadirme á serlo.

2. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana que residía en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y á su querer no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun en esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar

era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame leleyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mí me hiciese pesar, tanto que en otras fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, váleme Dios, por qué terminos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo me forzó á que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas, como oídas y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y á temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle.

3. En esta batalla estuve tres meses, forzándome á mí mesma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja, no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que este era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo; porque no era mucho yo pasase algunos por El; que El me ayudaría á

llevarlos, debía pensar (que esto postrero no me acuerdo): pasé hartas tentaciones estos días. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las Epístolas de San Hierónimo, que me animaban de suerte, que me determiné á decirlo á mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fué, que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía á mí y á mi flaqueza no tornase atrás, y así no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.

CAPITULO IV

Dice como la ayudó el Señor para forzarse á sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó á dar.

EN estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido á un hermano mío á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al monesterio adonde estaba aquella mi amiga, que era la que yo tenía mucha afición; puesto que ya en esta postrera determinación yo

estaba, de suerte que á cualquiera que pensara servir más á Dios, ó mi padre, quisiera, fuera; que más miraba ya al remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía dél. Acuérdaseme á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastáran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender como favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener áquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por donde venía. Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas que si me ayudo al principio á determinarme á hacerlo (que siendo sólo por Dios hasta en comenzarlo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y más sabroso se hace

después) aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vías, que solo quien goza dello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho, en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo. Sea bendito por siempre. Amén.

2. Bastara ¡oh sumo Bien y descanso mío! las mercedes que me habiades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza á estado tan seguro, y á casa adonde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión, y la gran determinación y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrármeme el corazón, y no era mucho sentimiento, para lo que después os ofendí. Pareceme ahora que tenía razón de no querer tan gran dignidad, pues tan mal había de usar della: más vos, Señor mío, quisistes, casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado, porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido; aunque entonces no era esa mi intención: más veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién vos soís, Esposo mío, y quien soy yo. Que es verdad cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da que se en-

tienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzastes á hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzaste á mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia. La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto á quien lo vía, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harto mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre; y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme á un lugar á donde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron harían la mía. Fué conmigo esta amiga, que he dicho que tenía en casa, que era antigua. En la casa que era monja, no se prometía clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y

yo fui en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de Abril, porque estaba cerca, y no andar yendo y viniendo. Cuando iba me dió aquel tío mío (que tengo dicho que estaba en el camino) un libro, llámase *Tercer Abecedario*, que trata de enseñar oración de recogimiento, y puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otro, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía como proceder en oración, ni cómo recogerme, y así holguéme mucho con él, y determinéme á seguir aquel camino con todas mis fuerzas: y cómo ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé á tener ratos de soledad, y á confesarme á menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busque en veinte años después desto que digo, que me hizo arto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara á salir de las ocasiones que tuve para ofender á Dios.

3. Comenzóme su Majestad á hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender á Dios, como el libro me decía, más por esto pasaba yo), parecíame casi imposible tanta guarda: tenía la de no hacer pecado mortal, y pluguiera á Dios la tuviera siempre: de los veniales hacía poco caso y esto fué lo que me destruyó. Comenzó el Señor á regalarme tanto por este camino, que me hacía

merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba á unión, aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no se si era Ave María; mas quedaba con unos efetos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los pies, y así me acuerdo que había lástima á los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podía traer á Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mí presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar y representar en mí como lo procuraba traer, la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento, llegan más presto á la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad, y el haber en que se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo ni ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposición, les conviene más pureza de conciencia que á las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurre en lo que es mundo, y en lo que debe á Dios, y en lo mucho que sufrió, y lo poco que le sirve, y lo que dá á quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos

y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor y conviéndole ocuparse mucho en lección, pues de su parte no puede sacar ninguna, es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña aprieta en que sin lección (que ayuda mucho para recoger á quien desta manera procede, le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener) digo, que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño á la salud si porfia, porque es muy penosa cosa.

4. Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo, y en estos grandes sequedades por no poder, como digo, discurrir. En todos estos, si no era acabando de comulgar, jamas osaba comenzar á tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera á pelear. Con este remedio, que era como una compañía ó escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; más era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma; y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba á recoger y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más: otras leía poco, otras mucho, conforme á la merced que el Señor me hacía. Pareciame á mí en este principio que digo, que teniendo yo libros, y como tener soledad, que no habría peligro que me

sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera así, si tuviera maestro ó persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir dellas, si entrara, con brevedad; y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente á pecar. Más fué tan sutil, y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los días que servi á Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como su Majestad me dió. Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regalándose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno: por ruines é imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perficionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga. Quiero tornar á lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se había conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mío, para saber encarecer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitude y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amén.



CAPITULO V

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué á curar.

QUÍDEME decir cómo en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, más culpábanme sin tener culpa hartas veces; yo lo llevaba con harta pena é imperfección; aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me vían procurar soledad, y me vían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada á todas las cosas de Religión, más no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía, todo me parecía virtud, aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monesterio en mucha perfección; yo, como ruin, íbame á lo que vía falto y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía: murió presto dello. Yo vía á todas temer aquel mal; á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía á Dios que dándomela así á mí,

me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos. Y espántome, porque aún no tenía, á mi parecer, amor de Dios, como después que comencé á tener oración me parecía á mi le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto su Majestad, que antes de dos años estaba tal que, aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

2. Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar que digo que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi regalo mi padre y hermana, y aquella monja mi amiga, que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio á descomponer mi alma, aunque Dios sacó de ello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia que residía en aquel lugar adonde me fui á curar, de harto buena calidad y entendimiento; tenía letras aunque no muchas. Yo comencéme á confesar con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara, y buen letrado nunca me engañó; estotros tampoco me debían de querer

engañar, sino no sabían más; yo pensaba que sí, y que no era obligada á más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían y de más libertad que sí fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo no es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas para que yo me guardára dellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen y me engañasen á mí; yo engañé á otras hartas con decirles lo mesmo que á mí me habían dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años, hasta que en Padre Dominico, gran letrado me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré. Pues comenzándome á confesar con este que digo, él se aficionó en extremo á mí, porque entonces tenía poco que confesar para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la afición de este mala, más de demasiada afición venia á no ser buena. Tenía entendido de mí que no me determinaría á hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mesmo, y así era mucha la conversación. Más mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de él; y como era tan niña, haciale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó á declararme su perdición; y no era poca, porque había casi siete años que

estaba en muy peligroso estado con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hizoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley á quien me quería. Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina: que debemos todo el bien que nos hacen á Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad del mundo! Fuérades vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto; más ha sido todo al revés por mis pecados. Pocuré saber é informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y ví que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de ella al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podersele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, más diré esto que yo ví, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza á Dios (que ellas más que los hombres son obligadas á tener honestidad) que ninguna cosa de ellas pueden confiar; y que á trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afición que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna de esta suerte yo no cai, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la volun-

tad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; más, si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle más amor: mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque por hacerme placer me vino á dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado este, comenzó como quien despierta de un gran sueño, á irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino á comenzar á aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le vi, murió; y había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; más también hubo ocasiones para que si no se tuviera muy delante á Dios, hubiera ofensas tuyas mas graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal no la hiciera entonces. Y paréceme que le ayudaba á tenerme amor ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas á virtud; y aun para lo que acá pretenden deben de ganar con ellos más por aquí, según después diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien y

muy quitado de aquella ocasión; parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

3. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedía mi complexión: á los dos meses, á poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón, de que me fui á curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida, de gran hastio, calentura muy continua, y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada, que se me comenzaron á enconger los nervios, con dolores tan insoportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer mi padre, adonde tornaron á verme médicos: todos me desahuciaron, que decían, sobre todo este mal, estaba ética. Desto se me daba á mi poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza; porque de nervios son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto, si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió, que se vía claro venir de él. Mucho me aprovechó para tenerla, haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto y con haber comenzado á tener ora-

ción, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con él. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas. Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo.

4. Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde Abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Dí priesa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado, que lo era harto, que no fué ignorancia, me pudiera hacer gran daño! Díome aquella noche un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos; en este me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora ó momento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entenlierá. Teníanme algunas veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar, clamores y oraciones á Dios muchas; bendito sea él que quiso oírlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monesterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí; luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, más á mi parecer, que no eran con el sentimiento y pena de sólo haber ofendido á Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traía de los que me habían dicho no

eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran insoportables con que quedé, el sentido poco, aunque la confesión entera, á mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido á Dios; que esta merced me hizo su Majestad, entre otras, que nunca, después que comencé á comulgar, dejé cosa por confesar que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar; más sin duda me parece que lo iba harto mi salvación, si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra ser yo tan ruin y por muchas. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí y viendo cómo parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, oh ánima mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo no añadido muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase al contar mis pecados, y harto hermoseados van. Por amor de Dios le pido, de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios y lo que sufre á un alma. Sea bendito para siempre: plega á su Majestad que antes me consuma que le deje yo más de querer.



CAPITULO VI

Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad, con tan grandes trabajos; y cómo tomó por medianero y abogado al glorioso San José, y lo mucho que le aprovechó.

QUEDÉ destos cuatro días de parasismo de manera que solo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paro el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar á mí no había cómo, porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban; esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía que si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces; y á cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia, y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continos dolores, aunque á los recios frios de cuartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenía incomportables; el hastio muy grande. Dí

luego tan gran prisa de irme al monesterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; más el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía ya; digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios con gran alegría, porque todo se me hacía no nada, comparado con los dolores y tormentos del principio; estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era toda mi ansia de sanar por estar á solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy á menudo: trataba mucho de Dios, de manera que edificaba á todas y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque á no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.

2. Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oración que me había hecho, que ésta me hacía entender que cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo vi nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron á sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era escusar toda murmuración; porque traía muy delante cómo no había de querer, ni decir de otra persona lo que no quería dijese de mí: tomaba esto en harto extremo para las ocasiones que había, aunque no tan perfectamente, que algunas veces, cuando me las

daban grandes, en algo no quebrase; más lo continuo era esto; y anzi á las que estaban conmigo y me trataban persuadía tanto á esto, que se quedaron en costumbre. Vinose á entender que donde yo estaba tenían seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad y deudo, y enseñaba; aunque en otras cosas tengo bien que dar cuenta á Dios del mal ejemplo que les daba: plega á su Majestad me perdone, que de muchos males fui causa, aunque no con tan dañada intención, como después sucedía la obra. Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios; que si yo hallara con quien, más contento, y recreación me daba, que toda la pulicia ó grosería (por mejor decir) de la conversación del mundo; comulgar y confesar muy más amenudo y desearlo; amiguísima de leer buenos libros; un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido á Dios, que muchas veces me acuerdo, que no osaba tener oración, porque temía la grandísima pena, que había de sentir de haberle ofendido como un gran castigo. Esto me fué creciendo después en tanto extremo, que no sé yo á qué compare este termento. Y no era poco ni mucho por temor jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración y lo mucho que le debía, y vía cuan mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas, que por la culpa lloraba, cuando vía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me vía para no tornar á caer en poniéndome en la ocasión: parecíanme lágrimas engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque vía la gran merced que me

hacia el Señor en dèrmelas, y tan gran arrepentimiento. Procurada confesarme con brevedad, y á mi parecer hacia de mi parte lo que podía para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raiz las ocasiones, y en los confesores que me ayudaban poco: que á decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligación á no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna vía sufriera andar en pecado mortal solo un día, si yo entendiera. Todas estas señales de temer á Dios me vinieron con la oración, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia cuanto á pecados mortales. ¡Oh, váleme Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fué causa de todo mi daño! Pues como me ví tan tullida, y en tan poca edad, y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así; más todavía pensaba que serviría mucho más á Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

3. Comencé á hacer devociones de Misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir, y á ellas les hacía devoción; después se ha dado á entender no convenían, que eran supersticiosas: y tomé por abogado, y señor

al glorioso San José, y encomendéme mucho á él; ví claro, que así desta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdidas de alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo lo sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo, como de alma; que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente, y bien, aunque con buen intento; más esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones, y con muchas faltas: para el mal, y curiosidad, y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querria yo persuadir á todos fuesen devotos deste glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á

las almas que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí y á otras personas; más por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca. y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé como se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme á hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios, y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo como quien soy, en usar mal desta merced.

4. ¡Quién dijera que había tan presto de caer, después de tantos regalos de Dios, después de haber comenzado su Majestad á darme virtudes, que ellas mismas me despertaban á servirle; después de haberme visto casi muerta, y en tan gran

peligro de ir condenada; después de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva! Qué es esto, Señor mío, en tan peligrosa vida hemos de vivir que escribiendo esto estoy y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia podría decir lo que San Pablo, aunque no con esa perfección. Que no vivo yo ya, sino que vos, Criador mío, vivís en mí, según ha algunos años, que á lo que puedo entender, me tenéis de vuestra mano, y me veo con deseos y determinaciones (y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer hartas ofensas á vuestra Majestad sin entenderlo: y también me parece que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor que con gran determinación me deje de poner á ella, y en algunas me habéis vos ayudado para que salga con ellas, y no quiero mundo, ni cosa dél, ni me parece me dá contento cosa que no salga de vos, y lo demás me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y así será, que no tengo esto que he dicho, más bien veis vos, mi Señor, que á lo que puedo entender, no miento, y estoy temiendo, y con mucha razón, si me habéis de tornar á dejar; porque ya sé á lo que llega mi fortaleza y poca virtud, en no me la estando vos dando siempre y ayudando para que no os deje; y plega á vuestra Majestad, que aun ahora no esté dejada de vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame á mí, Señor mío, ya imposible dejaros tan del todo á vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar

de temer; porque en apartándocs un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo á vos, no me dejastes vos á mí tan del todo que no me tornase á levantar con darme vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la queria, ni quería entender, cómo muchas veces me llamábades de nuevo, como ahora diré.

CAPITULO VII

Trata por las términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le habia hecho, y cuan perdida vida comenzó á tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monesterios de monjas.

PUES así comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, á meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme á llegar á Dios; y ayudóme á esto, que como crecieron los pecados, comenzóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Vía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé á temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor anbar como los muchos; pues en ser ruín era de los peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocalmente, que no tener oración mental, y

tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba á la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias: y así no es de culpar á la casa adonde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristiandad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, gloria á Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo entienda) que en viniéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás; por ventura si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, también cayera; más su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito: antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión, como yo sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin, venía de que como me vían tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces á soledad á rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal, y otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta, y más libertad, que á las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, ó paredes, ó de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monesterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame á mí (que con

advertencia y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; como si fuera bien otras cosas que hacía. A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho.

2. Por esto me parece á mí me hizo harto daño no estar en monesterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podian tener con bondad, porque no debían más, que no se prometia clausura, para mí que soy ruin hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios, el Señor con muy particulares mercedes tuyas, no me hubiera sacado deste peligro: y así me parece lo es grandísimo, monesterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras, y con mucha perfección al Señor, que no puede su Majestad dejar (según es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé, y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos, y no una vez sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido á lo que están obligadas, que plega á Dios no tengan, por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar á poner sus hijas

adonde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca á su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monesterios semejantes, sino son muy bien inclinadas, y plega á Dios aproveche, ó se las tengan en su casa; porque si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no solo dañan á sí, sino á todas: y á las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan: y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van á servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer, ni remediar; que la mocedad, y sensualidad y demonio las convierten, é inclina á seguir algunas cosas que son del mismo mundo. Ve allí que lo tienen por bueno, á manera de decir. Paréceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar, y hacer entender, que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así sin creerlo; porque dentro de sí tienen quien le diga que es malo. ¡Oh grandísimo mal! grandísimo mal de religiosos (no digo ahora más mujeres que hombres) adonde no se guarda religión; adonde en un monesterio hay dos caminos de virtud y religion, y falta de religión, y todos casi se andan por igual; antes mal dije, no por igual, que por nuestros pecados camínase más el más imperfecto, y como hay más de él, es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras á seguir del todo su llamamiento, á los mismos de su casa,

que á todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea tener con Dios, que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los monesterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia; pues los que habían de ser los dechados para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor, que el espíritu de los Santos pasados dejaron en las religiones. Plega á la Divina Majestad ponga remedio en ello, como ve que es menester. Amén.

3. Pues comenzando yo á tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como vía que se usaban, que había de venir á mi alma el daño y distraimiento, que después entendí eran semejantes tratos, parecióme que cosa tan general como es este visitar en muchos monesterios, que no me haría á mí más mal que á las otras, que yo vía eran buenas: y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no le sería tanto; que alguno dudo yo le deje de haber, aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme á entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme, y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome á entender lo que de aquello le pesaba: vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de ventiseis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada, y turbada, y no quería ver más á con quien estaba. Hizome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, sino

era con los ojos del cuerpo; y el demonio que me ayudó á que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas desta suerte; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; más como no era á mi gusto, yo me hacía á mi misma desmentir; y yo, como no lo osé tratar con nadie, y tornó después á haber gran importunación, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné á la misma conversación, y aun en otros tiempos á otras, porque fué muchos años los que tomaba esta recreación pestilencial, que no me parecía á mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque á veces claro vía no era bueno; más ninguna me hizo el distraimiento que esta que digo, porque la tuve mucha afición.

4. Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros y otras personas que estaban allí también lo vieron, una cosa á manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar; de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido, y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuanto cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó á mí!

5. Tenía allí una monja, que era mi parienta, antigua y gran sierva de Dios y de mucha religión: ésta también me avisaba algunas veces; y no sólo no la creía, más disgustábame con ella, y

parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto para que se entienda mi maldad, y la gran bondad de Dios, y cuan merecido tenía el infierno por tan grande ingratitud: y también por que si el Señor ordenare y fuere servido en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega á su Majestad se desengañe alguna por mí, de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de proposito no las quería yo engañar; y por el mal ejemplo que las di (como he dicho) fui causa de hartos males, no pensando hacia tanto mal.

6. Estando yo mala en aquellos primeros días. antes que supiese valirme á mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar á los otros; tentación muy ordinaria de los que comienzan, aunque á mí me sucedió bien. Como quería tanto á mi padre, deseábale con el bien, que ya me parecía tenía con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración; y así por rodeos cómo pude, comencé á procurar con él la tuviese. Dile libros para este propósito: como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse también en él este ejercicio, que en cinco ó seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor, y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras; todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces á verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya después que yo andaba tan distraída y sin tener oración, como vía pensaba, que era la que solía, no lo pude

sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y más sin tener oración, pareciéndome más humildad; y ésta, como después diré, fué la mayor tentación que tuve, que por ella me iba á acabar de perder, que con la oración un día ofendía á Dios, y tornaba otros á recogerme y á apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacíase me recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios como solía, y dijele: que ya yo no tenía oración, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grave, siempre hasta ahora las he tenido y tengo bien grandes; aunque de poco acá, no con tanta reciedumbre, más no se quitan de muchas maneras.

7. En especial tuve veinte años cómitos por las mañanas, que hasta más de mediodía me acaecía no poder desayunarme; algunas veces más tarde: después acá que frecuento más á menudo las comuniones, es á la noche antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas y otras cosas; porque si lo dejo, es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón; aunque el mal que me tomaba muy contino, es muy de tarde en tarde; perlesía recia y otras enfermedades de calenturas, que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años ha. Destos males se me da ya tan poco, que muchas veces, me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó que era esta la causa, como él no decía mentira, y ya conforme á lo que yo trataba con él, no la había yo de decir.

Díjale, porque mejor lo creyese, (que bien vía yo que para esto no había disculpa) que harto hacía en poder servir el coro. Aunque tampoco era causa bastante para dejar cosa, que no son menester fuerzas corporales para ella, sino solo amar y costumbre; que el Señor dá siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que aunque con ocasiones, y aun enfermedad, algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto, y en la misma enfermedad y ocasiones, es la verdadera oración, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello y acordarse por quien lo pasa, y conformarse con ello, y mil cosas que se ofrecen: aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla cuando hay tiempo de soledad, y lo demás no ser oración. Con un poquito de cuidado, grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oración; y así los había yo hallado cuando tenía buena conciencia. Más él con la opinión que tenía de mí, y el amor que me tenía, todo me lo creyó; antes me hubo lástima: más como él estaba ya en tan subido estado, no estaba después tanto conmigo, sino como me había visto, íbase, que decía era tiempo perdido: como yo le gastaba en otras vanidades, dábame poco. No fué sólo á él, sino á otras algunas personas las que procuré tuviesen oración. Aun andando yo en estas vanidades, como las vía amigas de rezar, las decía como tenían meditación, y les aprovechaba y dábales libros; porque este deseo de que otras sirviesen á Dios, desde que comencé oración, como he dicho, le tenía. Parecíame á mí que, ya que yo no servía al Señor,

como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad á entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto, para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder á mí y procuraba ganar á otros.

8. En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fuile yo á curar estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé hartó trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo hartó mala me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba toda él bien y regalo porque en un ser me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando vía acabar su vida, porque le quería mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morir, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema-Únion, el encargarnos le encomendásemos á Dios, y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo: y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince días antes le dió el Señor á entender no había de vivir; poque antes destos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después con tener mucha mejoría y de-

cirlo los médicos, ningún caso hacía dello, sino entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Dijele yo, que, pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz á cuestas, que pensase su Majestad le quería dar á sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto de sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndole él mismo, espiró. Quedó como un angel; y así me parecía á mí lo era él, á manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena. No se para qué he dicho esto, sino es para culpar más mis ruindades, después de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo á tal padre, la había yo de mejorar. Decía su confesor, que era dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba y loaba su limpieza de conciencia.

9. Este Padre dominico, que era muy bueno, y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él, y tomó hacer bien á mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince á quince días, y poco á poco, comenzándole á tratar, tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía

más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía á el mundo. Dábanme gran contento las cosas de Dios. Teníanme atadas las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor; sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó á sufrir, que no dejase lo uno, ú lo otro; bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.

10. ¡Oh, váleme Dios! si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo á meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo á hacer obras para descubrir la que era, y el Señor en cubrir los males, y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho, porque aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, como vian otras cosas que les parecían buenas, no lo creían; y era que había ya visto el Sabidor de todas las cosas, que era menester así, para que en las que después he hablado de su servicio, me diesen algún crédito y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

11. ¡Oh, Señor de mi alma! ¡cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes! ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien, que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Éra tan más penoso para mí condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una dellas me parece cierto, me deshacía y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero vía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos: más verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible; y ereo para todos los que tuvieren algún conocimiento, ó amor de Dios, y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enejo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en vispera de tornar á caer: aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato, digo, estaban firmes. Gran mal es un alma sola entre tantos peligros: paréceme á mí, que si yo tuviera con quien tratar todo esto, me ayudara á no tornar á caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.

12. Por eso aconsejaría yo á los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo; es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos á otros con sus oraciones, cuanto más que hay muchas más ganancias. Y no sé yo por qué, (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos), se ha de permitir que quien comenzare de veras á amar á Dios y á servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración. Porque si es de verdad el amistad que quiere tener con su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá dello con mérito; y creo que el que tratando con esta intención lo tratare, que aprovechará á sí, y á los que le oyeren, y saldrá más enseñado, así en entender, como en enseñar á sus amigos. El que de hablar en esto tuviere vanagloria, también la terná en oír Misa con devoción, si le ven, y en hacer otras cosas que, so pena de no ser cristano, las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal, que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado de este ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda, que de veras quieren procurar amar y contentar á Dios, como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que

ya parece se toma por gala y se publican las ofensas, que en este caso se hacen á Dios.

13. No sé si digo desatinos; si lo son, vuesa merced los rompa, y si no lo son, le suplico ayude á mi simpleza con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos á otros, los que le sirven, para ir adelante, según se entiende por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo, y para estos hay pocos ojos: y si uno comienza á darse á Dios, hay tantos que murmuran, que es menester buscar compañía para defenderse hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer, y sino veránse en mucho aprieto. Paréceme, que por esto debían usar algunos Santos irse á los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer, que para aquellos con quien conversa le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes que no los osaría decir si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos, más creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto á quien tiene experiencia. De mí se decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad y diera medios para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oración, que cayendo y levantando iba á dar de ojos en el infierno; porque para caer había muchos amigos que me ayudasen, para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto, como no estaba siempre caída; alabo siempre la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano; sea bendito por siempre jamás. Amén.

CAPITULO VIII

Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oración para no perder el alma, y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade á que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la tornen á dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien.

NO sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará á nadie gusto ver cosa tan ruin, que cierto querría me aborreciesen los que esto leyesen, de ver un alma tan pertinaz é ingrata con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté á Dios por no estar arrimada á esta fuerte columna de la oración. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caidas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía á Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa que no sé como un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años. Con todo veo claro la

gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que habia de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración: digo ánimo, porque no sé yo para que cosa de cuantas hay en él, es menester mayor, que tratar traición al rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque puesto que siempre estamos delante de Dios, paréceme á mí es de otra manera los que tratan de oración, porque están viendo que los mira; que los demás podrá ser estén algunos días, que aun no se acuerden que los ve Dios. Verdad es que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor, y me daba mucho á la oración, y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir á ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con to la verdad, trato ahora esto. Más acuérdaseme poco destos días buenos, y así debían ser pocos y muchos los ruines: ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos, si no era estar muy mala ó muy ocupada. Cuando estaba mala, estaba mejor con Dios. procuraba que las personas que trataban conmigo lo estuviesen; y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en él. Así que si no fué el año que tengo dicho, en veintiocho que ha que comencé oración, más de los dieciocho pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; más con estar, á lo que pienso, en servicio de Dios y conocimiento de la vanidad, que es el mundo, todo ha sido suave, como diré después.

2. Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia

de Dios, y mi ingratitud; y lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios á un alma que la dispone para tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y cómo si en ella persevera, por pecados y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto, la saca el Señor á puerto de salvación, como (á lo que ahora parece) me ha sacado á mí: plega á su Majestad no me torne yo á perder. El bien que tiene quien se ejercita en oración, hay muchos santos, y buenos que lo han escrito, (digo oración mental); gloria sea á Dios por ello: y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osara hablar.

3. De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es medio por donde puede tortarse á remediar, y sin ella será muy más dificultoso; y no le tienta el demonio por la manera que á mí, á dejarla por humildad, crea que no pueden faltar sus palabras; que en arrepintiéndonos de veras y determinándose á no le ofender, se tosná á la amistad que estaba, y hacer las mercedes que antes hacía, y á las veces mucho más, si el arrepentimiento lo merece; y quien no la ha comenzado por amor del Señor, le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque cuando no fuere adelante, y se esforzase á ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que á estos da Dios, á poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo, que no se lo pague; porque no es

otra cosa oración mental, á mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando á solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aún no le amáis, porque para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podéis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; más viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

4. ¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo desta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querria, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufris vos á quien no os sufre que estéis con él! ¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le váis regalando y sufriendo, y esperáis á que se haga á vuestra condición, y tan de mientras le sufris vos la suya! Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar á vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condición, se deben llegar para que nos hagáis buenos: con que os sufran estéis con ellos siquiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con vos, sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos del mundo, como yo hacía. Por esta fuerza, que se hacen á querer estar en tan buena compañía miráis que en esto (á los principios no pueden más, ni después algunas veces) forzáis vos Señor, á los

demonios para que no los acometan, y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y dáiselas á ellos para vencer. Si, que no matéis á nadie, vida de todas las vidas, de los que se fian de vos, y de los que os quieren por amigo: sinó sustentáis la vida del cuerpo con mas salud y dáisla al alma.

5. No entiendo esto que temen los que temen comenzar oración mental, ni sé de qué han miedo. Bien hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace, no piense en lo que he ofendido á Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno y hay gloria, y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí. Esta fué toda mi oración, y ha sido cuanto anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podía, y muy muchas veces algunos años tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hastas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana que recogerme á tener oración. Y es cierto que era tan imcompartable la fuerza que el demonio me hacia, ó mi ruin costumbre, que no fuese á la oración, y la tristeza que me dada en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor. Y después que me habia hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo que algunas veces que tenía deseo de rezar. Pues si á cosa tan ruin como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro, que por aqui se remediaron todos mis

males, ¿qué persona, por mala que sea, podrá temer? Porque por mucho que lo séa, no lo será tantos años después de haber recibido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién podrá desconfiar, pues á mí tanto me sufrió, solo porque deseaba y procuraba algún lugar y tiempo para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacía, ó me la hacía el mismo Señor? Pues si á los que no le sirven, sino que le ofenden, les está también la oración, y les es tan necesaria, y no puede nadie hallar con verdad daño que pueda hacer, que no fuera mayor el no tenerla; los que sirven á Dios y le quieren servir, ¿porqué lo han de dejar? Por cierto si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar á Dios la puerta, para que en ella no les dé contento. ¡Cierto los he lástima, que á su costa sirven á Dios! Porque á los que tratan la oración, el mismo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo, da gusto para que con él se pasen los trabajos. Porque destos gustos, que el Señor da á los que perseveran en la oración, se tratará mucho, no digo aquí nada: solo digo que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho á mí, es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé como las hará; porque aunque quiera entrar á regalarle con un alma y regalarla, no hay por donde, que la quiere sola y limpia, y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir á nosotros, y queremos nos haga Dios grandes mercedes?

6. Para que vean su misericordia, y el gran que fué para mí no haber dejado la oración y

lección, diré aquí, pues va tanto en entender la batería que da el demonio á un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla á sí, y se guarden de los peligros, que yo no me guardé. Y sobre todo por amor de nuestro Señor y por el grande amor con que anda grangeando tornarlos á sí, pido yo se guarden de las ocasiones; porque puestos en ellas, no hay que fiar, donde tantos enemigos nos combaten, y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos. Quisiera yo saber figurar la captividad que en estos tiempos traía mi alma, porquís bien entendía yo que lo estaba y no acababa de entender en qué, ni podía creer del todo que lo que los confesores no me agravaban tanto, fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma. Dijose uno, yendo yo á él con escrúpulo que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, más no me quitaba del todo de la ocasión. Como me vían con buenos deseos y ocupación de oración, parecíales hacía mucho; más entendía mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debía tanto: lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos, con decir eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima á ellos, de manera que si vía alguno predicar con espíritu y bien un amor particular le cobraba sin procurarlo yo, que no sé quién me lo ponía; casi nunca me parecía tan mal

sermón, que no le oyese de buena gana, aunque al dicho de los que le oían, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios, ú oír de él, casi nunca me cansaba; esto después que comencé oración. Por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendía yo que no era la que había de ser con mucha parte. Suplicaba al Señor me ayudase, más debía faltar, á lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en su Majestad y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio, hacía diligencias; más no debía entender que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida y no la podía yo tomar, y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado á sí y yo dejádole.

CAPITULO IX

Trata por qué términos comenzó el Señor á despertar su alma, y darle luz en tan grandes tinieblas, y á fortalecer sus virtudes para no ofenderle.

PUES ya andaba mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que entrando un día en el oratorio ví una imagen que habían traído allí á guardar, que se había buscado para cierta

fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verla tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

2, Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame á sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento; y encomendábame á aquella gloriosa santa para que me alcanzase perdón.

4. Mas esta postrera vez desta imagen que digo, me parece aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces. Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar á Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, á mi parecer, en las partes á donde le vía más solo. Parecíame á mí que estando solo y afligido como persona necesitada, me había de admitir á mí. Destas simplicidades tenía muchas; en especial

me hallaba muy bien en la Oración del Huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido: si podía deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; más acuérdome que jamás osaba determinarme á hacerlo como se me presentaban mis pecados tan graves. Estaba-me allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba á Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la Oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones; y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé á tener oración, sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

4. Pues tornando á lo que decía del tormento que me daban los pensamientos, esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada ó perdida, digo perdida la consideración. En aprovechando, aprovecha mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy á su costa, salvo á personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas é oración de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechávame á mí también ver campos, agua, flores, en estas cosas hallaba yo memoria del Criador: (digo que me despertaban y recogían, y servían de libro), y en mi ingratitud y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan gresero, que jamás por

jamás las pude imaginar hasta que por otro modo el Señor me las representó

5. Tenia tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que vía no me aprovechaba nada de mi imaginación, como hacen otras personas que pueden hacer representaciones á donde se recogen. Yo solo podía pensar en Cristo como hombre; más es así que jamás le pude representar en mí por más que leía su hermosura y vía imágenes, sino como quien está ciego ó á oscuras, que aunque habla con alguna persona y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, más no la ve. De esta manera me acaecía á mí cuando pensaba en nuestro Señor. A esta causa era tan amiga de imágenes. Desventurados de los que por su culpa pierden este bien: bien parece que no aman al Señor, por que si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien.

6. En este tiempo me dieron las Confesiones de San Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada á San Agustín, porque el monesterio adonde estuve seglar era de su Orden, y también por haber sido pecador, que en los Santos, que después de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y como los había el Señor perdonado, podía hacer á mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que á ellos sola una vez los había el Señor llamado, y no tornaban á caer, y á mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; más considerando en

el amor que me tenía tornaba á animarme, que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces.

7. ¡Oh, válame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me vía para no me determinar á darme del todo á Dios. Como comencé á leer las Confesiones, pareceme me vía yo allí; comence á encomendarme mucho á este glorioso Santo. Cuando llegué á su conversión, y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón: estuyé por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento, sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal: pareceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la Divina Majestad, y que debía oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas.

8. Comenzóme á crecer la afición de estar más tiempo con él, y á quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía á amar á su Majestad; que bien entendía yo á mi parecer le amaba, más no entendía en que está el amar de veras á Dios, como lo había de entender. No me parece acababa yo de disponerme á quererle servir, cuando su Majestad me comenzaba tornar á regalar. No parece si no que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor

conmigo, que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás á ello me atreví; sólo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los vía tan grandes, aun desear regalos, ni gusto, nunca de advertencia osaba: hartó me parece hacia su piedad, y con verdad hacia mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí y traerme á su presencia, que vía, yo si tanto él no lo procurara, no viniera. Solo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde, me dió lo que me había atrevido á pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo, más parecíame á mí, que lo es á los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender á Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien. Parecíame, que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo creo me valieron; porque como digo, en especial después de estas dos veces de tan gran compunción dellas, y fatiga de mi corazón, comencé más á darme á oración y á tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino que como digo, fuéme ayudando Dios á desviarme, como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor, sino á los que están en más limpieza de conciencia.

CAPÍTULO X

Comienza á declarar las mercedes que el Señor la hacia en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide á quien esto envía, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere; pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que la hace el Señor.

TENÍA yo algunas veces, como he dicho, (aunque con mucha brevedad pasaba) comienzo de lo que ahora diré Acaeciame en esta representación que hacia de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, ó yo toda engolfada en él. Esto no era manera de visión; creo lo llaman mística teología: suspende el alma de suerte que toda parecia estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me pareco está cási perdida, el entendimiento no discurre á mi parecer, más no se pierde; más como digo, no obra (1), sino está como espantado de lo mucho

(1) Dice que no obra el entendimiento, porque como ha dicho, no discurre de unas cosas en otras, ni saca consideraciones, porque le tiene ocupado entonces la grandeza del bien que se le pone delante; pero en realidad de verdad sí obra, pues pone los ojos en lo que se le presenta, y conoce que no lo puede entender como es. Pues dice: No obra, esto es, no discurre, sino está como espantado de lo mucho que entiende;

que entiende; porque quiere Dios entienda, que de aquello que su Majestad le representa, ninguna cosa entiende.

2. Primero había tenido muy continuo una ternura, que en parte algo della me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza, y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida, en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama: otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algún amor, regálase el alma, enternécese el corazón, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace, para no poder-nos resistir. Parece nos paga su Majestad aquel cuidadito con un don tan grande, como es el consuelo que da á un alma, ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razon de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

3. Pareceme bien esta comparación, que ahora se me ofrece; que son estos gozos de oración, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor, conforme á lo que merecen, quiere que vean y ven sus pocos méritos cada uno está contento con el lugar en que está,

esto es, de la grandeza del objeto que ve: no porque entienda mucho del, sino porque ve, que es tanto él en sí que no le puede enteramente entender.

con haber tan grandísima diferencia de gozar á gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales á otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios le hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razón, que una lágrima destas, que como digo casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa) no me parece á mí, que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; ¿y qué más ganancia que tener algún testimonio que contentamos á Dios? Así que quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino si no torna atrás.

4. No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar que les parece humildad, no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien como ello es, que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo á su Majestad; porque si no conocemos que recibimos, no despertaremos á amar: y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad: lo demás es acobardar el ánimo á parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor á dárselos, comienza él á atemorizarse con miedo de vanagloria. Creamos, que quien nos da los bienes, nos dará gracia, para que en comenzando el demonio á tentar en este caso, le entienda, y fortaleza para resistir; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo conten-

tar solo á él, y no á los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más á una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues si es lícito, y tan meritorio, que siempre tengamos, memoria que tenemos de Dios el ser, y que nos crió de no nada, y que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte, y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito que entienda yo, y vea, y considere muchas veces, que solía hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor, que no querría si no hablar en él? He aquí una joya, que acordándonos que es dada, y ya la poseemos, forzado convida á amar, que es todo el bien de la oración fundada sobre humildad. ¿Pues qué será, cuando vean en su poder otras joyas mas preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio del mundo, y aun de sí mismos? Está claro, que se han de tener por más deudores y más obligados á servir, y entender que no teníamos nada desto, y á conocer la largueza del Señor, que á un alma tan pobre y ruin, y de ningún merecimiento, como la mía que bastaba la primer joya destas, y sobraba para mí, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear. Es menestar sacar fuerzas de nuevo para servir y procurar no ser ingratos; porque con esa condición las da el Señor, que si no usamos bien del Tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará á tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas á quien luzga, y aproveche con ellas á sí y á los otros. ¿Pues cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico? Es

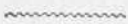
imposible conforme á nuestra naturaleza, á mí parecer, tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados á cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones es adonde el Señor nos da la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos dél y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos á lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser, que yo como soy tan ruin, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe para hacer obras muy perfectas, que yo, como miserable, todo lo he habido menester.

5. Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan, y si no fuere bien, romperálo á quien lo envió, que mejor sabrá entender lo que va mal que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados lo publiquen, desde ahora doy licencia, y á todos mis confesores, que así lo es á quien esto va; y si quisieren luego en mi vida porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien; y cierto, cierto con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si á alguien lo mostraren, digan

quién es, por quién pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda, por no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que si lo fuere, será suya y no mía, por ser yo sin letras ni buena vida, ni ser informada de letrado ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir saben que lo escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones; así que aunque el Señor me diera habilidad y memoria, que aun con esta pudierame aprovechar de lo que he oído y leído, es poquísima la que tengo); así que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuere malo será de mí, y vuesa merced lo quitará. Para lo uno ni para lo otro, ningún provecho tiene decir mi nombre, en vida está claro que no se ha de decir de lo bueno; en muerte no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien, y no le dar ningún crédito, por ser dicho de persona tan baja y tan ruin, y por pensar vuesa merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demás que lo han de ver, escribo con libertad; de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás basta ser mujer para caérseme las alas, cuanto más mujer y ruin. Y así lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuese merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaración de las mercedes

que me hace Dios en la oración, si fuere conforme á las verdades de nuestra santa fe católica; y si no vuesa merced lo queme luego, que yo á esto me sujeto; y diré lo que pasa por mí, para que cuando sea conforme á esto podrá hacer á vuesa merced algún provecho; y si no, desengañará mi alma, para que no gane el demonio adonde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como después diré) que siempre he procurado buscar quien me dé luz.

6. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien oscuro para quien no tuviere experiencia. Algunos impedimentos diré, que á mi entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia, y después tratádolo yo con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veinte y siete años que ha que tengo oración, me ha dado su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos y tan mal este camino, qué á otros en cuarenta y siete, y en treinta y siete, que con penitencia y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo, y sirvase de mí, por quien su Majestad es, que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido un poquito, de ver que en un muladar tan sucio y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores. Plega á su Majesad que por mi culpa no las torne yo á arrancar, y se torne á ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor le pida vuesa merced, pues sabe la que soy con más claridad, que aquí me lo ha dejado decir.



CAPITULO XI

Dice en qué está la falta de no amar á Dios con perfección en breve tiempo; comienza á declarar, por una comparación que pone, cuatro grados de oración; va tratando aquí el primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oración.

PUES hablando ahora de los que comienzan á ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos á seguir por este camino de oración, al que tanto nos amó), es una dignidad tan grande que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luego va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡Oh, Señor de mi alma y bien mío! Por qué no quisites, que en determinándose un alma á amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozase de subir á tener este amor perfeto? Mal he dicho; había de decir y quejarme, porque no queremos nosotros, pues toda la falta nuestra es en no gozar luego de tan gran dignidad, pues en llegando á tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros y tan tardios de darnos del todo á Dios, que como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; más si hiciésemos lo

que podemos, en no nos asir á cosa della, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos como algunos Santos lo hicieron; mas parecenos que lo damos todo; y es que ofrecemos á Dios la renta ó los frutos, y quedámonos con la raíz y posesión. Determinámonos á ser pobres, y es de gran merecimiento; más muchas veces tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no solo lo necesario, sino lo superfluo, y á granjear los amigos que nos lo den, y ponernos en mayor cuidado, y por ventura peligro, porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Parece también que dejamos la honra de ser religiosos, ó en haber ya comenzado á tener vida espiritual y á seguir perfección, y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado á Dios, y nos queremos tornar á alzar con ella, y tomársela, como dicen, de las manos, después de haberle de nuestra voluntad, al parecer, hecho Señor: así son todas las cosas.

2. Donosa manera de buscar amor de Dios, y luego le queremos á manos llenas (á manera de decir) tenernos nuestras aficiones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos, y no acabarlos de levantar de la tierra, y muchas consolaciones espirituales con esto. No viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Así que porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este Tesoro, plega al Señor que gota á gota nos le dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo. Harto gran misericordia hace á quien da gracia y ánimo para determinarse á

• procurar con todas sus fuerzas este bien; porque si persevera, no se niega Dios á nadie; poco á poco va habilitando el ánimo para que salga con esta victoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante á los principios para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no solo en perder aquel alma, sino muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios á llegar á la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo, siempre lleva mucha gente tras sí; como á buen capitán le da Dios quien vaya en su compañía. Así que pónelos tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios.

3. Pues hablando de los principios de los que ya van determinados á seguir este bien y á salir con esta empresa (que de lo demás que comencé á decir de mística teología, que creo se llama así, diré más adelante), en estos principios está todo el mayor trabajo; porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oración lo más es gozar, puesto que primeros y medianos y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes, que por este camino que fué Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder; y bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan. Habré de aprovecharme de alguna comparación, aunque yo las quisiera excusas por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; más este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar á los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo,

y podrá ser las menos veces acierte á que venga bien la comparación; servirá de dar recreación á vuesa merced de ver tanta torpeza. Paréceme ahora á mí, que he leído ú oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé adonde, ni á que propósito, más para el mío ahora conténtame. Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oración un alma, y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que den de sí gran olor, para dar recreación á este Señor nuestro, y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta, y á holgarse entre estas virtudes.

4. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar para que entendamos lo que hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor la ganancia, ó hasta que tanto tiempo se ha de tener. Pareceme á mí que se puede regar de cuatro maneras: ó con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ó con noria y arcaduces, que se saca con un torno; (yo la he sacado algunas veces), es á menos trabajo que estotro, y sácase más agua; ó de un río ó arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan á menudo y es á menos trabajo mucho del hortelano; ó con

llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua de que se ha de sustenar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que á mí me hace al caso, y ha parecido que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bondad ha puesto algunas veces mi aima. Plega á su bondad atine á decirlo, de manera que aproveche á una de las personas que esto me mandaron escribir, que la ha traído el Señor en cuatro meses harto más adelante que yo estaba en diez y siete años: hase dispuesto mejor y ansí sin trabajo suyo riega este vergel con todas estas cuatro aguas; aunque la postrera aún no se la dá sino á gotas, más va de suerte, que presto se engolfará en ella, con ayuda del Señor: y gustaré se ría, si le pareciere desatino la manera del declarar.

5. De los que comienzan á tener oración, podemos decir son los que sacan agua del pozo; que es muy á su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados á andar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oír, y á ponerlo por obra las horas de oración, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada; aunque esto, primeros y postreros, todos lo han de hacer muchas veces; hay más y menos de pensar en esto, como después diré. Al principio andan con pena, que no acaban de entender que se arrepienten de los pecados; y si hacen, pues se determinan á servir á Dios tan de veras. Han de procurar tratar de la

vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndese con el favor de Dios, que sin este ya se sabe no podemos tener un buen pensamiento. Esto es comenzar á sacar agua del pozo; y aun plega á Dios lo quiera tener, más al menos no queda por nosotros, que ya vamos á sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores; y es Dios tan bueno, que cuando por lo que su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro), quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes: llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devoción.

6. ¿Pues qué hará aquí el que ve que en muchos días no hay sino sequedad, y disgusto y desabor, y tan mala gana para venir á sacar el agua, que si no se le acordase que hace placer y servicio al Señor de la huerta, y mirase á no perder todo lo servido, y aun lo que espera ganar del gran trabajo que es echar muchas veces el caldoro en el pozo y sacarle sin agua, lo dejaría todo? Y muchas veces le acaecerá, aun para esto, no se le alzar los brazos, ni podrá tener un buen pensamiento: que este obrar con el entendimiento, entendido va que es el sacar agua del pozo. Pues como digo, ¿qué hará aquí el hortelano? Alegrarse y consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran Emperador: y pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse á sí, si no á El, alábele mucho, que hace dél confianza, pues ve, que sin pagarle nada, tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó; y ayú-

dele á llevar la cruz, y piense, que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oración; y así se determine, aunque para toda la vida le dure esta sequedad, no dejar á Cristo caer con la cruz; tiempo verna, que se lo pague por junto: no haya miedo que se pierda el trabajo, á buen amo sirve, mirándolo está no haga caso de malos pensamientos; mire que también los representaba el demonio á San Hierónimo en el desierto; su precio se tienen estos trabajos, que como quien los pasó muchos años, que cuando una gota de agua sacaba deste bendito pozo, pensaba me hacia Dios merced. Sé que son grandísimos, y me parece es menester más ánimo que para otros muchos trabajos del mundo; más he visto claro que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida, porque es así cierto, que una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de sí, después acá me parece quedan pagadas todas las congojas, que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras á la postre estos tormentos, y otras muchas tentaciones, que se ofrecen, para probar á sus amadores y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle á llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros: y para bien nuestro creo nos quiere su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de después, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las dé; porque no nos acaezca lo que á Lucifer.

7. ¿Qué hacéis vos, Señor mío, que no sea

para mayor bien del alma, que entendéis que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder para seguiros por donde fuéredes hasta muerte de cruz, y que está determinada ayudáosla á llevar, y á no dejaros solo con ella? Quien viere en sí esta determinación... ¡no, no hay que temer, gente espiritual; no hay porqué se afligir! puestos ya en tan alto grado, como es querer tratar á solas con Dios, y dejar los pasatiempos del mundo, lo más está hecho. Alabad por ello á su Majestad, y fiad en su bondad que nunca faltó á sus amigos: atapad os los ojos de pensar, ¿porqué da aquel de tan pocos días devoción, y á mí no en tantos años? Creamos es todo para más bien nuestro; guie su Majestad por donde quisiere; ya no somos nuestros, sino suyos; harta merced nos hace en querer que queramos cabar en su huerto y estarnos cabe el Señor dél, que cierto está con nosotros: si El quiere que crezcan estas plantas y flores, á unos con dar agua que saquen deste pozo, á otros sin ella ¿qué se me dá á mí? Haced vos, Señor, lo que quisiéredes, no os ofenda yo, no se pierdan las virtudes, si alguna me habéis ya dado por sola vuestra bondad; padecer quiero, Señor, pues vos padecistes; cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad; y no plega á vuestra Majestad, que cosa de tanto precio, como vuestro amor, se dé á gente que os sirve sólo por gustos.

8. Háse de notar mucho, y dígolo porque lo sé por experiencia, que el alma que en este camino de oración mental comienza á caminar con determinación, y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse, ni desconsolarse mucho, porque falten estos gustos y ternura, ó la dé el

Señor, que tiene andado gran parte del camino; y no haya miedo de tornar atrás aunque más tropiece, porque va comenzado el edificio en firme fundamento. Si, que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternuras que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos, si no en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. Recibir, más me parece á mí eso que no dar nosotros nada. Para mujercitas como yo, flaca y con poca fortaleza, me parece á mí conviene (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos; porque pueda sufrir algunos trabajos, que ha querido su Majestad tenga; más para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les dá devoción, que me hace disgusto oírlo. No digo yo que no la tomen, si Dios se la dá y la tengan en mucho, porque entonces verá su Majestad que conviene; más que cuando no la tuvieren, que no se fatiguen; y que entiendan que no es menester, pues su Majestad no la dá, y anden señores de si mismos. Crean que es falta, yo lo he probado y visto. Crean que es imperfección y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer.

9. Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho comenzar con esta libertad y determinación, sino por otros; que habrá muchos, que lo ha que comenzaron, y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio. Que andarán afligidos, pareciéndoles no hacen nada, en dejando de obrar el entendimiento no lo pueden sufrir; y por ventura enton-

ces engorda la voluntad y toma fuerza, y no lo entienden ellos. Hemos de pensar, que no mira el Señor en estas cosas, que aunque á nosotros nos parecen faltas, no lo son; ya sabe su Majestad nuestra miseria y bajo natural, mejor que nosotros mismos; y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en El y amarle. Esta determinación es la que quiere: estotro afligimiento que nos damos, no sirve de más de inquietar el alma, y si habia de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muy muchas veces (yo tengo grandísima experiencia dello, y sé que es verdad, porque lo he mirado con cuidado, y tratado después á personas espirituales) que viene de indisposición corporal, que somos tan miserables, que participa esta encarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo, y las mudanzas de los tiempos: y las vueltas de los humores muchas veces hacen, que sin culpa suya no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y mientras más la quíeren forzar en estos tiempos, es peor, y dura más el mal; sino que haya discreción para ver cuando es desto, y no la ahoguen á la pobre: entiendan son enfermos: múdese la hora de la oración, y hartas veces será algunos días. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma que ama á Dios, ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped como es este cuerpo. Dije con discreción, porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien, ni siempre dejar la oración cuando hay gran distraimiento y turbación en el entendimiento, ni siempre atormentar el alma á lo que no puede: otras cosas hay

exteriores de obras de caridad y de lección aunque á veces aun no estará para esto, sirva entonces al cuerpo por amor de Dios, porque otras veces muchas sirva él á el alma; y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones, que lo sean, ó irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia, que da á entender lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios: suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad, para su mayor aprovechamiento. Así que torno á avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada, que importa mucho, que de sequedades, ni de inquietud y distraimiento en los pensamientos, nadie se apriete ni aflija. Si quiere ganar libertad de espíritu y no andar siempre atribulado, comience á no se espantar de la cruz, y verá como se la ayuda también á llevar el Señor, y con el contento que anda, y el provecho que saca de todo; porque ya se ve, que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados, para que cuando la haya sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.



CAPITULO XII

Prosigue en este primer estado; dice hasta donde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu á cosas sobrenaturales y extraordinarias.

Lo que he pretendido dar á entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas, por parecerme muy necesarias, es decir, hasta lo que podemos nosotros adquirir, y como en esta primera devoción podemos nosotros ayudarnos algo, porque en pensar, y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos á compasión, y es sabrosa esta pena y las lágrimas que proceden de aquí; y de pensar la gloria que esperamos, y el amor que el Señor nos tuvo y su resurrección, muévenos á gozo, que ni es del todo espiritual, ni sensual, sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. Desta manera son todas las cosas que causan devoción adquirirla con el entendimiento en parte, aunque no podía merecer ni ganar, si no la dá Dios. Estále muy bien á un alma, que no la ha subido de aquí, no procurar subir á ella; y nótese esto mucho, porque no le aprovechará más de perder. Puede en este estado hacer muchos actos para determinarse á hacer mucho por Dios, y despertar el amor: otros para ayudar á crecer las virtudes, conforme á lo que dice un libro llamado «Arte de servir á

Dios» que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado, porque obra el entendimiento. Puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse á enamorarse mucho de su sagrada Humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con El, pedirle para sus necesidades, y quejársele de sus trabajos, alegrarse con El en sus contentos, y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme á sus deseos y necesidad. Es excelente manera de aprovechar, y muy en breve; y quien trabajare traer consigo esta preciosa compañía, y se aprovechar mucho della, y de veras cobrará amor á este Señor, á quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devoción, como tengo dicho, sino agradecer al Señor que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras. Este modo de traer á Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo para ir aprovechando en el primero y llegar en breve al segundo grado de oración, y para los postreros andar seguros de los peligros que el demonio puede poner.

2. Pues esto es lo que podemos: quien quisiere pasar de aquí y levantar el espíritu á sentir gustos, que no se los dan, es perder lo uno y lo otro, á mi parecer; porque es sobrenatural, y perdido el entendimiento, quélese el alma desierta y con mucha sequedad; y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras más llegados á Dios, más adelante ha de ir esta virtud; y si no va todo perdido: y parece algún género de soberbia querer nosotros subir á más, pues Dios hace

demasiado, según somos, en allegarnos cerca de sí. No se ha de entender que digo esto por el subir con el pensamiento á pensar cosas altas del cielo ó de Dios, y las grandezas que allá hay y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenía habilidad, como he dicho, y me hallaba tan ruin, que aun para pensar cosas de la tierra me hacía Dios merced de que entendiese esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanto más para las del cielo), otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un gran tesoro para este ejercicio, á mi parecer, si son con humildad. De unos días acá lo he visto por algunos letrados, que ha poco que comenzaron y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ansias porque muchos fuesen espirituales, como adelante diré.

3. Pues lo que digo, no se suban sin que Dios los suba, es lenguaje de espíritu; entenderme ha quien tuviere alguna experiencia, que yo no lo sé decir, si por aqueí no se entiende. En la mística teología, que comencé á decir, pierde de obrar el entendimiento, porque le suspende Dios (1), como

(1) El suspender Dios el pensamiento ó entendimiento de que habla aquí la Santa Madre, y lo llama mística Teología, es presentarle delante un bulto de cosas sobrenaturales y divinas é infundir en él gran copia de luz para que las vea con una vista simple y sin discurso, ni consideracion, ni trabajo. Y esto con tanta fuerza, que no puede atender á otra cosa, ni divertirse. Y no para el negocio en solo ver y admirar, sino pasa la luz á la voluntad, y tórnase fuego en ella que la enciende en amor. De manera, que quien esto padece, por el tiempo que lo padece tiene el entendimiento enclavado en lo que ve, y espantado dello, y la voluntad ardiendo en amor dello mismo, y la memoria del todo ociosa; porque el alma

después declararé más, si supiere, y El me diere para ello su favor. Presumir ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo no se haga, ni se deje de obrar con él, porque nos quedaremos bobos y fríos, y ni haremos lo uno ni lo otro. Que cuando el Señor le suspende y hace parar, dále de que se espante y se ocupe, y que sin discuirir entienda más en un Credo que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años. Ocupar las potencias del alma y pensar hacerlas estar quedas es desatino: y torno á decir que aunque no se entiende es de no gran humildad, aunque no con culpa, con pena sí, que será trabajo perdido, y queda el alma con un disgustillo, como quien va á saltar y lo asen por detrás, que ya parece ha empleado su fuerza, y hállase sin efectuar lo que con ella quería hacer; y en la poca ganancia que queda, verá quien lo quisiere mirar este poquillo de falta de humildad que he dicho; porque esto tiene excelente esta virtud, que no hay obra á quien ella acompañe que deje el alma disgustada. Paréceme lo he dado ha entender, y por ventura será solo para mí: abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con expe-

ocupada con el gozo presente no admite otra memoria. Pues deste elevamiento ó suspensión, dice, que es sobrenatural, quiere decir que nuestra alma en ello mas propiamente padece que hace. Y dice que nadie presuma elevarse desta manera antes que le eleven: lo uno, porque excede toda nuestra industria, y así será en balde: lo otro, porque será falta de humildad. Y avisa desto la Santa Madre con grande causa. porque hay libros de oración que aconsejau á los que oran, que suspendan el pensaminto totalmente; y que no figuren en la imaginación cosa ninguna, ni aun resuellen, de que sucede quedarse frios é indevotos.

riencia, que por poca que sea luego lo entenderán.

4. Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada dellas; y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo á entender, que no me ha costado esto poco trabajo: cuando su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querían darme á entender lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir, y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba, ó quería el Señor (como su Majestad fué siempre mi maestro, sea por todo bendito, que harta confusión es para mí poder decir esto con verdad), que no tuviese á nadie que agradecer; y sin querer, ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades) dármelo Dios en un punte á entender con toda claridad, y para saberlo decir; de manera que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendía mejor mi torpeza. Esto ha poco y así lo que el Señor me ha enseñado, no lo procuro, sino es lo que toca á mi conciencia.

5. Torno otra vez á avisar, que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no lo subiere; que cosa es, se entiende luego: en especial para mujeres es más malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión, aunque tengo por cierto, no consiente el Señor dañe á quien con humildad se procura llegar á El, antes sacará más provecho y ganancia por donde el demonio le pensare hacer perder. Por ser este camino de los primeros más usado, é importar mucho los avisos que he dado,

me he alargado tanto, y habránlos escrito en otras partes muy mejor, yo lo confieso, y que con harta confusión y vergüenza lo he escrito, aunque no tanta como había de tener. Sea el Señor bendito por todo, que á una como yo quiere y consiente hable en cosas suyas, tales y tan subidas.

CAPITULO XIII

Prosigue en este primer estado, y pone ávise para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso.

HÁME parecido decir algunas tentaciones que he visto que se tienen á los principios (y algunas he tenido yo), y dar algunos avisos de cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese á los principios andar con alegría y libertad; que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devoción, si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar ni poco ni mucho de ponerse en ocasión donde suele ofender á Dios, que esto es muy necesario, hasta estar ya muy enteros en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan estar tanto, que en ocasiones aparejadas á su natural se puedan descuidar. Que siempre mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; más hay muchas cosas adonde se sufre (como he dicho) tomar recreación, aun para tornar á la oración más fuertes. En todo es menester discreción. Tener

gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco, á poco, aunque no sea luego, podremos llegar á lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaron á derearlo, y poco á poco ponerlo por obra, no subieran á tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad, y ninguna confianza de sí: y no he visto ninguna destas que quede baja en este camino, ni ninguna alma cobarde, con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino, animarse á grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega á mucho, aunque como avecita, que tiene pelo malo, cansa y queda.

2. Otro tiempo traía yo adelante muchas veces lo que dice San Pablo, que todo se puede en Dios: en mí bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice San Agustín: Dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quisieres. Pensaba muchas veces que no había perdido nada San Pedro en arrojarle en la mar, aunque después temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primero estado es menester irse más deteniendo, y atados á la discreción y parecer de maestro; más han de mirar que sea tal, que no los enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á solo eazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

3. Mas es menester entendamos cómo ha de

ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos, y querer imitar á los Santos y desear ser mártires. Luego nos dice ó hace entender, que las cosas de los Santos son para admirar, más no para hacerlas los que somos pecadores. Esto también lo digo yo, más hemos de mirar cual es de espantar y cual de imitar; porque no sería bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas, yéndose á un desierto, adonde ni pudiese dormir, ni tuviese que comer, ó cosas semejantes.

4. Más pensar que nos podemos esforzar, con el favor de Dios, á tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado á la hacienda. Que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo y dar al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan á la oración. Desto me pesa á mí, que tengamos tan poca confianza de Dios y tanto amor propio que nos inquiete ese cuidado. Y es así, que á donde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderías nos dan tan grau trabajo, como á otras cosas grandes y de mucho tomo, y en nuestro seso presumimos de espirituales. Paréceme ahora á mí esta manera de caminar un querer concertar cuerpo y alma, para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios; y así será ello si se anda en justicia, y vamos ansidos á virtud; más es paso de gallina: nunca con

El se llegará á libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme á su llamamiento; más para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado; y siempre me estuviera así, si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

5. Aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes, mas procuraba esto que he dicho, tener oración, más vivir en mi placer. Creo, si hubiera quien me sacara á volar más, me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obra; más hay por nuestros pecados tan pocos, tan contados, que no tengan discreción demasiada en este caso, que creo es harta causa para que los que comienzan no vayan más presto á gran perfección; porque el Señor nunca falta ni queda por El; nosotros somos los faltos y miserables.

6. También se pueden imitar los Santos en procurar soledad y silencio, y otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho á hacerlos inhábiles cuando ven un poco de temor. No quiere él más para hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo que mejor vista ni salud podemos desear que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios enten-

diese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: poco va en que me muera: si, ¡el descanso! ¡no he ya menester descanso, sino cruz! Así otras cosas. Vi claro que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio ó flojedad mía; que después que no estoy tan mirada y reglada, tengo mucha más salud. Así que va mucho á los principios de comenzar oración, á no amilannar los pensamientos; y créanme esto, porque lo tengo por experiencia. Y para que escarmienten en mí, aun podrían aprovechar decir estas mis faltas.

7. Otra tentación es luego muy ordinaria, que es desear que todos sean muy espirituales, como comienzan á gustar del sosiego y ganancia que es. El desearlo no es malo; el procurarlo podría ser no bueno, si no hay mucha discreción y disimulación en hacerse de manera que no parezca enseñan; porque quien hubiere de hacer algún provecho en este caso, es menester que tenga las virtudes muy fuertes para que no dé tentación á los otros. Acaeciome á mí, y por eso lo entiendo, cuando (como he dicho) procuraba que otras tuviesen oración; que, como por una parte me vían hablar grandes cosas del gran bien que era tener oración, y por otra parte me vían con gran pobreza de virtudes, tenerla yo, traíalas tentadas y desatinadas; y con harta razón, que después me lo han venido á decir, porque no sabían cómo se podía compadecer lo uno con lo otro: y era causa de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que lo hacía yo algunas veces, cuando les parecía algo bien de mí. Y esto hace

el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que por poco que sea, cuando es en una comunidad, debe ganar mucho; cuanto más, que lo que yo hacía malo era muy mucho; y así en muchos años, solas tres se aprovecharon de lo que les decía; y después que el Señor me había dado más fuerzas en la virtud, se aprovecharon en dos ó tres años muchas, como después diré. Y sin esto, hay otro gran inconveniente, que es perder el alma; porque lo más que hemos de procurar al principio, es solo tener cuidado de sí sola, y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella; y esto es lo que le conviene mucho.

8. Da otra tentación, (y todas van con un celo de virtud que es menester entenderse y andar con cuidado) de pena de los pecados y faltas que ven en los otros. Pone el demonio, que es solo la pena de queter que no ofendan á Dios, y pesarle por su honra, y luego querrian remediarlo; inquieta esto tanto, que impide la oración; y el mayor daño es pensar que es virtud y perfección y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos (si los hubiese en costumbre de una congregación; ó daños de la Iglesia) destas herejias adonde vemos perder tantas almas; que esta es muy buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oración, des-cuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo y contentar á Dios. Esto conviene muy mucho, porque ¡si hubiese de decir los yerros que he visto suceder, fiando en la buena intención!..... Pues procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus

defectos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que, aunque luego no se haga con perfección, se viene á ganar una gran virtud, que es tener á todos por mejores que nosotros, y comiézase á ganar por aquí, con el favor de Dios (que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias) y suplicarle nos dé esta virtud, que con que las hagamos, no falta á nadie. Miren también este aviso los que discurren mucho con el entendimiento, sacando muchas cosas de una cosa y muchos conceptos que de los que no pueden obrar con él, como yo hacía, no hay que avisar, sino que tengan paciencia, hasta que el Señor les dé en que se ocupen, y luz, pues ellos pueden tan poco por sí, que antes los embaraза su entendimiento que los ayuda.

9. Pues tornando á los que discurren, digo que no se les vaya todo el tiempo en esto; porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber día de domingo, ni rato que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que como he dicho, se representen delante de Cristo, y sin cansancio del entendimiento se estén hablando y regalando con El, sin cansarse en componer razones, sino en presentar necesidades, y la razón que tiene para no nos sufrir allí. Lo uno un tiempo, y lo otro otro, porque no se canse el alma de comer siempre un manjar. Estos son muy gustosos y provechosos; si el gusto se usa á comer dellos, traen consigo gran sustentamiento para dar vida al alma y muchas ganancias.

10. Quiérome declarar más, porque estas cosas

de oración todas son dificultosas, y si no se halla maestro, muy malas de entender: y esto hace que, aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno de quien me mandó escribir estas cosas de oración, solo tocarlas; mi torpeza no da lugar á decir y dar á entender en pocas palabras, cosa que tanto importa declararla bien. Que como yo pasé tanto, he lástima á los que comienzan con solos libros, que es cosa extraña cuán diferentemente se entiende de lo que después de experimentado se ve. Pues tornando á lo que decía, ponémonos á pensar un paso de la Pasión, digamos el de cuando estaba el Señor á la columna: anda el entendimiento buscando las causas que allí dan á entender los dolores grandes y pena que su Majestad ternía en aquella soledad, y otras muchas cosas que, si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; ó que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar, y de mediar y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor les lleve á otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en la de la Sagrada Pasión. Que así como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte: algunas si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión y se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representan: y es admirable manera de proceder, no dejando mu-

chas veces la Pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien.

11. Ha menester aviso el que comienza para mirar en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado; que si no, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla, ni dejarla así mesma entender; porque como sabe que es gran mérito estar sujeta á maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas y afligidas por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo, y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había, á que no la dejaba salir del propio conocimiento, y tenía la ya el Señor en oración de quietud, y así pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante que no haya menester muchas veces tornar á ser niño y á mamar (y esto jamás se olvide, quizá lo diré más veces, porque importa mucho), porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio. Y en esto de los pecados y conocimiento propio, es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de oración, y sin este pan no se podría sustentar: más hase de comer con tasa, que después que un alma se ve ya rendida, y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo

aquí? sino irnos á otras cosas que el Señor pone delante, y no es razón las dejemos; que su Majestad sabe mejor que nosotros de lo que nos conviene comer.

12. Así que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia: si con esto tiene letras, es de grandísimo negocio; más si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que á los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración: y es gran cosa letras, porque estas nos enseñan á los que poco sabemos, y nos dan luz; y llegados á verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones á bobas nos libre Dios. Quiérome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta, de no me saber dar á entender (como he dicho) sino á costa de muchas palabras. Comienza una monja á tener oración: si un simple la gobierna, y se le antoja, harále entender que es mejor que le obedezca á él que á su superior, y sin malicia suya, sino pensando acierta. Porque si no es de religión, parecerle ha, es así; y si es mujer casada, dirála que es mejor cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente á su marido: así que no sabe ordenar el tiempo ni las cosas para que vayan conforme á verdad; por faltarle á él la luz, no la dá á los otros aunque quiere. Y aunque para esto parece no son menester

letras, mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si puede, y mientras más mejor: y los que van por camino de oración tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más. Y no se engañen con decir que letrados sin oración no son para quien la tiene: yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fui amiga dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen á el espíritu, ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí, que persona de oración que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

13. He dicho esto, porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu. Ya dije es menester espiritual maestro; mas si este no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu me aprovechará, y Dios le dará á entender lo que ha de enseñar, y aun le hará espiritual para que nos aproveche; y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaecídomelo á mí con más de dos. Digo, que para rendirse un alma del todo de estar sujeto á sólo un maestro, que yerra mucho en no procurar que sea tal, si es religioso, pues ha de estar sujeto á su Perlado, que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pepueña cruz, sin que él de su

voluntad sujeto su entendimiento á quien no le tenga bueno. Al menos esto no lo he yo podido acabar conmigo, ni me parece conviene. Pues si es seglar alabe á Dios, que puede escoger á quien ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad; antes esté sin ninguno hasta hallarle, que el señor se le dará, como vaya fundado todo en humildad y con deseo de acertar. Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras le habíamos siempre de dar infinitas gracias; porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad, que los ignorantes ignoramos. Espántanme muchas veces letrados religiosos, en especial, con el trabajo que han ganado, lo que sin ninguno, más de preguntarlo, me aprovecha á mí: ¡y que haya personas que no quieran aprovecharse desto! ¡No plega á Dios! Veólos sujetos á los trabajos de la Religión, que son grandes, con penitencias y mal comer, sujetos á la obediencia que algunas veces me es gran confusión cierto; con esto mal dormir, todo trabajo, todo cruz; paréceme sería gran mal, que tanto bien ninguno por su culpa lo pierda. Y podrá ser que pensemos algunos que estamos libres de estos trabajos, y nos lo den guisado, como dicen, y viviendo á nuestro placer; que por tener un poco de más oración, nos hemos de aventajar á tantos trabajos. ¡Bendito seáis Vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicistes; mas aláboos muy mucho, porque despertáis á tantos que nos despierten! Había de ser muy continua nuestra oración por estos que nos dan luz. ¿Qué seríamos sin ellos entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Iglesia? Y si algunos ha habido ruines, más resplandecerán los

buenos. Plega al Señor los tenga de su mano y los ayude, para que nos ayuden. Amén.

14. Mucho he salido de propósito de lo que comencé á decir; más todo es propósito para los que comienzan, que comiencen camino tan alto, de manera que vayan puestos en verdadero camino. Pues tornando á lo que decía, de pensar á Cristo á la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; más que no se canse siempre en andar á buscar esto, si no que se esté allí con El, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y hable y pida, y se humille y regale con El, y acuerde que no merecía estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar oración, hallará grande provecho, y hace muchos provechos, esta manera de oración; al menos hallóle mi alma. No sé si acierto á decirlo. Vuesa merced lo verá; plega al Señor acierte á contentarle siempre. Amén



CAPITULO XIV

Comienza á declarar el segundo grado de oración, que es ya dar el Señor al alma á sentir gustos más particulares. Decláralo para dar á entender cómo son ya sobrenaturales. Es arto de notar.

PUES ya queda dicho con el trabajo que se riega este verjel, y cuan á fuerza de brazos, sacando el agua del pozo; digamos ahora el segundo modo de sacar el agua, que el Señor del huerto ordenó para que con artificio de un torno y arcaduces, sacase el hortelano más agua y á menos trabajo, y pudiese descansar sin estar contino bajando. Pues este modo aplicado a la oración que llaman de quietud, es el que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza á recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello por diligencias que haga. Verdad es que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno, y trabajar con el entendimiento, y henchídose los arcaduces; más aquí está el agua mas alto, y así se trabaja muy menos que en sacarla del pozo: digo que está más cerca el agua, porque la gracia dae más claramente á conocer á el alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto, más no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa, de manera que, sin saber como, se cautiva, solo da consen-

timiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡Oh Jesús y Señor mío, qué nos vale aquí vuestro amor; porque este tiene al nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto á otra cosa sino á Vos!

2. Las otras dos potencias ayudan á la voluntad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto. Más entonces no haga caso de ellas, sino estése en su gozo y quietud; porque, si las quiere recoger, eila y ellas se perderán; que son entonces como unas palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar sin trabajarlo ellas, y van á buscar de comer por otras partes, y hallanlo tan mal que se tornan; y así van y vienen á ver si les da la voluntad de lo que goza. Si el Señor quiere echarles cebo, detiéndense, y si no, tórnanle á buscar; y deben pensar que hacen á la voluntad provecho, y á las veces en querer la memoria ó imaginación representarla lo que goza, la dañará. Pues tenga aviso de haberse con ellas como diré. Pues todo esto que pasa aquí es con grandísimo consuelo, y con tan poco trabajo, que no cansa la oración aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso á paso, y saca muy mucha más agua que no sacaba del pozo: las lágrimas que Dios aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten, no se procuran.

3. Este agua de grandes bienes y mercedes que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparación que en la oración pasada; porque se va ya esta alma subiendo de su miseria, y

dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo las hace más crecer, y también llegar mas cerca de la verdadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que es Dios; porque comienza su Majestad á comunicarse á esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiénzase luego en llegando aquí á perder la codicia de lo de acá, y pocas gracias; porque ve claro que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites que basten á dar un cierra ojo y abre deste contentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve que nos contenta; porque los de acá, por maravilla me parece entendemos adonde está este contento, porque nunca falta un sí, no: aquí todo es sí en aquel tiempo: el no viene después, por ver que se acabó, y que no lo puede tornar á cobrar, ni sabe cómo; porque si se hace pedazos á penitencias y oración, y todas las demás cosas, si el Señor no lo quiere dar, aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma que está su Majestad tan cerca della, que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino hablar ella mesma con El, y no á voces, porque está ya tan cerca, que en meneando los labios la entiende.

4. Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios, y está con nosotros. En esto no hay que dudar que es así; más quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar á obrar en el alma en la gran satisfacción

interior y exterior que le da, y en la diferencia que, como he dicho, hay deste deleite y contento á los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo de ella esta satisfacción, y no sabe por donde ni como le vino, ni muchas veces sabe qué hacer, ni qué querer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aún yo sé como darlo á entender; porque para tantas cosas eran menester letras; porque aquí viniera bien dar á entender qué es auxilio general ó particular, que hay muchos que lo ignoran: y como este particular, quiere el Señor aquí, que casi le vea el alma por vista de ojos, como dicen, y también para muchas cosas, que irán erradas: más como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro, voy descuidada; porque así de letras como de espíritu, sé que lo puedo estar, yendo á poder de quien va, que entenderán y quitarán lo que fuere mal. Pues querría dar á entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza á hacer estas mercedes, la mesma alma no las entiende, ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo á mí, es gran trabajo, si no hay quien la entienda; y ésla gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer, para ir aprovechando en cualquier estado destes; porque he yo pasado mucho y perdido harto tiempo, por no saber que hacer: y he gran lástima á almas que se ven solas cuando llegan aquí; porque aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco: y si no es alma muy ejercitada, aun

declarándose mucho, terná harto que hacer en entenderse.

5. Querría mucho el Señor me favoreciese para poner los efectos que obran en el alma estas cosas, que ya comienzan á ser sobrenaturales, para que se entienda por los efectos cuán lo es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme á lo que acá se puede entender, aunque siempre es bien andemos con temor y recato; que aunque sea de Dios, alguna vez podrá transfigurarse el demonio en ángel de luz: y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto es menester llegar muy á la cumbre de la oración. Ayúdame poco el poco tiempo que tengo, y así ha menester su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad y con otras hartas ocupaciones (como estoy en casa, que ahora se comienza, como después se verá), y así es muy sin tener asiento lo que escribo, sino á pocos á pocos, y esto quisiérale, porque cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquella labor; más si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algarabía, á manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oración. Y así me parece es grandísima ventaja, cuando lo escribo, estar en ella, porque veo claro no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé después como lo acerté á decir: esto me acaece muchas veces.

6. Ahora tornemos á nuestra huerta ó vergel, y veamos como comienzan estos árboles á empreñarse para florecer y dar después fruto, y las

flores y los claveles lo mismo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor haya yo ahora comenzado á servir á su Majestad, digo, principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida) me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban á lo que parecía, á querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto; todo parece está seco, y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano, que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar, y quitar de raíz las hierbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste si el agua de la gracia nos quita Dios; y tener en poco nuestra nada, y aun menos que nada. Gánase aquí mucha humildad, tornan de nuevo á crecer las flores.

7. ¡Oh Señor mío y bien mío! que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma, que queráis Vos, Señor, estar así con nosotros, y estáis en el Sacramento, que con toda verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparación; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con Vos, que Vos os holgáis con nosotros, pues decís ser vuestros

deleites estar con los hijos de los hombres! ¡Oh Señor mío! ¿qué es esto? Siempre que oigo esta palabra me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue á que Vos le hagáis mercedes semejantes y regalos, y á entender que Vos os holgáis con ella, que os torne á ofender después de tantos favores, y tan grandes muestras de amor que la tenéis, que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? ¡Si hay por cierto, y no una vez sino muchas, que soy yo! y plega vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad, y tenido tan excesiva ingratitud; porque aun ya della algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¿Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar? Suplicoos yo, Dios mío, sea así, y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan los que las ven, y á mí me sacan de mí muchas veces, para poderos mejor alabar á Vos, que estando en mí sin Vos no podría, Señor mío, nada, sino tornar á ser cortadas estas flores deste huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase á servir de muladar, como antes. No lo permitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprastes, y tantas veces de nuevo la habéis tornado á rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón. Vuesa merced me perdone que salgo de propósito, y como hablo á mí propósito no se espante, que es como toma á el alma lo que se escribe, que á las veces hace harto de dejar de ir adelante en alabanzas de Dios, como se le re-

presenta escribiendo lo mucho que le debe. Y creo, no le hará á vuesa merced mal gusto, porque entrambos, me parece, podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho más lo que yo debo á Dios, porque me ha perdonado más, como vuesa merced sabe.

CAPITULO XV

Prosigue en la mesma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan á tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan.

AHORA tornemos al propósito. Esta quietud y recogimiento del alma, es cosa que se siente mucho en la satisfacción y paz que en ella se pone, con grandísimo contento y sosiego de las potencias, y muy suave deleite. Parécele, como no ha llegado á más, que no le queda que desear, y que de buena gana daría con San Pedro que fuese allí su morada. No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos le parece se les ha de ir aquel bien; ni resollar algunas veces no querría. No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer á sí aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere. Ya he dicho que en este primer recogimiento y

quietud, no faltan las potencias del alma; más está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura, aunque las dos potencias se disbaraten, como la voluntad está uuida con Dios, no se pierde la quietud y el sosiego, ántes ella poco á poco torna á recoger el entendimiento y memoria: porque aunque ella aún no está de todo punto engolfada, está también ocupada sin saber cómo, que por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

2. Plega á su Majestad me dé gracia para que yo dé esto á entender bien, porque hay muchas almas que llegan á este estado, y pocas las que pasan adelante, y no sé quien tiene la culpa: á buen seguro que no falta Dios, que ya que su Majestad hace merced que llegue á este punto, no creo cesára de hacer muchas más, si no fuese por nuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dignidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, sino queda por su culpa, y desventurada será si torna atrás. Yo pienso será para ir hacia abajo, como yo iba, si la misericordia del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas, á mi parecer; ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y así ruego yo, por amor del Señor, á las almas á quien su Majestad ha hecho tan gran merced de que lleguen á este estado, que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presun-

ción para no tornar á las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza y maldad y ruín y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha, y anden con temor (que tienen razón de tenerle) que si no tornan á la oración, han de ir de mal en peor. Que ésta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han de ofender á Dios y caer en pecados, aunque sería razón se guardase mucho dellos quien ha comenzado á recibir estas mercedes: más somos miserables. Lo que aviso mucho es que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor, y fortaleza para levantarse; y crea, crea que si desta se aparta, que lleva, á mí parecer, peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque como he dicho, juzgo por mí.

3. Es, pues, esta oración una centellica que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud, y recogimiento, y centellica, si es espíritu de Dios, y no gusto dado del demonio, ó procurado por nosotros, aunque á quien tiene experiencia, es imposible no entender luego, que no es cosa que se puede adquirir, si no que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba, más quédase muy en frío bien en breve, porque, por mucho que quiera comenzar á arder el fuego para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeñita que es, hace mucho ruido; y si no la matan por su

culpa, ésta es la que comienza á encender el gran fuego que echa llamas de sí (como diré en su lugar) del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad tengan las almas perfectas. Es esta centella una señal ó prenda que da Dios á esta alma, de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas; es gran don, mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, por que, como digo, conozco muchas almas que llegan aquí; y que pasen de aquí, como han de pasar, son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe haber, que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querriálas mucho avisar, que miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos; y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leyes que aun la buena amistad del mundo pide; y si no, como he dicho, teman, y hayan miedo no se hagan á sí mal, y plega á Dios sea á sí solos.

4. Lo que ha de hacer el alma en los tiempos desta quietud, no es más de con suavidad y sin ruido; llamo ruido, andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones para dar gracias deste beneficio, y amontonar pecados suyos y faltas para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí, y representa el entendimiento, y brille la memoria, que cierto estas potencias á mí me cansan á ratos, que con tener poca memoria, no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego y cordura, entienda que no se negocia bien con

Dios á fuerza de brazos; y que estos son unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y conózcalo, y con humildad diga: Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo? ó palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte de lo que goza ó trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad y sosiego, y el entendimiento, muy desvaratado) no acierta, más vale que le deje, que no que vaya ella tras él (digo la voluntad), sino estése ella gozando de aquella merced, y recogida como sabia abeja; porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas á otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel.

5. Así que perderá mucho el alma, si no tiene aviso en esto; en especial si es de entendimiento agudo, que cuando comienza á ordenar pláticas y buscar razones en tantico, si son bien dichas, pensará hace algo. La razón que aquí ha de haber, es entender claro, que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad; y ver que estamos tan cerca, y pedir á su Majestad mercedes, y rogarle por la Iglesia, y por los que se nos han encomendado, y por las ánimas del Purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oya. Es oración que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones, que de la mesma razón se representarán, de verse tan mejorada para

avivar este amor, y haga algunos actos amorosos, de que hará por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, á que busque grandes cosas. Más hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas, si las ponemos nosotros), y más le ayudan á encender, que no mucha leña junta de razones muy doctas, á nuestro parecer, que en un credo la ahogarán. Esto es bueno para los letrados que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar Escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras antes y después, aquí en estos ratos de oración, poca necesidad hay dellas, á mi parecer, sino es para entibiar la voluntad; porque el entendimiento está entónces, de verse cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra. Y es así que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, en especial del Salterio; no sólo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejemos si hubiesen de predicar ó enseñar, que entonces bien es ayudarse de aquel bien para ayudar á los pobres de poco saber, como yo; que es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios.

6. Así que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso; quédense las letras á un cabo; tiempo verná que aprovechen al Señor, y las tenga en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, solo para servir á su Majestad, porque ayudan mucho;

mas delante de la sabiduría infinita, créanme, que vale más un poco de estudio de humildad, y un acto della, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con flaqueza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como á la verdad lo es delante de su presencia), pues su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos.

También se mueve el entendimiento á dar gracias muy compuestas; más la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias, que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí nose ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales, si quieren alguna vez, ó pudieren; porque si la quietud es grande, puédese mal hablar, si no es con mucha pena. Siéntese, á mí parecer, cuando es espíritu de Dios, ó procurado de nosotros, con comienzo de devoción que dá Dios, y queremos, como he dicho, pasar nosotros á esta quietud de la voluntad, que no hace efecto ninguno: acabase presto, deja sequedad. Si es del demonio, alma ejercitada, paréceme lo entenderá; porque deja inquietud y poca humildad, y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios; no deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la verdad.

7. Puede hacer aquí poco daño, ó ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad, que allí siente, á Dios, y pone en El sus pensamientos y deseos, como queda avisado: no puede ganar nada el demonio, antes permitirá Dios, que con el mes-

mo deleite que causa en el alma, pierda mucho; porque éste ayudará á que el alma, como piense que es Dios, venga muchas veces á la oración con codicia dél; y si es alma humilde y no curiosa, ni interesal de deleites (aunque sean espirituales), sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá así hacer si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Más cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado, en todas las cosas de oración y gustos procurar salir humilde) no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida. Por esto, y por otras muchas cosas, avisé yo en el primer modo de oración, en la primer agua, que es gran negocio comenzar las almas oración, comenzándose á desasir de todo género de contentos, y entrar determinados á solo ayudar á llevar la Cruz á Cristo, como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir á su rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar.

8. Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que después tanto se ve claro, que antes es menester olvidarlo para vivir, que procurarlo traer á la memoria lo poco que dura todo, y como no es todo nada, y en lo no nada que se ha de estimar el descanso; parece que esto es cosa muy baja, y así es verdad, que los que están adelante en más perfección, ternían por afrenta y entre sí se correrían, si pensasen que porque se han de acabar los bienes de este mundo los dejan, sino que aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios; y

mientras más perfectos fuesen, más, y mientras más duraren, más. Aquí en estos está ya crecilo el amor, y él es el que obra; más á los que comienzan esles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es gran bien que se gana, y por eso lo aviso tanto, que les será menester, aun á los muy encumbrados en oración, algunos tiempos que los quiere Dios probar, y parece que su Majestad los deja. Que, como ya he dicho, y no querria esto se olvidase, en esta vida que vivimos no crece el alma como el cuerpo, aunque decimos que sí, y de verdad crece: mas un niño, después que crece y echa gran cuerpo y ya le tiene de hombre, no torna á descrecer y á tener pequeño cuerpo; acá quiere el Señor que sí, á lo que yo he visto por mí, que no lo sé por más; debe ser por humillarnos para nuestro gran bien, y para que no nos descuidemos mientras estuviéremos en este destierro; pues el que más alto estuviere, más se ha de temer y fiar menos de sí. Vienen veces, que es menester para librarse de ofender á Dios, estos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfección se dejarían atormentar y pasarían mil muertes: que para no hacer pecados, según se ven combatidos de tentaciones y persecuciones, se han menester aprovechar de las primeras armas de la oración, y tornar á pensar que todo se acaba, y que hay cielo é infierno, y otras cosas desta suerte. Pues tornando á lo que decía, gran fundamento es para librarse de los ardidés y gustos que da el demonio, el comenzar con determinación de llevar camino de cruz desde el principio, y no los desear, pues el mismo Señor mostró este camino de perfección, diciendo: Toma

tu cruz, y sígueme. El es nuestro dechado, no hay que temer, quien por solo contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que vieren en sí, entenderán que no es demonio; que aunque tornen á caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y estas que ahora diré:

9. Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión; porque el mismo Señor la da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz que enseña aquí el Señor, que hace una confusión que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios, para que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros; y mientras mayores mercedes, más. Pone un gran deseo de ir adelante en la oración, y no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder; á todo se ofrece. Una seguridad con humildad y temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma, y pónale el fiel temor muy más crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interese suyo, y desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien. En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término que no las falta casi nada para brotar; y esto verá muy claro el alma; y en ninguna manera por entonces se podrá determinar á que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna á ver con quiebras é imperfecciones, que entonces todo lo teme, y es bien que tema; aunque almas hay que les aprovecha más creer cierto que es Dios, que todos los temores que le puedan

poner; porque si de suyo es amorosa y agradecida, más la hace tornar á Dios la memoria de la merced que le hizo, que todos los castigos del infierno, que le representan; al menos á la mía, aunque tan ruin, esto le acaecía.

10. Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo, mas (como á quien le cuestan muchos trabajos sacarlos en limpio) no las digo ahora aquí. Y creo con el favor de Dios, en esto atinaré algo; porque, (dejada la experiencia, en que he mucho entendido) sólo de algunos letrados muy letrados, y personas muy santas, á quien es razón se dé crédito; y no anden las almas tan fatigadas cuando llegaren aquí por la bondad del Señor, como yo he andado.

CAPITULO XVI

Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí.

VENGAMOS ahora á hablar de la tercer agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río, ó de fuente que se riega muy á menos trabajo, aunque algo da el caminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano, de manera que casi es El el hortelano y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pier-

den, ni entienden como obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia á la garganta á esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe como, ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir; no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo á todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ria, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es así que ha que me dió el Señor en abundancia esta oración, creo cinco y aun seis años, muchas veces, y que ni yo la entendía, ni la supiera decir; y así tenía por mí, llegada aquí, decir muy poco ó no nada. Bien entendía que no era del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada, muy claro; mas yo confieso que no podía determinar y entender cómo era esta diferencia. Más creo, que por la humildad que vuesa merced ha tenido, en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dió el Señor hoy acabando de comulgar esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté y lo entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada, y embriagada, en este amor, y jamás había podido entender cómo

era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí; porque en hecho de verdad están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que así me ha regalado.

2. Sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece que del todo se podría entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta: á lo menos el entendimiento no vale aquí nada: querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan á dar olor. Aquí querría el alma que todos la vieses, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que ayudasen á ello, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme que es como la que dice el Evangelio, que querría llamar, ó llamaba á sus vecinas. Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañía y cantaba con la arpa en alabanzas de Dios. Deste glorioso Rey soy yo muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

3. ¡Oh, váleme Dios! cual está un alma cuando está así! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre á contentar á quien la tiene así. Yo sé persona, (1) que con no ser poeta, le acaecía hacer

(1.) Era la misma Santa Teresa.

de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba se quejaba della á su Dios. Todo su cuerpo y alma quería se despedazase para mostrar el gozo que con esta pena siente. ¿Qué se le porná entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlos por su Señor? Ve claro, que no hacían casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos porque conoce bien el alma, viene de otra parte la fortaleza. ¿Mas qué sentirá de tornar á tener seso para vivir en el mundo, y haber de tornar á los cuidados y cumplimientos dél? Pues no me parece he encarecido cosa que no quede baja en este modo de gozo que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. Bendito seáis por siempre, Señor; alaben os todas las cosas por siempre. Quered ahora, Rey mío, suplicooslo yo, que pues, cuando esto escribo, no estoy fuera desta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, (que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced) que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó permitáis que no trate yo con nadie, ó ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me sacad dél. No puede ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin vos le vienen, que si ha de vivir no quiere descanso en esta vida, ni se le déis vos. Querria ya esta alma verse libre: el comer la mata: el dormir la congoja: ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasando en regalo, y que nada ya le puede regalar fuera de vos; que parece vive contra natura, pues ya no querria vivir en sí sino en vos. ¡Oh verdadero Señor, y gloria mia, qué

delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada á los que llegan á este estado! Delgada porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre della, sino fuese para verse ya con vos. Cuando se acuerda, que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta la fin del mundo, morir-se; no tiene en nada su descanso, á trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe que desee, más bien entiende, que no desea otra cosa sino á vos.

4. ¡Oh hijo mío! (1) (que es tan humilde, que así se quiere nombrar á quien va este dirigido y me lo mandó escribir) sean solo para vuesa merced las cosas en que viere salgo de términos; porque no hay razón que baste á no me sacar della cuando me saca el Señor de mí: ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué; parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos deste mal que estoy yo ahora. Suplico á vuesa merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron; pues dice vuesa merced que me quiere, en disponerse para que Dios le haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos, que no los vea con seso demasiado, para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuesa merced, Padre mío; pues es mi confesor, y á quien he fiado mi alma, desengañeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

(1) Santa Teresa escribió: *¡Oh hijo mío!* Así es como resalta la humildad del P. Itáñez quien á pesar de ser su Confesor, descaba le llamase *hijo*.

5. Este concierto querria hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo (1) que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra su Majestad y ordenar maldades y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos á otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más á Dios: que no hay quien tan bien se conozca á sí, como conocen los que nos miran si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje: hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. (2) Buena intención ternán, y la obra lo será, mas así se enmiendan pocos. ¿Mas cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? Sabe que me parece, porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego del amor de Dios como lo estaban los apóstoles, y así calienta poco esta llama; no digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuesa merced en qué debe de ir mucho? En tener ya aborrecida la vida, y en poca estima la honra; que no se les daba más, á trueque de decir una verdad, y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo: que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser. ¡Oh gran libertad!

(1.) Los cinco eran Santa Teresa, los tres PP. Dominicos Ibañez, Bañez y García de Toledo. Quizá fuere el otro ó sea el quinto el Maestro Daza ó Francisco de Salcedo.

(2.) Al margen del original que se conserva, como ya se ha dicho en el Escorial, añadió el P. Domingo Bañez «*Legant predicadores.*» «Tengan presente los predicadores este documento de Santa Teresa.»

tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme á las leyes del mundo, que como esta se alcance del Señor, no hay esclavo que no le arrisque todo por rescatarse, y tornar á su tierra. Y pues este es el verdadero camino; no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro; hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme que he estado muy atrevida.

CAPITULO XVII

Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oración, acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginación y memoria.

RAZONABLEMENTE está dicho deste modo de oración, y lo que ha de hacer el alma, ó por mejor decir hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortelano, y quiere que ella huelgue: solo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza, y se ha de ofrecer á todo lo que en ella quisiere hacer la verdadera sabiduría, porque es menester ánimo cierto; porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir deste cuerpo: y ¡qué venturosa muerte sería! Aquí me parece viene bien (como á vuesa merced se dijo) dejarse del todo en los brazos de Dios: si quiere llevarle al cielo, vaya, si al infierno, no tiene pena, como vaya con su

bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años, también; haga su Majestad como de cosa propia, ya no es suya el alma de si mesma, dada está del todo al Señor, descuidese del todo. Digo que en tan alta oración como esta (que cuando la da Dios al alma, puede hacer todo esto, y mucho más, que estos son sus efectos) entiende que lo hace sin ningún cansancio del entendimiento: solo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano, y no quiere que tome él trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar á oler las flores. Que en una llegada destas, por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto, y crece la fruta, y madúrala de manera que se puede sustentar de su huerto, quiriéndolo el Señor. Mas no le da licencia que reparta la fruta, hasta que él esté tan fuerte con lo que ha comido della, que no se le vaya en gustaduras y no dándole nada de provecho, ni pagándosela á quien la diere, sino que los mantenga, y dé de comer á su costa, y quedarse ha él por ventura muerto de hambre. Esto bien entendido va para tales entendimientos, y sabránlo aplicar, mejor que yo lo sabré decir, y cánsome.

2. En fin es, que las virtudes quedan ahora más fuertes, que en la oraci6n de quietud pasada; porque se ve otra el alma, y no sabe cómo comienza á obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor que se abran,

para que ella vea que tiene virtudes, aunque ve muy bien que no las podía ella, ni ha podido ganar en muchos años y que en aquello poquito el celestial hortelano se las dió. Aquí es muy mayor la humildad, y más profunda, que al alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro que poco ni mucho hizo, sino consentir que le hiciese el Señor mercedes y abrazarlas la voluntad.

3. Paréceme este modo de oración unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere su Majestad dar licencia á las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas, y muy muchas veces estando unida la voluntad (para que vea vuesa merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere; al menos á mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí) entiéndese que está la voluntad atada y gozando: y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, porque allí está el alma que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser Marta. Así que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y entender en obras de caridad y negocios que convengan á su estado, y leer; aunque no del todo están señores de sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno, ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro,

y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en teniendo tiempo de soledad, ó desocupación de negocios, venga el alma á muy sosegada quietud. Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera que no á todo manjar arrostraría; más no tan harta, que si los ve buenos, deje de comer de buena gana: así no le satisface, ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más de estar con él; esto es lo que quiere.

4. Hay otra manera de unión, que aún no es entera unión, más es más que la que acabo de decir; y no tanto como la que se ha dicho de esta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito y entender lo que es, porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia; y otra es saber decirla y dar á entender cómo es: y aunque no parece es menester más de la primera para no andar el alma confusa y medrosa, é ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo, y merced; que por cada una es razón alabe mucho al Señor, quien la tiene, y quien no, porque la dió su Majestad á alguno de los que viven para que nos aprovechase á nosotros. Ahora, pues, acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial á mí, que me hace Dios esta merced desta suerte

muy muchas) que coge Dios la voluntad, y aun el entendimiento, á mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando y ve tanto, que no sabe hacia donde mirar; uno por otro se le pierde vista, que no dará señas de cosa.

5. La memoria queda libre, y junto con la imaginación debe ser, y ella como se ve sola, es para alabar á Dios la guerra que dá, y como procura desasosegarlo todo; á mi cansada me tiene y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo ¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos, sin poder valerse así? Aquí veo el mal que nos causa el pecado, pues así nos sujetó á no hacer lo que queremos de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece á veces (y hoy ha sido la una, y así lo tengo bien en la memoria) que veo deshacerse mi alma, por verse junta adonde está la mayor parte, y ser imposible, sino que le dá tal guerra la memoria é imaginación, que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen, aún para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar, digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni paran en un ser; como el entendimiento no la ayuda poco ni mucho, á lo que le representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas, así anda de un cabo á otro. En extremo me parece le viene al propio esta comparación; porque aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna á los que la ven.

Para esto no sé que remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios á entender; que de buena gana le tomaría para mí, que me atormenta, como digo, muchas veces. Representase aquí nuestra miséria, y muy claro, el gran poder de Dios; pues está que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa, y las otras que están con su Majestad, el descanso que nos dan.

6. El postrer remedio que he hallado, á cabo de haberme fatigado hartos años, es lo que dije en la oración de quietud, que no se haga caso della más que de un loco, sino dejarla con su tema, que solo Dios se la puede quitar; y en fin, aquí por esclava queda; hémosla de sufrir con paciencia, como hizo Jacob á Lía; porque harta merced nos hace el Señor que gocemos de Rachel. Digo que queda esclava, porque en fin, no puede, por mucho que haga, traer á sí las otras potencias; antes ellas sin ningún trabajo, la hacen venir á sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan perdida y desasosegada; con deseo de estar con las otras, y consiéntela su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su natural, cásí estando sobrenaturalmente gozando de tan grandes bienes.

7. En todas estas maneras, que desta postrera agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa dél el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados, en que se ve el alma, á mi parecer, lo más que acá se puede dar á

entender. Trátelo vuesa merced con persona espiritual que haya llegado aquí y tenga letras: si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Dios, y téngalo en mucho á su Majestad; porque, como he dicho, andando el tiempo se holgará mucho de entender lo que es; mientras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo, como le haya dado su Majestad la primera, con su entendimiento y letras lo entenderá por aquí. Sea alabo por todos los siglos de los siglos, por todo. Amén.

CAPITULO XVIII

En que trata del cuarto grado de oración; comienza á declarar por excelente manera la gran dignidad en que el Señor pone al alma que está en este estado: es para animar mucho á los que tratan oración, para que se esfuercen á llegar á tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia, porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar.

EL Señor me enseñe palabras como se pueda decir algo de la cuarta agua: bien es menester su favor, aun más que para la pasada; porque en ella aun siente el alma no está muerta del todo, que así lo podemos decir, pues lo está al mundo. Mas, como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad, y aprovéchase de lo exte-

rrior para dar á entender lo que siente, siquiera por señas. En toda la oración y modos della, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir dél; y así no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien, adonde junto se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder entender en otra cosa interior ni exteriormente. Antes dábaseles licencia para que, como digo, hagan algunas muestras del gran gozo que sienten: acá el alma goza más sin comparación, y puédese dar á entender muy menos, porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería gran embarazo y tormento, y estorbo de su descanso; y digo, que si es unión de todas las potencias, que aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede, ya no es unión. El cómo es esta que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar á entender: en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos, ni sé entender qué es mente, ni que diferencia tenga del alma ó espíritu tampoco; todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí misma, á manera de un fuego que está ardiendo, y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuesas mercedes

lo entenderán con sus letras, que yo no lo sé más decir.

2. Lo que yo pretendo declarar es, que siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido, que es dos cosas divisas hacerse una. ¡Oh, Señor mío, que bueno sois! Bendito seáis para siempre, alaben os, Dios mío, todas las cosas, que así nos amastes de manera, que con verdad podamos hablar desta comunicación, que aun en este destierro tenéis con las almas; y aún con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad: en fin, vuestra, Señor mío, que dáis como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuan magnificas son vuestras obras! Espanta á quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¡Pues que hagáis á almas, que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas! Cierto á mí me acaba el entendimiento; y cuando llego á pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disbarates me remedio algunas veces. Acaéceme muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, ó me las comienza Dios á hacer (que estando en ellas, ya he dicho que no hay poder hacer nada), decir: Señor, mirá lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces que lo torno á derramar. No pongáis tesoro semejante adonde aún no está como ha de estar

perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dáis la fuerza desta ciudad y llaves de la fortaleza della á tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, Oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor amio, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruín, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo, que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy), no puede dar con ellas á ganar á nadie. En fin, mujer, y no buena, sino ruín. Parece que no solo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes á un alma, sino para que aproveche á muchas. Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad y corazón os lo suplico, y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagáis vos á quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria. Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Vía después mi necesidad y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene, y que no había fuerzas en mi alma para salvarse, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

3. También pretendo decir las gracias y efectos que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, ó si es parte para llegar á tan gran estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu, ó juntamiento con el amor celestial: que, á mi entender, es diferente la unión del levanta-

miento en esta misma unión. A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y á mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento del desasir de las criaturas, mas mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, ó lo parezca; más un fuego pequeño también es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno á lo otro. En un fuego pequeño primero que un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; más si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su ser, al parecer. Así me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado á arrobamientos lo entenderá bien; si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser: porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar á entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

4. Mas creo esto del Señor (que sabe su Majestad, después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto) que me ha en ello de ayudar. No diré cosa que no ia haya experimentado mucho: y es así, que cuando comencé esta postrer agua á escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa, más que hablar en griego; que así es ello dificultoso; con esto lo dejé y fui á comulgar. Bendito sea el Señor que así favorece á los ignerantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras poniéndome delante cómo lo había de decir, que (como hizo en la

oración pasada) su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así lo que fuere bueno, es suya la doctrina; lo malo está claro, es del piélago de los males, que soy yo; y así digo, que si hubiere personas que hayan llegado á las cosas de oración, que el Señor ha hecho merced á esta miserable (que debe haber muchas) y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles descaminadas, que ayudaría el Señor á su sierva, para que saliese con su verdad adelante.

5. Ahora, hablando desta agua que viene del cielo, para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara cuando la hubiera menester de darla el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortelano; y á no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores y frutas, ya se ve qué deleite tuviera; mas mientras vivimos, es imposible: siempre ha de haber cuidado de cuando faltare la una agua procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces, cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que á los principios casi siempre es después de larga oración mental; que de un grado en otro viene el Señor á tomar esta avecita y ponerla en el nido para que descanse: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad y con todas sus fuerzas buscar á Dios y contentarle, quiérela dar el premio, aun en esta vida ¡y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

6. Estando así el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer

toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales; de manera que si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien; ve que hay letra, más como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera: oye, más no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar á su placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos á mi nunca me le hizo, ni me acuerdo haberme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. Mas ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite para dejarlas mayores.

7. Verdad es que á los principios pasa en tan breve tiempo (al menos á mi así me acaecía) que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se dá tanto á entender, cuando pasa con brevedad; más bien se entiende en la sobra de mercedes que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que á mi parecer, por largo que sea

el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviere media hora es muy mucho; yo nunca, á mi parecer, estuve tanto. Verdad es que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente: mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, más las otras dos potencias presto tornan á importunar: como la voluntad está queda, tórnanlas á suspender, y están otro poco y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar muy mas ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo y sin ninguna imaginación en nada (que á mi entender también se pierde del todo), digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco á cogerlas Dios consigo.

8. Ahora vengamos á lo interior de lo que el alma aquí siente. Dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: «Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive sino yo: como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo.» Quien lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo

que allí pasa. Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspende de manera que en ninguna manera, como he dicho, se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde la memoria, como si nunca la hubiera habido dél: si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si reza, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna de la memoria aquí se le queman las alas; ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama: el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: á mí no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto. Acaeciome á mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas; y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible dejar de creer que estaba allí, no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras me decían que estaba solo por gracia, yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso patriarca santo Domingo (1) me quitó desta duda; que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar y entender que siempre esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

(1) El P. Domingo Bañez.

CAPITULO XIX

Prosigue en la misma materia, comienza á declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuade mucho á que no tornen atrás, aunque después de esta merced tornen á caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vendrán de no hacer esto: es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos y pecadores.

QUEDA el alma desta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállase bañada dellas sin sentirlo, ni saber cuando, ni como las lloró; más dale gran deleite ver aplacado aquel impetu del fuego con agua, que le hace mas crecer: parece esto algarabía, y pasa así. Acaecidome ha algunas veces en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabia si era sueño, ó si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua (que sin pena destilaba con tanto impetu y presteza, que parece, la echaba de sí aquella nube del cielo), via que no había sido sueño; esto era á los principios; que pasaba con brevedad. Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heróicas, la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque se ve claro que para

aquella excesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla ni para tenerla. Vése claro indignísima (porque en pieza á donde entra mucho sol, no hay telaraña escondida), ve su miseria: va tan fuera de vanagloria, que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece, que aunque no quiso la cerraron la puerta á todos los sentidos, para que más pudiese gozar del Señor: quédase sola con él, ¿qué ha de hacer sino amarle? Ni ve, ni oye; sino fuese á fuerza de brazos, poco hay que le agradecer. Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios con gran verdad y sin haber menester andar á caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve que merece el infierno, y que le castigan con gloria: deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querria deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que así hacéis de piscina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado, oh regalo de los ángeles, que así queréis levantar un gusano tan vil.

2. Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma: puede ya (con entender claro que no es suya la fruta) comenzar á repartir della, y no le hace falta á sí. Comienza á dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y á tener deseos de repartirlos con otros y suplicar á Dios no sea ella sola la rica. Comienza á aprovechar á los prójimos casi sin entenderlo ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse á

ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta que es codiciosa: querríanle ayudar á comer. Si esta tierra está muy cabada con trabajos, y persecuciones, y murmuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto) y si está mullida, con ir muy desasida de propio interese, el agua se embebe tanto, que casi nunca se seca; más si es tierra, que aun se está en la tierra y con tantas espinas como yo al principio estaba, y aun no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida como merece tan gran merced, tórnase la tierra á secar; y si el hortelano se descuida, y el Señor por sola su bondad no torna á querer llover, dad por perdida la huerta, que así me acaeció á mí algunas veces; que cierto yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí no lo pudiera creer: escribolo para consuelo de almas flacas, como la mía, que nunca desesperen, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios: aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, cayan, no desmayen, si no se quieren perder del todo: que lágrimas todo lo ganan, un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo, siendo la que soy, á obedecer en escribir esto y dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor con no servirle, sino ofenderle, ha sido esta; que cierto yo quisiera aquí tener gran autoridad, para que se me creyera esto: al Señor suplico, su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado á tener oración, con decir: Si torno á ser malo es peor ir adelante con el ejercicio della. Yo lo creo si se deja la oración y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que les sacará á puerto de luz. Hizome en

esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin que, como ya he dicho, la dejé año y medio, al menos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no fuera más, ni fué, que meterme yo mesma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir al infierno. ¡Oh, váleme Dios, que ceguedad tan grande! ¡Y que bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor, que alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caídas que la hacen dar, la ayudan, por la bondad de Dios, á dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello.

3. ¡Oh Jesús mio! ¡qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando vos por vuestra misericordia la tornáis á dar la mano y la levantéis; cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas: aquí el no osar alzar los ojos: aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe: aquí se hace devota de la Reina del cielo para que os aplaque: aquí invoca los santos que cayeron, después de haberlos vos llamado, para que le ayuden: aquí es el parecer que todo le viene ancho lo que le dáis, porque ve no merece la tierra que pisa: el acudir á los Sacramentos: la fe viva, que aquí le queda de ver la virtud que Dios en ellos puso: el alabaros porque dejaste tal medicina y ungüento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan. Espántase desto; ¿y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, á trai-

ción tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón cuando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lagrimillas que aquí llovo, dadas de vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte) parece que os hago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males, y procurándoos deshacer las mercedes que vos me habéis hecho. Ponedlas vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé á alguno tentación en echar juicios (como me la ha dado á mí) pensando; ¿por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas, que siempre os han servido y trabajado, criadas en religión, y siéndolo, y no como yo, que no tenía más del nombre, y ver claro que no las hacéis las virtudes que á mí? Bien via yo, bien mío, que les guardáis vos el premio para dársele junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y los tratáis como á gente esforzada y no interesal. Mas con todo sabéis vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de vos, disculpando á las personas que me murmuraban, porque me parecia les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teniades por vuestra bondad para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecia os podia enojar: que en haciendo yo esto comenzastes, Señor, á abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzastes á no solo darlos, sino á querer entendiensen me les dábades.

4. Esto entendido, comenzó á tenerse buena opinión de la que todos aún no tenían bien entendido

cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la murmuración y persecución de golpe, y á mi parecer con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos á vos mirádes la razón que tenían. Decían que me quería hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte aún á cumplir toda mi regla, ni á las muy buenas y santas monjas que en casa había, ni creo llegaré, si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno y poner costumbres, que no lo eran; al menos hacia lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho. Así que sin culpa suya me culpaban. No digo eran solo monjas, sino otras personas: descubríame verdades, porque lo permitíades vos.

5. Una vez rezando las Horas (como yo algunas tenía esta tentación) llegué al verso que dice: *Justus es, Domine*, y tus juicios: comencé á pensar cuán gran verdad era; que en esto no tenía el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera que yo dudase tenéis vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe; antes me parecía, mientras más sin camino natural iban, más firme la tenía, y me daba devoción grande: en ser todo poderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hiciérades vos; y en esto, como digo, jamás tenía duda. Pues pensando cómo con justicia permitíades á muchas que había, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos y mercedes que me hacíades á mí, siendo la que era; respondístesme, Señor: «Sírvenme tú á mí, y no te metas en eso.» Fué la primera palabra que entendí hablarne vos, y

así me espantó mucho; porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas; no lo digo aquí, que es salir de propósito; y creo harto he salido dél. Casi no sé lo que me he dicho: no puede ser menos, sino que ha vuesa merced de sufrir estos interválos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo y he de decir.

6. Plega el Señor que siempre sean esos mis desatinos, y que no permita ya su Magestad tenga yo poder para ser contra él un punto, antes en este que estoy me consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces que ha perdonado tanta ingratitud. A San Pedro una vez que lo fué, a mí muchas; que con razón me tentaba el demonio, no pretendiese amistad estrecha con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿Adónde pensaba, Señor mío, hallar remedio sino en vos? ¡Qué disbarate, huir de la luz para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada á la columna y báculo que me ha de sustentar para no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso como esta invención que el demonio me enseñaba por vía de humildad. Poníame en el pensamiento, que ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes había de llegarme á la oración? Que me bastaba rezar lo que debía, como todas; más que aún, pues, esto no hacia bien, ¿cómo quería hacer más? Que era poco acatamiento, y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar y entender esto, más ponerlo por

obra fué el grandísimo mal. Bendito seáis vos, Señor, que así me remediastes. Principio de la tentación que hacía á Judas me parece ésta; sino que no osaba el traidor tan al descubierto: mas él viniera de poco en poco á dar conmigo adonde dió con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oración. Sepan que el tiempo que estuve sin ella era mucho más perdida mi vida: mírese que buen remedio me daba el demonio y qué donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas, ¿cómo había de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenía presentes las mercedes y favores, vía los contentos de acá ser asco: cómo pudo pasar me espanto: era con esperanza, que nunca yo pensaba (á lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto más de veinte y un años), dejaba de estar determinada de tornar á la oración, mas esperaba á estar muy limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! hasta el día del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno: pues teniendo oración y lección, que era ver verdades, y el ruin camino que llevaba, é importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin, que no me podía valer; apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas, y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme á caer), ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de santo Domingo (1), gran letrado, que él me despertó deste

(1) Este fraile de Sto. Domingo que la despertó del sueño haciéndola volver á la oración fué el P. Vicente Barron, confesor del padre de Santa Teresa y de la misma Santa Teresa en su juventud ó sea antes de ser religiosa. De él habla la Santa

sueño; él me hizo (como creo he dicho) comulgar de quince á quince días, y del mal no tanto; comencé á tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor: más como no había perdido el camino, aunque poco á poco, cayendo y levantando iba por él; y el que no deja de andar é ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración. Dios nos libre, por quién él es.

7. Queda de aquí entendido (y nótese mucho, por amor del Señor) que, aunque un alma llegue á hacerla Dios tan grandes mercedes en la oración, que no se fie de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera. Mírese mucho, que va mucho, que el engaño que aquí puede hacer el demonio después, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor, de la mesma merced en lo que puede; y á personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste (como adelante diré) para ponerse en las ocasiones y peligros, por grandes deseos y determinaciones que tengan. Es excelente doctrina esta, y no mía, sino enseñada de Dios; y así querría que personas ignorantes como yo la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí para salir á combatir, porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aun no tiene fuerzas para pelear contra ellos y traerlos

en el capítulo 7.^o cuando refiere la muerte de su *católico* padre, á quien asistió en sus últimos momentos este V. P. A este mismo padre se refiere, cuando en el capítulo 5.^o habla del *gran letrado* *Dominico* que *la desengañó en cosas*.

debajo de los pies, como hacen los que están en el estado que diré después. Este es el engaño con que coge el demonio, que como se ve un alma tan llegada á Dios, y ve la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, deste amor nace confianza y seguridad de no caer de lo que goza. Parécele que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa, que aun para la vida es tan deleitosa y suave, dejarla por cosa tan baja y sucia como es el deleite; y con esta confianza quitale el demonio la poca que ha de tener de sí; y como digo, pónese en los peligros, y comienza con buen celo á dar de la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada; sino de mucha confianza de Dios, sin discreción, porque no mira que aun tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, más aun no está para volar; porque las virtudes aún no están fuertes ni tiene experiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

8. Esto fué lo que á mí me destruyó; y para esto y para todo hay gran necesidad de maestro, y trato con personas espirituales. Bien creo que alma que llega Dios á este estado, si muy del todo no deja á su Majestad, que no la dejará de favorecer, ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor no la engañe en que deje la oración, como hacía á mí con humildad falsa, como ya lo he dicho, y muchas veces lo quería decir; fie de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud,

cuando nosotros, conociéndonos, queremos tornar á su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan á perdonarnos más presto, como á gente que ya era de su casa, y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre, amén; y alábenle todas las cosas.

CAPITULO XX

En que trata de la diferencia que hay de unión á arrobamiento: declara que cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma que el Señor por su bondad llega á él; dice los efectos que hace.

QUERRÍA saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de unión á arrobamiento, ó elevamiento ó vuelo que llaman de espíritu ó arrebatamiento, que todo es uno. Digo, que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasis (1). Es grande la ventaja que

(1) Dice que el arrobamiento hace ventaja á la unión: que es decir que el alma goza de Dios más en el arrobamiento, y que se apodera della Dios más que en la unión. Y vese ser así, porque en el arrobamiento se pierde el uso de las potencias exteriores é interiores. Y en decir que la unión es principio, medio y fin, quiere decir que la pura unión casi siempre es por una misma manera; más en el arrobamiento, hay grados,

hace á la unión: los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones; porque la unión parece principio, y medio y fin, y lo es en lo interior; mas así como estotros fines son en mas alto grado, hacen los efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que cierto si su Majestad no me hubiera dado á entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

2. Consideremos ahora que esta agua postrera, que hemos dicho, es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma (digamos ahora, á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra) y levántala toda délla; helo oído así esto, de que cogen las nubes los vapores, ó el sol, y sube la nube al cielo, y llévala consigo, y comiéndzala ó mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra; mas en hecho de verdad ello pasa así. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido, faltar dél el calor natural: váse enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

3. Aquí no hay ningún remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistirse puede

en que unos son como principio, y otros como medio, y otros como fin. Y por esta causa tiene diferentes nombres, que unos significan lo menos dél y otros lo mas alto y perfecto, como se declara en otras partes.

cási siempre: acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un impetu tan acelerado y fuerte, que véis y sentis levantarse esta nube ó esta águila caudalosa y cogeros con sus alas. Y digo que se entiende y véis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer á los principios, y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, é ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan, aunque os pese; y en tanto extremo, que muchas veces querria yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun cási ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecia cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y así mandé á las monjas (porque es ahora después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mesmo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocacion) (1)

(1) Este arrobamiento tuvo lugar en San José de Avila el día 19 de Marzo de 1565 donde la Santa estaba de Priora.

en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido: verdad es que ha poco.

4. Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.

5. Otras veces es servido de contentarse con que veamos que quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad; y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos que si del todo se consintiese. A los que esto hace son grandes: lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y cómo no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo como el alma, ni somos señores dello, sino que mal que nos pese, vemos que hay superior, y que estas mercedes son dadas dél, y que de nosotros no podemos en nada, nada; é imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso, que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no

se pierde el sentido, al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una Majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzna los cabellos, y queda un gran temor de ofender á tan gran Dios. Este envuelto en grandísimo amor, que se cobra de nuevo, á quien vemos le tiene tan grande á un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma á sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho. También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir como es: parecíame que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de sólo espíritu; porque ya que estén cuanto al espíritu, con todo desasimiento de las cosas, aquí parece quiere el Señor que el mismo cuerpo lo ponga por obra; y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida. Después da una pena, que ni la podemos traer á nosotros, ni venida se puede quitar.

6. Yo quisiera harto dar á entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y hase de notar, que estas cosas son ahora muy á la postre después de todas las visiones y revelaciones que escribiré, y del tiempo que solía tener oración, adonde el Señor me daba tan grandes gustos y regalos. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las más y lo más ordinario es esta pena que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir; porque aunque adelante diré destos grandes ímpetus que me daban, cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tiene más que ver, á mi parecer, que una cosa

muy corporal á una muy espiritual, y creo no la encarezco mucho. Porque aquella pena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo: entrambos parece participan della, y no es con el extremo de desamparo que en esta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces á deshora viene un deseo, que no se cómo se mueve; y deste deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto á fatigar, que sube muy sobre si y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querría sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible á hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimos Dios, á veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creerá, ni entenderá sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

7. Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa, que aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir (y por ventura lo dijo el Real Profeta estando en la misma soledad, sino que como á Santo se la daría el Señor á sentir en más excesiva manera): *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in*

tecto. Y así se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece está el alma, no en sí, sino en el tejado ó techo de sí misma y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

8. Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando á sí misma: ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar que el romance destos versos, yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver que me los había traído el Señor á la memoria sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice San Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; más parece que está así el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo (que es como he dicho una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear) es para más tormento; porque acrecienta el deseo de manera que, á mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no se yo á qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar á el alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite, luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no

quiere sino á su Dios: más no ama cosa particular dél, sino todo junto lo quiere, y no sabe lo que quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginación; ni á mi parecer, mucho tiempo de lo que está así no obran las potencias: como en la unión y arrobamiento el gozo, así aquí la pena las suspende.

9. ¡Oh Jesús! ¡quién pudiera dar á entender bien á vuesa merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma! Lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas llegada á estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en este padecer. Aunque es tan excesivo, que el sujeto le puede mal llevar, y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se llegan á mí de las hermanas que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y así me queda dolor hasta otro día en los pulsos y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado. Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que á mi parecer bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces; ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno; todo se me olvida con aquella ansia de ver á Dios: y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo le podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este

tormento, y ver, que aunque se queje del, nadie le parece la hía de creer.

10. También la atormenta, que está pena es tan crecida, que no querría soledad como otras, ni compañía, sino con quien se puede quejar. Es como uno que tiene la sogá á la garganta y se está ahogando, que procura tomar huelgo: así me parece que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza: que como nos pone la pena en peligro de muerte (que esto sí cierto hace, yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades, y ocasiones, como he dicho, y creo podría decir, es éste tan grande como todos) así el deseo que el cuerpo y alma tienen de no sé apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo, y quejarse, y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu, ó de lo superior del alma, que no querría salir desta pena.

11. No sé yo si atino á lo que digo, ó si lo sé decir, mas á todo mi parecer pasa así. Mire vuesi merced qué descanso puedo tener en esta vida; pues el que habia, que era la oración y soledad (porque allí me consolaba el Señor) es ya lo más ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos que solía tener. Parecele más seguro, porque es camino de cruz; y en sí tiene un gusto muy de valor á mi parecer; porque no participa con el cuerpo, sino pena; y el alma es la que padece, y goza sola del gozo y contento que da este padecer. No sé yo como puede ser esto; mas así pasa, que á mi parecer, no trocaría esta merced que el Señor me hace

(que viene de su mano, y como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural!) por todas las que después diré: no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje de tener acuerdo, que es después de todo lo que va escrito en este libro y en lo que ahora me tiene el Señor; digo, que estos impetus es después de las mercedes que aquí van, que me ha hecho el Señor.

12. Estando yo á los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante su Majestad asegura) me dijo que no temiese, y que tuviese en más esta merced que todas las que me había hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra y purifica como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en purgatorio. Bien entendía yo era gran merced, mas quedé con mucha mas seguridad, y mi confesor me dice que es bueno. Y aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podía creer que era malo, antes el muy sobrado bien me hacia temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor que tan bueno es. Amén (1). Parece que he salido de propósito, por que comencé á decir de arrobamientos, y esto que he dicho aún es más que arrocamiento, y así deja los efectos que he dicho.

(1) En estos éxtasis dolorosos, fué la Santa Madre sorprendida varias veces por sus hijas del Convento de San José. Fué tan grande el temor que concibieron estas de que la Santa muriera en alguno de ellos, que avisaron al confesor de la Santa que era el P. Domingo Báñez, suplicándole le prohibiera estar sola ó retirada, como acostumbraba, cuando le sobrevenían estos éxtasis.

13. Ahora tornemos á arrobamiento, de lo que en ellos es más ordinario. Digo que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre dél me quitaba; y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento, el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido á mí perderle del todo, pocas y poco rato: más lo ordinario es que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí, cuanto á lo exterior, no deja de entender y oír como cosa de lejos. No digo que entiende y oye cuando está en lo subido dél: digo subido en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, á mi parecer; mas (como dije en la oración de unión pasada) este transformamiento del alma del todo en Dios dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

14. Diráme vuesa merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es, que como dije en la oración pasada, gózase con interválos, muchas veces se engolfa el alma, ó la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y teniéndola así un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme es este bullicio de estotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla de estos relojes de sol, que nunca para;

mas cuando el Sol de Justicia quiere, hácelas detener. Esto digo que es poco rato, mas como fué grande el impetu y levantamiento de espíritu, y aunque estas tornen á bullirse, queda engolfada la voluntad, y hace como señora del todo aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras la quieran estorbar, de los enemigos los menos, no la estorben también los sentidos; y así hace que estén suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos; y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina ni advierte lo que ve.

15. Aquí, es mucho menos lo que puede hacer de sí, para que cuando se tornaren las potencias á juntar no haya tanto que hacer. Por eso á quien el Señor diere esto, no se desconsuele cuando se vea así, atado el cuerpo muchas horas, y á veces el entendimiento y memoria divertidos. Verdad es que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios, ó en querer comprender ó entender lo que ha pasado por ellas; y aun para esto no estan bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido y soñado, y aun no acaba de despertar. Declárome tanto en esto, porque sé que hay ahora, aún en este lugar, personas á quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá que han de estar como muertas en arrobamiento, en especial si no son letrados; y lastima lo que se padece con los confesores que no lo entienden, como yo diré después. Quizá yo no se lo que digo; vuesa merced lo entenderá, si atino en algo, pues el Señor le ha ya dado experiencia

dello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo. (1) Así, que aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poderse menear; todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano el que estaba bien enfermo y lleno de grandes dolores, y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece á lo que quiere el alma. Después que torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un día, ó dos, y aun tres, tan absortas las potencias, ó como embobecida, que no parece anda en sí.

16. Aquí es la pena de haber de tornar á vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar, ya se le ha caído el pelo malo; aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa, sino que este alcaide desta fortaleza se sube, ó le suben á la torre más alta, á levantar la bandera por Dios. Mira á los de abajo, como quien está en salvo; ya no teme los peligros, antes los desea, como á quien por cierta manera se le dá allí seguridad de la victoria. Véase aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar y lo no nada que es. Quien está de lo alto alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer ni tener otra voluntad que la del Señor; y así se le suplica; dale las llaves de su voluntad. Héle aquí al hortelano hecho alcaide; no quiere hacer cosa; sino la voluntad del Señor; ni serlo él de sí, ni de nada, ni de un pero desta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta su Majestad,

(1). Alude al P. Dominico Fr. Pedro Ibañez.

que de aquí adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme á su gloria y á su voluntad. Y en hecho de verdad pasa así todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efectos y aprovechamiento que queda dicho: y si no son estos, dudaría yo mucho serlos de parte de Dios, antes temería no sean los arrobamientos que dice San Vicente (1). Esto entiendo yo y he visto por experiencia, quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en una hora, y menos, que ella no se puede conocer. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, más entiende claro el grandísimo provecho que cada rapto destos trae. No hay quien lo crea, sino ha pasado por ello; y así no creen á la pobre alma, como la han visto ruin, y tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luego da en no se contentar con servir en poco al Señor, sino en lo más que ella puede. Piensan es tentación y disbarate. Si entendiesen no nace della, sino del Señor, á quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarían. Tengo para mí, que un alma que llega á este estado, que ya ella no habla, ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano Rey. ¡Oh, válamelo Dios, qué claro se ve aquí la declaración del verso, y cómo se entiende tenía razón, y la ternán todos de pedir alas de paloma! Entiéndese claro, es vuelo el que dá el espíritu para levantarse de todo lo criado, y de sí mismo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

(1) Alude la Santa á las palabras de San Vicente Ferrer que llamaba rabiamientos á los pretendidos arrobamientos ó éxtasis de ciertos herejes ó personas ilusas.

17. ¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí, que lo mire todo sin estar enredada en ello! ¡Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lastimada de los que están en ella, en especial si es gente de oración, y á quien Dios ya regala! Querría dar voces para dar á entender qué engañados están; y aun así lo hace algunas veces, y lluévenle en la cabeza mil persecuciones. Tiénenla por poco humilde, y que quiere enseñar á de quien había de deprender, en especial si es mujer. Aquí es el condenar, y con razón; porque no saben el ímpetu que la mueve, que á veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar á los que quiere bien, y desea ver sueltos desta cárcel desta vida, que no es menos, ni le parece menos, en la que ella ha estado.

18. Fatígame del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traía de creer que era honra lo que el mundo llama honra: ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y menos que nada lo que se acaba y no contenta á Dios. Riese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia dellos, aunque en esto nunca creo, y es así verdad, confesé culpa; harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; más ve que este bien se gana con dejarlo todo.

19. ¿Qué es esto que se compra con estos dineros que deseamos? ¿Es cosa de precio?, ¿es cosa

durable?, ¿ó para qué los queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. ¡Oh, si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfigos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

20. Ve de los deleites tan gran ceguedad, y cómo con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no solo las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño que sea, porque el sol está muy claro; y así por mucho que trabaje un alma en perficionarse, si de veras la coge este sol toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro, y si da en él, vese que está todo lleno de motas. Al pie de la letra es esta comparación; antes de estar el alma en este éxtasis, parecele que trae cuidado de no ofender á Dios, y que conforme á sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este Sol de Justicia, que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querría tornar á cerrar. Porque aún no es tan hijo desta águila caudalosa, que pueda mirar este sol de hito en hito; más por poco que los tenga abiertos, vése toda turbia. Acuérdate del verso que dice: ¿Quién será justo delante de ti? Cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad; como se mira á sí, el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita: así acaece muy muchas veces quedarse así

ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta, y no ella; y así no se pega nada á las manos, todo el bien que tiene va guiado á Dios: si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí, y aunque quiera no puede ignorarlo: porque lo ve por vista de ojos, que mal que le pese, se los hace cerrar á las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades.

CAPITULO XXI

Prosigue y acaba este postrer grado de oración; dice lo que siente el alma que está en él de tornar á vivir en el mundo, y de la luz que da el Señor de los engaños dél: tiene buena doctrina.

PUES acabando en lo que iba, digo que no ha menester aquí consentimiento desta alma; ya se le tiene dado, y sabe que con voluntad se entregó en sus manos, y que no le puede engañar, porque es sabidor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños y dobleces; cuando pensáis tenéis una voluntad ganada, según lo que os muestra, venís á entender que todo es mentira: no hay ya quien viva en tanto tráfico, en especial si hay algún poco de interese. Bienaventurada alma, que la trae el Señor á entender verdades. ¡Oh, qué estado este para los reyes! ¡Cómo les

valdría mucho más procurarlo, que no gran señorio! ¡Qué rectitud habría en el reino! ¡Qué de males se excusarían y habrían excusado! Aquí no se teme perder vida ni honra por amor de Dios. ¡Qué gran bien este para quien está más obligado á mirar la honra del Señor, que todos los que son menos, pues han de ser los reyes á quien sigan! Por un punto de aumento en la fe, y de haber dado luz en algo á los herejes, perderían mil reinos, y con razón: otro ganar es un reino, que no se acaba, que con solo una gota que gusta un alma desta agua dél, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? ¡Oh, Señor! si me diérades estado para decir á voces esto, no me creyeran (como hacen á muchos que lo saben decir de otra suerte que yo), mas al menos satisfaciérame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida, por dar á entender una sola verdad destas; no se después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí; con ser la que soy me dán grandes impetus por decir esto á los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome á vos, Señor mio, á pidiros remedio para todo; y bien sabéis vos que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho, con quedar en estado que no os ofendiese, y las daría á los reyes, porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes. ¡Oh Dios mio! dadles á entender á lo que están obligados; pues los quisistes vos señalar en la tierra de manera, que aun he oido decir hay señales en el cielo cuando lleváis alguno. Que cierto cuando pienso esto me hace devoción que queráis vos, Rey mio, que hasta en

esto entiendan os han de imitar en vida, pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristes vos en su muerte. Mucho me atrevo: rómpalo vuesa merced si mal le parece; y crea se lo diría mejor en presencia si pudiese, ó pensase me han de creer, porque los encomiendo á Dios mucho y querría me aprovechase (1). Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio aventurar á ganar mucho, porque no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos y la ceguedad que traemos.

2. Llegada un alma aquí, no es solo deseos lo que tiene por Dios, su Majestad la da fuerzas para ponerles por obra. No se le pone cosa delante en que piense le sirve, á que no se abalance, y no hace nada porque, como digo, ve claro que no es todo nada, sino contentar á Dios. El trabajo es que no hay que se ofrezca á las que son de tan poco provecho como yo. Sed vos, bien mío, servido, venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo; ordenad vos, Señor, como fuéredes servido, como esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras y han hecho cosas heroicas por amor de vos; yo no soy para más de hablar, y así no queréis vos, Dios mío, ponerme en obras; todo se va en palabras y

(1) Pasando la Santa por Madrid á la fundación de Toledo en 1569 puso por escrito algunos avisos que recibió del cielo para el Rey y respondían á pensamientos los más secretos del Monarca. Se los entregó por conducto de la Princesa doña Juana. Entre otras cosas le decía: «Señor, acuerdese que Saul también recibió la unción sagrada y sin embargo fué desechado.» Sorprendido Felipe II con este aviso quiso hablar con Santa Teresa, pero esta había ya salido de Madrid.

deseos cuando he de servir; y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltára en todos. Fortaleced vos mi alma y disponedla primero, Bien de todos los bienes y Jesús mío; y ordenad luego modos como haga algo por vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada: cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de vos tan vacías las manos, pues conforme á las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mi conforme á la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; más llegada á vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis, por poco que sea, iré adonde estaba, que era el infierno.

3. ¡Oh, qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar á tratar con todos, á mirar y ver esta farsa desta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe como huir, vese en cadena y presa; entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razón que tenía san Pablo de suplicar á Dios le librase della; da voces con él, pide á Dios libertad, como otras veces he dicho: mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo á buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena, y lo que más la fatiga es no hallar muchos que se quejen con ella y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh, si no estuviésemos asidos á nada ni tuviesemos puesto nuestro contento en

cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin él, templaría el miedo de la muerte, con el deseo de gozar de la vida verdadera! Considero algunas veces cuando una como yo, por haberme el Señor dado esta luz con tan tibia caridad y tan incierto el descanso verdadero, por no lo haber merecido mis obras, siento tanto verme en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los santos? ¿Qué debía de pasar san Pablo y la Magdalena, y otros semejantes, en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debía ser un continuo martirio. Paréceme que quien me da algún alivio, y con quien descanso de tratar, son las personas que hallo destos deseos: digo deseos con obras. Digo con obras, porque hay algunas personas que á su parecer están desasidas, y así lo publican (y había ello de ser, pues su estado lo pide y los muchos años que ha que algunas han comenzado camino de perfección), mas conoce bien esta alma desde muy lejos los que lo son de palabras, ó los que ya estas palabras han confirmado con obras; porque tiene entendido el poco provecho que hacen los unos y el mucho los otros: y es cosa que quien tiene experiencia lo ve muy claramente.

4. Pues dicho ya estos efectos que hacen los arrobamientos, que son de espíritu de Dios. Verdad es que hay más ó menos: digo menos, porque á los principios, aunque hace estos efectos, no están experimentados con obras, y no se puede así entender que los tiene; y también va creciendo la perfección y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algún tiempo; y mientras más crece el amor y humildad en el alma, mayor

olor dan de si estas flores de virtudes para sí y para los otros. Verdad es que de manera puede obrar el Señor en el alma en un raptó destos, que quede poco que trabajar á el alma en adquirir perfección, porque no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor le da aquí; que no hay diligencia nuestra que ha esto llegue, á mi parecer. No digo que con el favor del Señor, ayúdán dose muchos años por los términos que escriben los que han escrito de oración, principios y medios, no llegarán á la perfección y desasimiento mucho con hartos trabajos; mas no en tan breve tiempo, como sin ninguno nuestro obra el Señor aquí, y determinadamente saca el alma de la tierra y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya más merecimientos que habla en la mía, que no lo puedo más encarecer, porque era casi ninguno. El por qué lo hace su Majestad, es porque quiere, y como quiere hácelo; y aunque no haya en ella disposición, la dispone para recibir el bien que su Majestad le da. Así que no todas veces los da porque se lo han merecido en granjear bien el huerto (aunque es muy cierto á quien esto hace bien y procura desasirse, no dejar de regarle), sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra que es más ruin, como tenga dicho, y dispónela para todo bien; de manera, que parece no es ya parte en cierta manera, para no tornar á vivir en las ofensas de Dios que solía.

5. Tiene el pensamiento tan habituado á entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños. Riese entre si algunas veces cuando ve á personas graves de oración y

religión hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los pies. Dicen que es discreción y autoridad de su estado para más aprovechar: sabe ella muy bien que aprovecharían más en un día que pospusiesen aquella autoridad de estado por amor de Dios, que con ella en diez años. Así vive vida trabajosa y siempre con cruz, mas va en gran crecimiento: cuando parece á los que las tratan están muy en la cumbre, desde á poco están muy más mejoradas, porque siempre las va favoreciendo más. Dios es alma suya, es el que la tiene ya á cargo, y así le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando para que no le ofenda, y favoreciendo y despertando para que le sirva. En llegando mi alma á que Dios la hiciese esta tan gran merced, cesaron mis males, y me dió el Señor fortaleza para salir dellos, y no me hacía más estar en las ocasiones y con gente que me solía distraer, que si no estuviera; antes me ayudaba lo que me solía dañar; todo me era medios para conocer más á Dios, y amarle, y ver lo que le debía y pesarme de la que había sido.

6. Bien entendía yo no venía aquello de mí ni lo había ganado con mi diligencia, que aun no había habido tiempo para ello: su Majestad me había dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor á hacer esta merced destos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido de su mano para no tornar atrás; ni me parece, como es así, hago nada casi de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra: y por esto me parece que á alma que el Señor hace

estas mercedes, que yendo con humildad y temor, siempre entendiendo el mismo Señor lo hace, y nosotros casi no nada, que se podrá poner entre cualquiera gente: aunque sea más distraída y viciosa, no le hará al caso ni moverá en nada; antes, como he dicho, le ayudará, y serle há modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar á otras; aunque esta fortaleza no viene de sí: de poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasi, y las grandes mercedes y visiones, y todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma, y que tenga en menos las cosas desta vida, y conozca mas claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado á los que le sirven. Plega á su Majestad sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuercen y animen los que esto leyeren, á dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente paga su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio y la ganancia que tienen los que le sirven: ¿qué será en la otra?



CAPITULO XXII

En que trata cuán seguro camino es para los contemplativos, no levantar el espíritu á cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplación la Humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo: es muy provechoso este capítulo.

UNA cosa quiero decir, á mi parecer importante, que si á vuesa merced le parece bien, servirá de aviso, que podría ser haberle menester; porque en algunos libros que están escritos de oración, tratan, que aunque el alma no puede por sí llegar á este estado, porque es toda obra sobrenatural que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad después de muchos años que haya ido por la vida purgativa, y aprovechando por la iluminativa; (no sé yo bien por qué dicen iluminativa; entiendo que de los que van aprovechando), y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginación corpórea, y que se lleguen á contemplar en la Divinidad: porque dicen que aunque sea la Humanidad de Cristo, á los que llegan ya tan adelante, que embaraza ó impide á la mas perfecta contemplación. Traen lo que dijo el Señor á los Apóstoles cuando la venida del Espíritu Santo, (digo cuando subió á los cielos) para este proposito. Paréceme á mí que si tuvieran la fe como la tuvieron después que vino el Espíritu

Santo, de que era Dios y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto á la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece que como esta obra toda es espíritu, que cualquier cosa corpórea la puede estorbar ó impedir; y que considerarse en cuadrada manera y que está Dios en todas partes y verse engolfada en él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece á mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo y que entre en cuenta este divino cuerpo con nuestras miserias ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega á su Majestad que me sepa dar á entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vías lleva Dios las almas (como ha llevado la mía, quiero yo ahora decir, en lo demás no me entrometo), y en el peligro en que me vi, por querer conformarme con lo que leía. Bien creo que quien llegare á tener unión y no pasare adelante (digo arrobamientos y visiones y otras mercedes que hace Dios á las almas), que terná lo dicho por lo mejor, como yo lo hacía; y si me hubiera estado en ello, creo nunca hubiera llegado á lo que ahora; porque á mí parecer es engaño, ya puede ser yo sea la engañada, más diré lo que me acaeció.

2. Como yo no tenía maestro y leía en estos libros, por donde poco á poco yo pensaba entender algo (y después entendí que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender, porque no era nada lo que entedia, hasta que su Majestad por experiencia me lo daba á entender, ni sabía lo que hacía), en comenzando á tener algo de oración sobrenatural, digo de quietud, procu-

raba desviar toda cosa corpórea; aunque ir levantando el alma yo no osaba, que como era siempre tan ruin, vía que era atrevimiento; mas parecíame sentir la presencia de Dios, como es así, y procuraba estarme recogida con él; y es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho; y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar á la humanidad, sino que en hecho de verdad me parecía me era impedimento. ¡Oh Señor de mi alma y bien mío Jesucristo crucificado! no me acuerdo vez desta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia. Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya á la postre: digo á la postre, de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opinión, y así siempre tornaba á mi costumbre de holgarme con este Señor; en especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato é imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera. ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron á mi todos los bienes, sino de vos! No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimó mucho, que cierto era ignorancia; y así quisistes vos, por vuestra bondad, remediarla con darme quien me sacase deste yerro, y después conque os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que más claro entendiese cuan grande era, y que lo dijese á muchas personas, que lo he dicho, y para que lo pusiese ahora aquí. Tengo para mí que la causa

de no aprovechar más muchas almas y llegar á muy gran libertad de espíritu cuando llegan á tener oración de unión, es por esto.

3. Paréceme que hay dos razones en que puedo fundar mi razón, y quizá no digo nada, mas lo que dijere he lo visto por experiencia, que se hallaba muy mal mi alma hasta que el Señor la dió luz; porque todos sus gozos eran á sorbos, y salida de allí no se hallaba con la compañía que después para los trabajos y tentaciones: la una es, que va un poco de poca humildad tan solapada y escondida, que no se siente. ¿Y quién será el soberbio y miserable como yo, que cuando hubiera trabajado toda su vida con cuantas penitencias y oraciones y persecuciones se pudieren imaginar, no se halle por muy rico y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar al pie de la cruz con San Juan? No sé en que seso cabe no se contentar con esto, sino en el mío, que de todas maneras fué perdido en lo que había de ganar. Pues si todas veces la condición ó enfermedad, por ser penoso pensar en la pasión, no se sufre, ¿quién nos quita estar con él después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, donde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los Apóstoles? Porque cierto, no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos como pasó. Héle aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando á los unos, animando á los otros, antes que subiese á los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fué en su mano apartarse un momento de nosotros. ¡Y que haya

sido en la mía apartarme yo de vos, Señor mio, por más serviros! Que ya cuando os efendia no os conocia; ¡mas que conociéndoos pensase ganar más por este camino! ¡Oh qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino, si vos no me tornárades á él, que en veros cabe mí, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo, que mirándoos á vos cual estuvistes delante de los jueces, no se me haga buen de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: él ayuda y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero; y veo yo claro, y he visto después, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos desta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas lo he visto por experiencia: hámele dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

4. Así que vuesa merced, Señor, (1) ne quiera

(1) Por primera vez llama Santa Teresa, *Señor*, al Padre á quien se dirige, que era Fr. García de Toledo. Así le llama también en carta á D. Alvaro de Mendoza que se encontraba en Olmedo, y escribiéndole desde Avila en 1567 le decía:

«El *Señor* Fr. García está muy bueno, gloria á Dios. Siempre nos hace merced y cada día más siervo suyo. Tomó un oficio, que le mandó el Provincial, de Maestro de Novicios, que para su autoridad era cosa bien baja; aunque no se le dió, sino porque su espíritu y virtud aprovechase á la Orden, eriendo aquellas almas conforme á él. Tomólo con tanta humildad, que ha edificado mucho. Tiene harto trabajo.»

La Santa usó esta palabra *Señor* por la nobleza y alta alcurnia de este V. P. hermano del Duque de Alba, pareciéndole digno de este tratamiento, aun después de su profesión en la Orden de Santo Domingo. Este párrafo, como otros muchos,

otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. El le enseñará: mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado, quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí. Miremos al glorioso San Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado, con cuidado, después que esto he entendido, de algunos Santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino: San Francisco, da muestras dello en las llagas; San Antonio de Padua en el Niño; San Bernardo se deleitaba en la Humanidad; Santa Catalina de Sena, otros muchos que vuesá merced sabrá mejor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe de ser, cierto, pues gente tan espiritual lo dice; más á mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro, se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced el Señor hace á cada alma: en eso no me entremeto. Lo que querria dar á entender es, que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima Humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querria saberme declarar.

5. Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modos de oración que quedan

le añadió la Santa cuando por mandado del mismo P. García escribió segunda vez su *Vida*, y por esto en el último capítulo ó sea el 40 concluye así: «De esta manera vivo ahora, Señor y Padre mío.»

dichos hemos visto) claro está, que aunque no queramos, se quita esta presencia. Entonces vaya en hora buena; dichosa tal pérdida, que es para gozar más de lo que nos parece se pierde; porque entonces se emplea el alma toda en amar á quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera tan bién gozar, sino fuera perdiéndose á sí, para como digo, más ganarse; más que nosotros de maña, y con cuidado nos acostumbremos á no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta siceratísima Humanidad, esto digo, que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parezca andar llena de Dios. Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos traerle humano: que este es el otro inconveniente que digo hay. El primero ya comencé á decir es un poco de falta de humildad de quererse levantar el alma hasta que el Señor la levante, y no contentarse con meditar cosa tan preciosa y querer ser María, antes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer día, no hay que temer; más comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplación, hace mucho daño.

6. Tornando al segundo punto, nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo (1): querernos

(1) La doctrina de Santa Teresa en todo este capítulo 22 sobre la Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, no es otra

hacer ángeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí, ó ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios y persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades es muy buen amigo Cristo; porque le miramos hombre, y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vernán que ni lo uno ni lo otro se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar á procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolación, solo le dejaron en los trabajos: no le dejemos nosotros, que para más subir él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y se ausentará cuando viere que conviene y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

7. Mucho contenta á Dios ver un alma, que con humildad pone por tercero á su Hijo y le ama tanto, que aun queriendo su Majestad subirle á

cosa que la exposicion de la teoría de Santo Tomás sobre esta misma materia, como puede verse en diferentes partes de sus Obras, en especial en la 2.^a 2.^a Question 82 Artículo 3.^o ad 3.^o donde entre otras cosas dice así: «*Ea quæ pertinent ad humanitatem Christi maxime devotionem excitant.*» Lo que pertenece á la Humanidad de Jesucristo, es lo que mas excita la devocion;» y lo confirma con la autoridad de la Iglesia en el Prefacio: «*ut dum visibiliter Deum cognoscimus etc.*» Es ademas profundamente filosófica la expresion de Santa Teresa cuando dice: «No somos Angeles, sino tenemos cuerpo.»

muy gran contemplación (como tengo dicho) se conoce por indigno; diciendo con San Pedro: «Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador.» Esto he probado; deste arte ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo he entendido es, que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin; y aún procuraba su Majestad darme á entender cosas para ayudarme á conocerme, que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo para ayudarse en esta oración de unión, que aunque luego parece le aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto á caer; y he miedo que nunca llegará á la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo ni gusto en la oración (que los de la tierra ya están dejados), sino consolación en los trabajos, por amor del que siempre vivió en ellos, y estar en ellos, y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud, y la pena que á algunas personas, que si no están siempre trabajando con el entendimiento y con tener devoción, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo que no se procure y estén con cuidado delante de Dios; mas que si no pudieren tener aún un buen pensamiento (como otra vez he dicho) que no se maten: siervos sin provecho somos, ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto y andemos hechos asnillos para traer la noria del agua que

queda dicha, que aunque cerrados los ojos y no entendiendo lo que hacen, sacarán más que el hortelano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios; si su Majestad nos quisiere subir á ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana; si no, servir en oficios bajos, y no sentarnos en el mejor lugar, como he dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse á sí, quien tiene ya dada toda su voluntad á Dios? A mí parecer muy menos se sufre aquí que en el primer grado de la oración, y mucho más daña: son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz por mucho que se esfuerce á cantar no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha él menester antes dar voces: pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté á los pies de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí; esté como quiera, imite á la Magdalena, que de que esté fuerte, Dios la llevará al desierto.

8. Así que vuesa merced hasta que halle quien tenga más experiencia que yo y lo sepa mejor, estése en esto. Si son personas que comienzan á gastar de Dios, no las crea, que les parece les aprovecha, y gustan más ayudándose. ¡Oh, cuando Dios quiere, como viene al descubierto sin estas ayuditas, que aunque más hagamos, arrebatá el espíritu como un gigante tomaría una paja, y no basta resistencia! ¡Qué manera para creer, que cuando él quiere, espera á que vuele el sapo por si mismo! Y aun más dificultoso y

pesado me parece levantarse nuestro espíritu si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es más su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor en darnos tal prenda del que nos tiene; que amor saca amor. Y aunque sea muy á los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dé-nosle su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene, por el que él nos tuvo, y por su glorioso Hijo, á quien tan á su costa nos le mostró. Amén.

9. Una cosa querría preguntar á vuesa merced: ¿cómo en comenzando el Señor á hacer mercedes á un alma tan subidas, como es ponerla en perfecta contemplación, que de razón había de quedar perfecta del todo luego (de razón, si por cierto, porque quien tan gran merced recibe, no había más de querer consuelos de la tierra); pues porqué en arrobamiento, y en cuanto está ya el alma mas habituada á recibir mercedes, parece que trae consigo los efectos tan más subidos, y mientras más, más desasida, pues en un punto que el Señor llega la puede dejar santificada? ¿cómo después, andando el tiempo, la deja el mismo Señor con perfección en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no lo sé; mas bien sé es diferente lo

que Dios deja de fortaleza, cuando al principio no dura más que cerrar y abrir los ojos, y casi no se siente sino en los efectos que deja, ó cuando va más á la larga esta merced. Y muchas veces pareceme á mí, si es el no se disponer del todo luego el alma, hasta que el Señor poco á poco la cria, y la hace determinar, y da fuerzas de varón, para que dé del todo con todo en el suelo, como lo hizo con la Magdalena con brevedad; hácelo en otras personas, conforme á lo que ellas hacen en dejar á su Majestad hacer; no acabamos de creer, que aun en esta vida da Dios ciento por uno.

10. También pensaba yo esta comparación, que puesto que sea todo uno lo que se da á los que más adelante van, que en el principio es como un manjar que comen dél muchas personas, y las que comen poquito, quédales solo buen sabor por un rato; las que más, ayuda á sustentar; las que comen mucho, da vida y fuerza; y tantas veces se puede comer y tan cumplido deste manjar de vida, que ya no coman cosa que les sepa bien, sino él; porque ve el provecho que le hace: y tiene ya tan hecho el gusto á esta suavidad, que querría más no vivir que haber de comer otras cosas que no sean sino para quitar el buen sabor que el buen manjar dejó. También una compañía santa no hace su conversación tanto provecho de un día como de muchos; y tantos pueden ser los que este mos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios; y en fin, todo está en lo que su Majestad quiere y á quien quiere darlo; más mucho va en determinarse, quien ya comienza á recibir esta merced, en desasirse de todo y tenerla en lo que es razón.

11. También me parece que anda su Majestad á probar quien le quiere, si no uno, si no otro, (1) descubriendo quien es con deleite tan soberano, por avivar la fe, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: «Mirá que esto es una gota del mar grandísimo de bienes,» por no dejar nada por hacer con los que ama; y como ve que le reciben, así da y se da. Quiere á quien le quiere; y ¡qué bien querido, y qué buen amigo! ¡Oh Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar á entender qué dáis á los que se fían de vos, y qué pierden los que llegan á este estado y se quedan consigo mismos! No queráis vos esto, Señor; pues más que esto hacéis vos, que os venis á una posada tan ruin como la mía. Bendito seáis por siempre jamás. Torno á suplicar á vuesa merced, que estas cosas que he escrito de oración, si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino, ó se han quedado en el medio, no podrán así atinar; y hay algunas que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y paréceles que así podrán los otros aprovechar allí, y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quefarse han secos como un palo; y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luego piensan que como tienen lo uno, pueden hacer lo otro; y en lugar de aprovechar, desaprovecharán, como he dicho; así que en todo es menester experiencia y discreción. El Señor nos la dé por su bondad.

(1) «También me parece que anda su Majestad á probar quien le quiere.» Expresión bellísima y la más gráfica para significar lo que es Dios con las almas.

CAPITULO XXIII

En que torna á tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó á tratar de más perfección, y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar.

QUIERO ahora tornar adonde dejé de mi vida, que me he detenido, creo más de lo que me había de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía, la que he vivido desde que comencé á declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, á lo que parecia; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando á quitar ocasiones y á darme más á la oración, comenzó el Señor á hacerme las mercedes, como quien deseaba, á lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad á darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que les había hecho el demonio, comencé á temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar; puesto que vía en mí por otra parte una grandísima seguridad que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y vía que

quedaba de allí muy mejorada y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba á temer y á pensar, si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento para quitarme la oración mental y que no pudiese pensar en la Pasión, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía á mí mayor pérdida, como no lo entendía. Mas como su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada de solo saber el modo que llevaban de vida y oración; más no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos y ser la que era, hacíase me cosa recia.

2. En esto anduve algún tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí y temores, me determiné á tratar con una persona espiritual, para preguntarle qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender á Dios; porque la falta, como he dicho, que vía en mi fortaleza, me hacía estar tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y así no había término para que yo á esto me determinase. Aguardaba á enmendarme primero, como

cuando dejé la oración, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya tan caida en cosillas de mala costumbre, que no acababa de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fué la primera. Como yo vi iba tan adelante mi temor, porque crecía la oración, parecióme que en esto había algún gran bien ó grandísimo mal; porque bien entendía ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podía resistir: tenerlo cuando yo quería era escusado. Pensé en mí que no tenía remedio si no procuraba tener limpia conciencia y apartarme de toda ocasión, aunque fuese de pecados veniales, porque siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia; si era demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podía hacer, antes él quedaría con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre á Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos dias, ví que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfección á solas, por algunas aficiones que tenía á cosas, que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

3. Dijéronme de un clérigo letrado que había en este lugar, (1) que comenzaba el Señor á dar á entender á las gentes su bondad y buena vida, y procuré por medio de un caballero santo que hay en este lugar (2). (Es casado, mas de vida tan

(1) El Maestro Daza, quien, en una memoria escrita de su puño y letra assguró tener parentesco con Santo Doningo de Guzman por la Bienaventurada D.^a Juana de Aza ó Daza, Madre del glorioso Patriarca.

(2) Francisco de Salcedo, casado con D.^a Mencia del Aguila.

ejemplar y virtuosa, y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección, y con mucha razón; porque gran bien ha venido á muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversacion no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa, que da contento grande á los que trata: tolo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece trae otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar á todos). Pues este bendito y santo hombre con su industria, me parece fué principio para que mi alma se salvase. Su humildad á mí espántame, que con haber á lo que creo poco menos de cuarenta años que tiene oración (no se si son dos ó tres menos), y lleva toda la vida de perfección, que á lo que parece sufre su estado; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios y de tanta caridad, que por ella no se pierde: en fin, como mujer de quien Dios sabía había de ser tan

Después de la muerte de su esposa, se ordenó de Sacerdote, habiendo estudiado muchos años Teología con los Dominicos del Convento de Santo Tomás de esta ciudad de Avila.

De este V. Sacerdote y de lo azepto que era á Dios el Sacrificio de la Misa que celebraba, habla la Santa en su tercera relacion quando escribe: «Una vez poco antes de esto, yendo á comulgar, estando la Forma en el relicario, que aún no se me había dado, vi una manera de paloma, que meneaba las alas con ruido: turbóme tanto y suspendióme, que con harta fuerza tomé la Forma. Esto era todo en San José de Avila. Dábame el Santísimo Sacramento el padre Francisco Salcedo. Otro dia oyendo Misa, vi al Señor glorificado en la Hostia, díjome, *que le era azeptable su sacrificio.*»

grande siervo suyo la escogió. Estaban deudos suyos casados con parientes míos; y también con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mía, tenía mucha comunicación. Por esta vía procuré viniese á hablarme este clérigo que digo tan siervo de Dios, que era muy su amigo, (1) con quien pensé confesarme y tener por maestro. Pues trayéndolo para que me hablase, y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo, dile parte de mi alma y oración; que confesarme no quiso, dijo que era muy ocupado, y era así. Comenzó con determinación santa á llevarme como á fuerte (que de razón había de estar según la oración vió que tenía) para que en ninguna manera ofendiese á Dios. Yo como vi su determinación tan de presto en cosillas, que como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, aflíjime, y como vi que tomaba las cosas de mi alma como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo vía que había menester mucho más cuidado. En fin, entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo me había de remediar, porque eran para alma más perfecta; y yo, aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificación. Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque la aflicción que me daba de ver cómo yo no hacía ni me parece podía lo que él me decía, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en co-

(1) El Maestro Daza.

menzar á llegar almas á Dios, cómo no fué servido entendiéndose la mía, ni se quisiese encargar della, y veo fué todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.

4. Desta vez quedé concertada con este caballero santo, (1) para que alguna vez me viniese á ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar con persona tan ruin como yo. Comenzóme á visitar y animarme, y decirme que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco á poco lo haría Dios; que en cosas bien livianas había él estado algunos años, que no las había podido acabar consigo. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces adonde estas, y á los que se llegan á quien la tiene! Decíame este santo (que á mi parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas, que á él le parecía que lo eran con su humildad, para mi remedio; y mirado conforme á su estado, no era falta ni imperfección. y conforme al mío, era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, é importan tanto para comenzar á aprovechar un alma y sacarla á volar, que aun no tiene plumas, como dicen, que no lo creará nadie, sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vuesa merced (2) ha de aprovechar mucho, lo digo aquí, que fué toda mi salud saberme curar y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discrección poco á poco dando maneras para vencer al demonio. Yo le comencé á tener tan grande amor, que no había para mí mayor des-

(1) Francisco Salcedo. (2) Dominico P. Ibañez.

canso que el día que le vía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruin no me vía.

5. Como él fué entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aún serían pecados, aunque después que le traté más enmendada estaba), y como le dije las mercedes que Dios me hacía para que me diese luz, dijóme que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas, que no podía dejar de temer mucho; porque le parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; mas que pensase bien todo lo que entendía de mi oración y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender qué es, y saberlo decir, ha poco que me lo dió Dios. Como me dijo esto, con el miedo que yo traía, fué grande mi aflicción y lágrimas; porque cierto yo deseaba contentar á Dios y no me podía persuadir á que fuese demonio, mas temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros, para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno que se llama *Subida del monte*, en lo que toca á unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada (que esto era lo que yo más decía, que no podía pensar nada cuando tenía aquella oración); señalé con unas rayas la parte que eran, y dile el libro, para que él y el otro clérigo (1) que he dicho, santo y siervo de Dios, lo mirasen, y me dijesen lo que había de hacer, y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de

(1) El Maestro Daza.

meter en esos peligros, pues á cabo de veinte años casi que había que la tenía, no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener. Aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo había probado cuál estaba mi alma sin oración: así que todo lo vía trabajoso, como el que está metido en un río, que á cualquiera parte que vaya dél teme más peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande este, y destos he pasado muchos, como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender cómo se ha de probar el espíritu.

6. Y es grande, cierto, el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir á mucho mal, diciéndoles muy claro, es demonio; sino mirarlo muy bien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien he tratado mi oración, sino preguntando unos y otros por bien, me han hecho harto daño, que se han divulgado cosas que estuvieran bien secretas; pues no son para todos, y parecía las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor, para que yo padeciese. No digo que decían lo que trataba con ellos en confesión, mas como eran personas á quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame á mí habían de callar. Con todo nunca osaba callar cosa á personas semejantes. Pues digo, que se avise con mucha discreción, animándolas, y aguardando tiempo, que el

Señor las ayudará como ha hecho á mí; que si no grandísimo daño me hiciera, según era temerosa y medrosa: con el gran mal de corazón que tenía, espántome cómo no me hizo mucho mal.

7. Pues como di el libro, y hecha relación de mi vida y pecados, lo mejor que pude, por junto, (que no confesión por ser seglar, mas bien di á entender cuan ruin era) los dos siervos de Dios (1) miraron con gran caridad y amor lo que me convenía. Venida la respuesta, que yo con hartor temor esperaba, y habiendo encomendado á muchas personas que me encomendasen á Dios, y yo con harta oración aquellos dias, con harta fatiga vino á mí, y dijome, que á todo su parecer de entrambos era demonio: que lo que me convenía era tratar con un padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, vernía; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general, y de mi condición, y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la confesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, si no había quien me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, lei en un libro, que parece el Señor me lo puso en las manos, que decía San Pablo: Que era Dios muy fiel, que nunca á los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé á tratar

(1) Salcedo y Daza.

de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdome que como vi después que lo e cribi tantos males, y cásiningun bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. También me daba pena, que me viesen en casa tratar con gente tan santa, como los de la Compañía de Jesús, porque emía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos, y si esto no hacía, que era peor; y así procuré con la sacristana y portera no lo dijese á nadie. Ay rovechóme poco, que acerto á estar á la puerta, cuando me llamarón, quien lo dijo por todo el convento. Mas ¡qué de embarazos pone el demonio, y qué de ternores, á quien se quiere llegar á Dios!

8. Tratando con aquel siervo de Dios (1), que lo era harto, y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había començado á entender mortificación; y era así, que aun el nombre no me parece entendía; que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes; que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo) que tenía mucha culpa si no respondía á las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablar

(1) Este siervo de Dios era el Jesuita P. Juan de Pradancs.

en él el Espíritu Santo para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hizome gran confusión, llevóme por medios que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Dijome que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase dél, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no les diese lugar hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada, y el Señor que me ayudó, y á él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido destos benditos hombres de la Compañía de Jesús; aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó á tener mi alma, como ahora diré.

CAPITULO XXIV

Prosigue lo comenzado, y dice cómo fué aprovechando su alma después que comenzó á obedecer, y lo poco que le aprovechaba el resistir las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas.

QUEDÓ mi alma desta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa á que no me dispusiera; y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía

hacía poco caso de todo: y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como que dejaba libertad y no premio, si yo no me le pusiese por amor. Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Cuanto á lo exterior víase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la misma casa: (1) y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito y profesión que hacía, quedaba corta. Gané deste resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía que para darme regalos en la oración, era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir: después vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y así era: yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mayor á hacer mercedes, y á señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese que no era más en mi mano. Comencé á tomar de nuevo amor á la sacratísima Humanidad; comenzóse á asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionar me á más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varón santo que me confesó, (2) que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto

(1) Convento de la Encarnación. (2) P. Pradanos.

mal, porque yo no hacía penitencia me la querría dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia para que me lo mandase de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, de manera que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta que me la quitaba. Hacía mucha oración porque el Señor me tuviese de su mano; pues trataba con sus siervos no permitiese tornase atrás, que me parecía fuera gran delito, y que habían ellos de perder crédito por mí.

2. En este tiempo vino á este lugar el Padre Francisco (1), que era duque de Gandía y había algunos años, que dejándolo todo, había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho también vino á mí, para que le hablase y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido y regalado de Dios, que como quien había mucho dejado por él, aun en esta vida le pagaba. Pues después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión; y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no le resistiese, sino que dejase llevarle á su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dió la medicina y consejo; que hace mucho

(1) San Francisco de Borja.

en esto la experiencia: dijo que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada, y el caballero también: holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba y daba avisos en lo que podía, que era mucho.

3. En este tiempo mudaron á mi confesor deste lugar á otro, lo que yo senti muy mucho, porque pensé me había de tornar á ser ruin, y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa; no sabía qué hacer de mí. Procuróme llevar una parienta mía á su casa, y yo procuré ir luego á procurar otro confesor en los de la Compañía. Fué el Señor servido, que comencé á tener amistad con una señora viuda de mucha calidad, y oración, que trataba con ellos mucho (1). Hizo me confesase su confesor, y estuve en su casa muchos dias: vivía cerca. Yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que de solo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentía. Este padre (2) me comenzó á poner en más perfección. Decíame, que para del todo contentar á Dios, no había de dejar nada por hacer: también con harta maña y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendía á Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame á mí era ingratitud dejarlas: y así le decía, que pues no ofendía á Dios, que ¿por qué había de ser desagradecida? El me dijo que lo encomendase á Dios unos dias, y que rezase el himno de *Veni*

(1) D.^a Guiomar de Ulloa, con quien desde este momento entabló una grande amistad hasta la muerte.

(2) El Jesuita P. Baltasar Alvarez.

Creator, porque me diese luz de cual era lo mejor. Habiendo estado un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase á contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vinome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversacion con hombres, sino con ángeles*. A mi me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras; así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que á mi parecer causó la novedad) me quedó.

4. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación, ni amor particular sino á personas que entiendo le tienen á Dios y le procuran servir, ni á sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos, ni amigos; si no entiendo esto ó es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie: esto es así á todo mi parecer, sin ninguna falta. Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien habia querido en aquel momento (que no me parece fué más) dejar otra á su sierva. Así que no fué menester mandármelo más, que como me via el confesor tan asida en esto, no había osado determinadamente decir que lo hiciese. Debía aguardar á que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello; porque ya yo mesma lo había procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa que me

parecía no era inconveniente, lo dejaba; y aquí me dió el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra. Así se lo dije al confesor, y lo dejé todo conforme á como me lo mandó. Hizo harto provecho á quien yo trataba, ver en mi esta determinación. Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dió la libertad que yo con todas cuantas diligencias habia hecho muchos años habia no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fué hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dió.

CAPÍTULO XXV

En que trata el modo y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oirse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho, para quien se viere en este grado de oración, porque se declara muy bien, y de harta doctrina.

PARÉCEME será bien declarar cómo es este hablar que hace Dios al alma, y lo que ella siente (1), para que vuesa merced lo entienda; porque des-

(1) Nadie como Santa Teresa conoció mejor por experiencia las señales para distinguir las hablas interiores que vienen de Dios. Por eso, cuantos después de ella han escrito sobre materia de sí tan recóndita y oscura, no han hecho sino repetir las atinadísimas reglas que la Mística Doctora nos da en el presente capítulo para el discernimiento del espíritu bueno ó malo.

de esta vez que he dicho que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos y advertir á otra cosa, de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hoy remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traía; y ahora lo pruebo algunas veces, más poco me aprovecha.

2. Yo querría declarar los engaños que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia pareceme será poco ó ninguno; más ha de ser mucha la experiencia, y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno ó cuando es malo, ó como puede también ser aprensión del mismo entendimiento, que podría acaecer, ó hablar el mismo espíritu á sí mismo: esto no sé yo si puede ser, mas aun hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios tengo muy probado en muchas cosas que se me decían dos y tres años antes, y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira; y otras cosas adonde se ve claro ser espíritu de Dios, como después se dirá.

3. Paréceme á mí que podría una persona, estando encomendando una cosa á Dios con grande afecto y aprehensión, parecerle entiende alguna cosa, si se hará ó no, y es muy imposible: aunque á quien ha entendido de estotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia: y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo, y que habla. Que no es otra cosa sino ordenar uno la plática, ó escuchar lo que otro le dice, y verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos: en estotro no hay término. Y otra señal más que todas, que no hace operación, porque estotra que habla el Señor es palabras y obras; y aunque las palabras no sean de devoción, sino de reprehensión, á la primera disponen un alma y la habilita, y enternece y dá luz, y regala y quieta; y si estaba con se quedad ó alboroto y desasosiego de alma, como con la mano se le quita, y aun mejor; que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso, y que sus palabras son obras. Paréceme que hay la diferencia, que si nosotros hablásemos ú oyesemos, ni más ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; más si me hablan, no hago mas de oír sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio dormido. Estotro es voz tan clara, que no pierde una sílaba de lo que se dice; y acaece ser á tiempos que está el entendimiento y alma tan

alborotada y distraída, que no acertaría á concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias que le dicen, que ella, aun estando muy recogida, no pudiera alcanzar, y á la primera palabra, como digo, la mudan toda; en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas, ¿cómo se entenderán cosas que no habían venido á la memoria, aun antes? ¿cómo vernán entonces, que no obra cási, y la imaginación está como embobada?

4. Entiéndase que cuando se ven visiones ó se entienden estas palabras, á mí parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mismo arrobamiento; que en este tiempo (como ya dejó declarado, creo en la segunda) del todo se pierden todas las potencias, y á mí parecer, allí no se puede ver, ni entender, ni oír. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve, no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera, que aunque no están perdidas, cási nada obran; están como absortas y no hábiles para concertar razones. Hay tantas para entender la diferencia, que si una vez se engañase, no serán muchas. Y digo que si es alma ejercitada y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efecto hace, ni el alma lo admite; porque estotro, mal que nos pese, y no se da crédito, antes se entiende que es devanear del entendimiento, cási como no se haría caso de una persona que sabéis tiene frenesí. Estotro es como si lo oyésemos á una persona muy santa, ó letrada y de

gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y aun es baja comparación, porque traen algunas veces una magestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quien las dice, si son de reprehensión hacen temblar; y si son de amor, hacen deshacerse en amar; y son cosas, como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dicense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.

5. Así que en esto no hay que me detener, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella mesma de advertencia no se quiere engañar. Acaecidome ha muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si se me antojó (esto después de posado, que entonces es imposible), y verlo cumplido desde ha mucho tiempo; porque hace el Señor que quede en la memoria, que no se puede olvidar; y lo que es del entendimiento, es como primer movimiento del pensamiento, que pasa y se olvida. Estotro es como obra que, aunque se olvide algo y pase tiempo, no tan del todo que se pierda la memoria de que en fin se dijo; salvo si no ha mucho tiempo, ó son palabras de favor ó doctrina; mas de profecía no hay olvidarse, á mi parecer; al menos á mí, aunque tengo poca memoria. Y torno á decir que me parece si un alma no fuese tan desalmada que lo quiera fingir, que sería harto mal, y decir que lo entiende no siendo así; más dejar de ver claro que ella lo ordena y lo parla entre sí, pareceme no lleva camino si ha entendido el espíritu de Dios; que si no toda su vida

podrá estarse en ese engaño y parecerle que entiende, aunque yo no sé como. O esta alma lo quiere entender ó no; si se está deshaciendo de lo que entiende, y en ninguna manera querría entender nada por mil temores y otras muchas causas que hay para tener deseos de estar quieta en su oración sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio al entendimiento que ordene razones? Tiempo es menester para esto. Acá sin perder ninguno quedamos enseñadas, y se entienden cosas que parece era menester un mes para ordenarlas. Y el mismo entendimiento y alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden. Esto es así, y quien tuviere experiencia verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho. Alabo á Dios porque lo he sabido así decir. Y acabo con que me parece, siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tenemos oración, nos podría parecer entendemos: más en estotro no es así, sino que estaré muchos días, que aunque quiera entender algo, es imposible; y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender. Paréceme que quien quisiese engañar á los otros diciendo que entiende de Dios lo que es de sí, que poco le cuesta decir que lo oye con los oídos corporales; y es así cierto con verdad que jamás, pensé había otra manera de oír ni entender, hasta que lo ví por mí; y así como he dicho, me cuesta harto trabajo.

6. Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efectos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos ó tres veces, y he sido luego avisada del Señor cómo era demonio. Dejado la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma

á manera de otras muchas veces que ha permitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud que no se sabe entender de donde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota y aflige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu á otro. El gusto y deleite que él dá, á mi parecer, es diferente en gran manera. Podría él engañar con estos gustos á quien no tuviere ó hubiere tenido otros de Dios. De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta, que unas devocioncitas de lágrimas y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios y santos sentimientos, más no para determinar estos efectos de buen espíritu ó malo. Y así es bien andar siempre con gran aviso, porque cuanto á personas que no están más adelante en la oración, que hasta esto, facilmente podrian ser engañados si tuvisen visiones ó revelaciones. Yo nunca tuve cosas destas postreras, hasta haberme Dios dado por sola su bondad oración de unión, sino fué la primera vez que dije, que ha muchos años que ví á Cristo, que pluguiera á su Majestad entendiera yo era verdadera visión, como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran disgusto.

7. Tengo por muy cierto que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, á alma que de ninguna cosa se fia de sí y está fortalecida en la

fe, que entienda ella de sí que por un punto della morirá mil muertes: y con este amor á la fe que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme á lo que tiene la Iglesia, preguntando á unos y á otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto ó detenerse en decir: «pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad, como lo que decía á los Santos,» no digo que lo crea, sino que el demonio la comience á tentar, por primero movimiento, que detenerse en ello ya se ve que es malísimo; mas aun primeros movimientos muchas veces en este caso, creo no vernán si el alma está en esto tan fuerte, como lo hace el Señor á quien da estas cosas, que le parece desmenuzaria los demonios, sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña; digo, que si no viere en sí esta fortaleza grande y que ayude á ella la devoción ó visión, que no la tenga por segura. Porque aunque no se sienta luego el daño, poco á poco podría hacerse grande, que á lo que yo veo y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme á la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese desto, mucha más firmeza sin comparación me parece ternia en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga; porque entonces no es menester andar á buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería.

El caso es que cuando es demonio, parece que se esconden todos los bienes y huyen del alma, según queda desabrida y alborotada, y sin ningún efecto bueno; porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. *Paréceme que quien tiene experiencia del buen espíritu, lo entenderá.*

8. Con todo puede hacer muchos embustes el demonio, y así no hay cosa en esto tan cierta, que no lo sea más temer é ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado y no le callar nada, y con esto ningún daño puede venir, aunque á mí hartos me han venido por estos temores demasiados que tienen algunas personas. En especial me acaeció una vez que se habían juntado muchos, á quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese que aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba hablaba á otros, unos con otros trataban mucho de mí remedio, que me tenían mucho amor y temían no fuese engañada: yo también traía grandísimo temor cuando no estaba en la oración, que estando en ella, y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba. Creo eran cinco ó seis (1), todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no

(1) Sabemos porque la Santa, así lo dice en el capítulo 23 núm. 7, que tanto el Maestro Daza como el Caballero Salcedo opinaban ser espíritu del demonio y no de Dios el que la guiaba en la oración: «que á todo su parecer de entrambos era demonio.» Sabemos también por lo que la Santa escribe en el núm. 4 del capítulo 29, que el Jesuita P. Fernando del Aguila: «comenzó á decir que claro era demonio;» pero no sabemos quienes fueron los otros dos de los cinco que aquí dice «se determinaban en que era demonio.»

comulgase tan amenudo, y que procurase distraerme, de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo como vi que tantos lo afirmaban y yo no lo podía creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida sin comparación que yo, y letrados, que, ¿por qué no los había de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme á esto debían de decir verdad. Fuíme de la iglesia con esta aflicción, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí; unos me parecía burlaban de mí, cuando de ello trataba, como que se me antojaba; otros avisaban al confesor que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio; solo el confesor (que aunque conformaba con ellos, por probarme, según después supe) siempre me consolaba, y me decía que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo á Dios no me podía hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho á Dios; y él y todas las personas que confesaba lo hacían harto, y otras muchas; y yo toda mi oración, y cuantos entendía eran siervos de Dios, porque su Magestad me llevase por otro camino; y esto me duró no sé si dos años, que era contino pedirlo al Señor.

9. A mi ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba era posible que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tomaba

horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo escusar, me decía lo que era servido, y aunque me pesaba, lo había de oír. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sinó como persona espantada de tanta tribulación y temor de sí me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí (en esta aflicción me vi algunas y muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto extremo) estuve así cuatro ó cinco horas, que consuelo ni del cielo ni de la tierra, no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil peligros. ¡Oh Señor mío, cómo sois vos el amigo verdadero, y como poderoso cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh, quien diese voces por él para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan, vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer á quien os ama. ¡Oh Señor mío, qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh quien nunca se hubiera detenido en amar á nadie sino á vos! Parece, Señor, que probáis con rigor á quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mío, quien tuviera entendimiento y letras, y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío, más si vos no me desamparáis, no osaltaré yo á vos. Levántense (1) con-

(1) Es sin duda este pasege hasta la conclusión del capítulo, uno de los más divinamente escritos por la Doctora Mística. Excede aquí su elocuencia á toda elocuencia humana.

tra mi todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atormentenme los demonios, no me faltéis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis á quien en sólo vos confía. Pues estando en esta tan gran fatiga (aun entonces no habia comenzado á tener ninguna visión) solas estas palabras bastaban para quitármela, y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que yo soy, y no te desampararé, no temas.*

10. Paréceme á mí según estaba, que eran menester muchas horas para persuadirme á que me sosegase, y que no bastara nadie: héme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh qué buen Dios! ¡Oh qué buen Señor y qué poderoso! No solo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh váleme Dios, y cómo fortalece la fe y se aumenta el amor! Es así cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó á los vientos que se estuviesen quedos en la mar, cuando se levantó la tempestad, y así decia yo: ¿Quién es este que así le obedecen todas mis potencias y da luz en tan gran obscuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía habia de haber mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? ¿Qué me acaeció pensar, de qué temo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir á este Señor,

No es mujer la que aquí escribe, es Dios quien habla por Teresa de Jesús.

no pretendo otra cosa sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad (que desto bien cierto estaba, á mi parecer, que lo podía afirmar). Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva deste Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer á mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me vi otra en breve tiempo, que no temiera tomarme con ellos á brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera á todos; y así dije: Ahora vení todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

11. Es sin duda que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque aunque algunas veces los vía, como diré después, no los he habido más casi miedo, antes me parecía ellos me le habían á mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me dá más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer, sino á quien ven que se les rinde, ó cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tienen y atormenten. Pluguiese á su Magestad temiésemos á quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es ello así. Qué

espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra y haciendas y deleites; que entonces juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima; más si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve escurecido el entendimiento, ayuda lindamente á que se quiebren los ojos; porque si á uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las deste mundo cosa de juego de niño, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal, y atrévese á luchar con él una y muchas veces.

12. Plega el Señor que no sea yo destes, sino que me favorezca su Majestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés; y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán á mi. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya mas miedo á los que tan grande le tienen al demonio que á él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan

mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor que tan de veras me ha ayudado.

CAPITULO XXVI

Prosigue en la mesma materia; va declarando y diciendo cosas que le han acaecido, que le hacian perder el temor y afirmar que era buen espiritu el que la hablaba.

TENGO por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor, este ánimo que me dió contra los demonios, porque andar un alma acobardada y temerosa de nada, sino de ofender á Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todo poderoso, y tan gran Señor, que todo lo puede y á todos sujeta. No hay que temer, andando (como he dicho) en verdad delante de su Majestad y con limpia conciencia. Para esto (como he dicho) querría yo todos los temores, para no ofender en un punto á quien en el mesmo punto nos puede deshacer; que contento su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, que no lleve las manos en la cabeza. Podráse decir que así es; mas que, ¿quién será esta alma tan recta, que del todo le contente, y que por eso teme? No la mía por cierto, que es muy miserable, y sin provecho, y llena de mil miserias; más no ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas: más por grandes conjeturas siente el alma en sí, si le ama de verdad; porque en las que llegan á este

estado no anda el amor disimulado, como á los principios, sino con tan grandes ímpetus y deseo de ver á Dios, como después diré, ó queda ya dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, sino es con Dios ó por Dios: no hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso, y así es cosa muy clara, que como digo, no pasa en disimulación.

2. Acaeciome otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio, que después diré, de casi todo el lugar á donde estoy, y de mi Orden, y afligida con muchas ocasiones que había para inquietarme, y decirme el Señor: *¿De qué temes? ¿no sabes que soy Todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido.* Y así se cumplió bien después; y quedar luego con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle, y me pusiera de nuevo á padecer. Es esto tantas veces, que no lo podría yo contar: muchas las que me hacía reprensiones, y hace cuando hago imperfecciones, que bastan á deshacer un alma. Al menos traen consigo el enmendarse, porque su Majestad (como he dicho) da el consejo y el remedio. Otras traerme á la memoria mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe adonde se meter: otras avisarme de algunos peligros míos y de otras personas, cosas por venir, tres ó cuatro años antes, muchas, y todas se han cumplido: algunas podrá ser señalar. Así que hay tantas cosas para

entender que es Dios, que no se puede ignorar, á mi parecer.

3. Lo más seguro es (yo así lo hago, y sin esto no tenía sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos, pues no tenemos letras, y aquí no puede haber daño, sino muchos provechos) como muchas veces me ha dicho el Señor, que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace con el confesor, y que sea letrado, y que le obedezca. Esto muchas veces. Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligia y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó á lo que me parece; y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada á esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprehensión que me deshacía más que cuanto el confesor hacía: algunas veces me fatigaba, cuestión por un cabo y reprehensión por otro; y todo lo había menester, según tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez, que no era obedecer, sino estaba determinada á padecer; que pusiese los ojos en lo que él había padecido, y todo se me haría fácil.

4. Aconsejéme una vez un confesor, que á los principios me había confesado, que ya que estaba probado ser buen espíritu, que callase y no diese ya parte á nadie, porque mejor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentía tanto cada vez que las decía al confesor, y era tanta mi afrenta, que mucho más que confesar pecados graves lo sentía algunas veces; en especial si eran mercedes grandes, parecíame no me habían

de creer, y que burlaban de mí. Sentía yo tanto esto, que me parecía era desacato á las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entonces que había sido muy mal aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesaba, porque en esto había gran seguridad, y haciendo lo contrario, podría ser engañarme alguna vez.

5. Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor á decir que le obedeciese; después su Majestad le volvía para que me lo tornase á mandar. Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya por dejarlos en latín, me dijo el Señor: *No tengas pena, que Yo te daré libro vivo*. Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aun no tenía visiones; después desde á bien pocos días lo entendí muy bien, porque he tenido tanto que pensar y recogerme en lo que vía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca, ó casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!

6. ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y affigido con persecuciones, que no las abraza, y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da á los que le sirven, que no conozca es todo nada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que

pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá, en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar?

Porque con el favor de Dios se dirá más de algunas cosas, quiero ir adelante en el proceso de mi vida. Plega al Señor haya sabido declararme en esto que he dicho; bien creo que quien tuviere experiencia lo entenderá y verá he atinado á decir algo; quien no, me espanto le parezca desatino todo; basta decirlo yo para quedar disculpado, ni culparé á quien lo dijere. El Señor me deje atinar en cumplir su voluntad. Amén.

CAPITULO XXVII

En que trata otro modo conque enseña el Señor al alma, y sin hablarla la da á entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión, y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo.

PUES tornando al discurso de mi vida, yo estaba con esta aflicción de penas, y con grandes oraciones, como he dicho que se hacían, porque el Señor me llevase por otro camino que fuese más seguro, pues este me decían era tan sospechoso. Verdad es que, aunque yo lo suplicaba á Dios, por mucho que quería desear otro camino, como vía tan mejorada mi alma (si no era alguna vez,

cuando estaba muy fatigada de las cosas que me decían y miedos que me ponían) no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedía. Yo me vía otra en todo; no podía, sino poníame en las manos de Dios, que El sabía lo que me convenía, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo. Vía que por este camino le llevaba para el cielo, y que antes iba al infierno, que había de desear esto; ni creer que era demonio, no me podía forzar á mí, aunque hacía cuanto podía por creerlo y desearlo, mas no era en mi mano. Ofrecía lo que hacía, si era alguna buena obra, por eso. Tomaba santos devotos porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame á San Hilarión y á San Miguel el Angel, con quien por esto tomé nuevamente devoción, y á otros muchos Santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad. A cabo de dos años que andaba con toda esta oración mía y de otras personas para lo dicho, ó que el Señor me llevase por otro camino ó declarase la verdad, (que eran muy continas las hablas que he dicho me hacía el Señor) me acaeció esto.

2. Estando un día del glorioso San Pedro en oración, ví cabe mí, ó sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no ví nada, más pareciome estaba junto cabe mí Cristo, y vía ser él el que me hablaba, á mi parecer. Yo como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, dióme grande temor al principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta, y con regalo y sin ningún temor. Parecíame andar siempre á mi lado Jesucristo; y como no

era visión imaginaria, no vía en que forma: más estar siempre á mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, ó no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí.

3. Luego fui á mi confesor harto fatigada á decírselo. Preguntóme que ¿en qué forma le vía? Yo le dije que no le vía. Díjome que ¿cómo sabía yo que era Cristo? Yo le dije que no sabía cómo, más que no podía dejar de entender que estaba cabe mí, y le vía claro, y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones para darme ha entender; y cierto para esta manera de visión, á mi parecer, no la hay que mucho cuadre: que así como es de las más subidas (según después me dijo un santo hombre y de gran espíritu, llamado Fray Pedro de Alcántara, de quien después haré más mención, y me han dicho otros letrados grandes, y que es adonde menos se puede entremeter el demonio de todas) así no hay términos para decirla acá las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán á entender. Porque si digo que con los ojos del cuerpo ni del alma no le veo, porque no es imaginaria visión, ¿cómo entiendo y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si lo viese? Porque parecer que es como una persona que está á oscuras, que no ve á otra que está cabe ella, ó si es ciega, no va bien; alguna semejanza tiene más no mucha, porque siente con los sentidos, ó la oye hablar, ó menear, ó la toca.

Acá no hay nada desto, ni se ve escuridad; sino que se representa por una noticia al alma más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, si no una luz que, sin ver luz alumbra el entendimiento, para que goce el alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes.

4. No es como una presencia de Dios, que se siente muchas veces, (en especial los que tienen oración de unión y quietud) que parece en queriendo comenzar á tener oración, hallamos con quién hablar, y parece entendemos nos oye por los efetos y sentimientos espirituales que sentimos de gran amor y fe, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en mucho á quien lo ha dado; porque es muy subida oración, mas no es visión que entendiese que está allí Dios por los efetos que, como digo, hace al alma, que por aquel modo quiere su Majestad darse á sentir: acá vese claro que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen. En estotra manera de oración representanse unas influencias de la Divinidad: aquí junto con éstas se ve nos acompaña, y quiere hacer mercedes también la Humanidad sacratísima. Pues preguntóme el confesor: ¿quién dijo que era Jesucristo? Él me lo dijo muchas veces, respondí yo: más antes que me lo dijese se imprimió en mi entendimiento que era él, y antes desto me lo decía, y no le vía. Si una persona que yo nunca hubiera visto, sino oído nuevas della, me viniese á hablar estando ciega, ó en gran escuridad, y me dijese quien era, creerlo hía, más no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá si, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que

no parece se puede dudar: que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo que se ve, ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha si se nos antonjó: acá aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda. Así es también en otra manera que Dios enseña á el alma, y la habla sin hablar, de la manera que queda dicha.

5. Es un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar á entender, aunque más queramos decir, si el Señor por experiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen ni forma de palabras, sino á manera desta visión que queda dicha. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios que entienda el alma lo que él quiere, y grandes verdades y misterios; porque muchas veces lo que entiendo cuando el Señor me declara alguna visión que quiere su Majestad representarme, es así; y paréceme que es adonde el demonio se puede entremeter menos, por estas razones; si ellas no son buenas, yo me debo engañar. Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias ni en los sentidos, á mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada. Esto es alguna vez y con brevedad, que otras bien me parece á mí que no están suspendidas las potencias ni quitados los sentidos, sino muy en sí, que no es siempre esto en contemplación, ántes muy pocas veces; más estas que son, digo, que no obramos nosotros nada, ni hacemos nada: todo parece obra del Señor. Es como cuando ya está puesto el man-

jar en el estómago sin comerle, ni saber nosotros cómo se puso allí, mas entiende bien que está; aunque aquí no se entiende el manjar que es, ni quien lo puso, acá sí; mas cómo se puso no lo sé, que ni se vió, ni se entiende, ni jamás se había movido á desearlo, ni había venido á mi noticia que esto podía ser.

6. En la habla que hemos dicho antes, hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, á entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar y que no se divierta; como á uno que oyese bien, y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto á voces, aunque no quisiese lo oír. Y, en fin, algo hace, pues está atento á entender lo que le hablan: acá ninguna cosa, que aun este poco que es solo escuchar, que hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado y comido, no hay más que hacer de gozar; como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber como ni donde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el A B C. Esta comparación postrera me parece declara algo deste don celestial, porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese á disputar la verdad destas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced destas para trocar toda un alma y hacerla no amar cosa sinó á quien vé que, sin trabajo ninguno suyo la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata

con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir. Porque hace algunas mercedes, que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiración, y hechas á quien tampoco las ha merecido, que si no hay muy viva fe, no se podrán creer: y así yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho á mí, si no me mandaren otra cosa, sino son algunas visiones, que pueden para alguna cosa aprovechar, ó para que á quien el Señor las diere no se espante, pareciéndole imposible, como hacía yo; ó para declararle el modo ó camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.

7. Pues tornando á esta manera de entender, lo que me parece es, que quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo: y paréceme á mí, que así como allá sin hablar se entienden (lo que yo nunca supe cierto es así, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese, y me lo mostró en un arrobamiento) así es acá, que se entienden Dios y el alma, con solo querer su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse á entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho y tienen buen entendimiento, aun sin señas parece que se entienden con solo mirarse. Esto debe ser así, que sin ver nosotros, como de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el Esposo á la Esposa en los Cantares, á lo que creo, helo oído que es aquí.

8. ¡Oh benignidad admirable de Dios, que así os dejáis mirar de unos ojos que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya, Señor, desta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni

que les contente ninguna fuera de vos. ¡Oh ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar? Que sé yo por experiencia que es verdad esto que digo, y que es lo menos de lo que vos hacéis con una alma que traéis á tales términos, lo que se puede decir. ¡Oh almas que habéis comenzado á tener oración, y las que tenéis verdadera fe, ¿qué bienes podéis buscar aun en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin) que sea como el menor destos? Mirá que es así cierto, que se da Dios á sí á los que todo lo dejan por él. No es acetador de personas, á todos ama, no tiene nadie excusa, por ruin que sea, pues así lo hace conmigo, trayéndome á tal estado. Mirá que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir, sólo va dicho lo que es menester para darse á entender esta manera de visión y merced que hace Dios al alma; mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da á entender secretos y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos á ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y destos que dá el Señor sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado.

9. Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razón estuviera yo allá más afrentada que nadie. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes y deleites y gloria para sin fin, todos á costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerasalen, ya que no le ayudemos á llevar la cruz con el Cirineo? Qué, ¿con placeres y pásatiempos hemos de gozar lo que él

nos ganó á costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas pensamos remediar un desprecio como él sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado va el camino, nunca llegaremos allá. Dé voces vuesa merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó á mí esta libertad. A mí me las querría dar siempre, y oyóme tan tarde, y entendí á Dios, como se verá por lo escrito, que me es gran confusión hablar en esto, y así quiero callar; solo diré lo que algunas veces considero. Plega al Señor me traiga á términos, que yo pueda gozar deste bien. ¿Qué gloria accidental será, y que contento de los bienaventurados que ya gozan desto, cuando vieren que, aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fué posible? Ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme á sus fuerzas y estado, y el que más, más. ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse muy avatido! ¡Qué sabio el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron á la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! ¿Más si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tengan por sabios y discretos? Eso, eso debe ser, según se usa de discreción; luego nos parece es poca edificación no andar con mucha compostura y autoridad cada uno en su estado. Hasta el fraile y clérigo y monja nos parecerá que

traer cosa vieja y remendada es novèdad y dar escàndalo á los flacos; y aun estar muy recogidos y tener oración, según está el mundo, y tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que tenían los santos, qué pienso hace más daño á las desventuras que pasan en estos tiempos, que no haría escàndalo á nadie dar á entender los religiosos por obras, como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que destos escàndalos el Señor saca dellos grandes provechos; y si unos se escandalizan, otros se remuerden: si quiera que hubiese un dibujo de lo que pasó por Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.

10. Y ¡qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre deste tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los pies, que aunque no anden desnudos ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. ¡Y cuán grande le dió su Majestad á este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben! Quiero decir algo della, que sé es toda verdad. Dijome á mí y á otra persona, de quien se guardaba poco (y á mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré), paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había

dormido sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre, ó de rodillas, ó en pié. Lo que dormía era sentado, la cabeza arimada á un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese ni cosa en los pies, ni vestía sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y este tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes frios se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que con ponerse después el manto y cerrar la puerta contentaba el cuerpo, para que sosegase con más abrigo. Comer á tercero día era muy ordinario. Y díjome, que ¿de qué me espantaba? Que muy posible era á quien se acostumbraba á ello. Un su compañero me dijo, que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos é ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fui testigo. Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo, que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden, y no conocer fraile, sino era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así á las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino ibase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba; esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver que no ver; más era muy viejo cuando le vine á conocer,

y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles (1). Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En estas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo dirá vuesa merced que para qué me meto en esto, y con él lo he escrito. Y así lo dejo, con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes. Como vió ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*, é hincado de rodillas murió.

11. Después ha sido el Señor servido, yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que ¡bienaventurada penitencia, que tanto premio había merecido! y otras muchas cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró me apareció, y dijo cómo se iba á descansar. Yo no lo creí; dijelo á algunas personas, y desde á ocho días vino la nueva cómo era muerto, ó comenzado á vivir para siempre, por mejor decir. Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria; parece-me que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pedirían cosa en su nombre que no la oyese. Muchas

(1) Es una de las expresiones más gráficas entre las muchas conque se tropieza á cada paso en las Obras de esta insigne Doctora.

que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas (1). Sea bendito por siempre. Amén.

12. Más que hablar he hecho para despertar á vuesa merced á no estimar en nada cosa desta vida, como si no lo supiese, ó no estuviera ya determinado á dejarlo todo y puéstolo por obra. Veo tanta perdición en el mundo, que aunque no aproveche más decirlo yo de cansarme de escribirlo, me es descanso, que tolo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en este caso le he ofendido, y vuesa merced que le canso sin propósito. Parece que quiero haga penitencia de lo que yo en esto pequé.

CAPITULO XXVIII

En que trata las grandes mercedes que le hizo el Señor, y cómo le apareció la primera vez: declara qué es visión imaginaria: dice los grandes efectos y señales que deja cuando es de Dios. Es muy provechoso capítulo y mucho de notar.

RORNANDO á nuestro propósito, pasé algunos días, pocos, con esta visión muy continua, y hacíame tanto provecho, que no salía de oración; y aún cuanto hacía, procuraba fuese de suerte, que no descontentase al que claramente vía estaba por testigo; y aunque á veces temía con lo mucho que

(1) San Pedro de Alcántara, ilustre hijo del gran Patriarca San Francisco, fué gran maestro y protector de Santa Teresa. Murió el 18 de Octubre de 1532 en Arenas, Villa que desde este tiempo se llamó de San Pedro, donde hasta hoy es venerado su santo cuerpo.

me decían, durábame poco el temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer. Hizome gran temor, porque cualquiera novedad me le hace grande á los principios de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga. Desde á pocos días ví también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó asorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco á poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese del todo, hasta después que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme á mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruín sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor disponiendo.

2. Parecerá á vuesa merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso: sónlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre y seguridad, y con tales efectos que presto se perdía el temor.

3. Un día de san Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí á vuesa merced cuando mucho me lo mandó (1). Y hacíaseme

(1) La clasificación que la Santa hace de las diferentes visiones, en corporales, imaginarias é intelectuales y de su graduación en la perfección de ellas, se halla en todo conforme,

harto de mal, porque no se puede decir, que no sea deshacerse; mas lo mejor que supe ya lo dije, y así no hay para qué tornarlo á decir aquí: solo digo, que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro; aun acá que se muestra su Majestad conforme á lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será adonde del todo se goza tal bien? Esta visión aunque es imaginaria, nunca la ví con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfecta la pasada que esta, y esta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Esta dicen que es la más baja, y adonde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba. Y también después de pasada me acaecía (esto era luego, luego) pensar yo también en esto, que se me había antojado, y fatigábame de haberlo dicho al confesor, pensando si le había engañado. Este era otro llanto, é iba á él y decíasele. Preguntábame, ¿qué si me parecía á mi así ó si había querido engañar? Yo le decía la verdad, porque á mí parecer no mentía, ni tal había pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra. Esto bien lo sabía él, y así procuraba sosegar-me, y yo sentía tanto en irle con estas cosas,

hasta en los más mínimos detalles, con lo que enseña el Angelico Doctor en su *Suma Teológica* al tratar de la profecía (2.^a 2.^a)

que no sé como el demonio me ponía lo había de fingir, para atormentarme á mí mesma.

4. Mas el Señor se dió tanta prisa á hacerme esta merced y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque excede á todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deíte grandísimo á la vista y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa á la vista, que no se querrían abrir los ojos después.

5. Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, á una muy turbia y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural, y estotra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz no la turba nada. En fin, es de suerte que, por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es: y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; más no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay po-

der resistir, ni basta diligencia ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado, como diré.

6. Lo que yo ahora querría decir, es el modo como el Señor se muestra por estas visiones: no digo que declararé de qué manera puede ser poner esta luz tan fuerte en el sentido interior, y en el entendimiento imagen tan clara, que parece verdaderamente está allí, porque esto es de letrados: no ha querido el Señor darme á entender el cómo; y soy tan ignorante y de tan rudo entendimiento, que aunque mucho me lo han querido declarar, no he aún acabado de entender el cómo. Y esto es cierto, que aunque á vuesa merced le parezca que tengo vivo entendimiento, que no lo tengo, porque en muchas cosas lo he experimentado, que no comprende más de lo que le dan á comer, como dicen. Algunas veces se espantaba el que me confesaba de mis ignorancias, y jamás me dió á entender, ni aun lo deseaba, cómo hizo Dios esto ó pudo ser esto, ni lo preguntaba, aunque como he dicho, de muchos años acá trataba con buenos letrados. Si era una cosa pecado ó no, esto sí; en lo demás no era menester más para mí de pensar hizolo Dios todo, y vía que no habia de qué me espantar, sino por qué le alabar, y antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más.

7. Diré, pues, lo que he visto por experiencia; el cómo el Señor lo hace, vuesa merced lo dirá mejor, y declarará todo lo que fuere oscuro y yo no supiere decir. Bien me parecía en algunas cosas que era imagen lo que vía, mas por otras muchas no, sino que era el mismo Cristo, conforme á la claridad con que era servi lo mostrármelo.

Unas veces era tan en confuso, que me parecía imagen, no como los dibujos de acá, por muy perfectos que sean, que hartos he visto buenos: es disparate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más ni menos que la tiene una persona viva á su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin, se ve es cosa muerta: mas dejemos esto, que aquí viene bien y muy al pie de la letra. No digo que es comparación, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia que de lo vivo á lo pintado, no más ni menos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da á entender que es hombre, y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene á veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Representase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma, se ve consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar á entender la majestad con que os mostráis! ¡Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que vos criáades, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser vos Señor dello!

8. Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios, en comparación del vuestro, y cómo quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajastes al limbo, y tuvieran de desear otros mil infiernos mas bajos

para huir de tan gran majestad, y veo que queréis dar á entender á el alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad, junto con la Divinidad. Aquí se representa bien, qué será el día del juicio ver esta majestad de este Rey, y verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad que deja en el alma de ver su miseria, que no la puede ignorar. Aquí la confusión y verdadero arrepentimiento de los pecados, que aun con verle que muestra amor, no sabe adonde se meter, y así se deshace tola. Digo que tiene tan grandísima fuerza esta visión, cuando el Señor quiere mostrar al alma mucha parte de su grandeza y majestad, que tengo por imposible, si muy sobrenatural no la quisiese el Señor ayudar, con quedar puesta en arrobamiento y éxtasi (que pierde el ver la visión de aquella divina presencia, con gozar) sería, como digo, imposible sufrirla ningún sujeto. Es verdad, que se olvida después. Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderla olvidar, si no es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande que diré adelante; que aun entonces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida: parécele comienza de nuevo amor vivo de Dios en muy alto grado, á mi parecer; que aunque la visión pasada, que dije que representa á Dios sin imagen, es más subida, que para durar la memoria conforme á nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, es gran cosa el quedar representada y puesta en la imaginación tan divina presencia. Y casi vienen juntas estas dos maneras de visión siempre; y aun es así que lo vienen, porque con los ojos del alma

vese la excelencia y hermosura y gloria de la santísima Humanidad; y por estotra manera que queda dicha, se nos da á entender cómo es Dios y poderoso y que todo lo puede y todo lo manda, y todo lo gobierna y todo lo hinche su amor.

9. Es muy mucho de estimar esta visión, y sin peligro, á mi parecer; porque en los efetos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme que tres ó cuatro veces me ha querido representar de esta suerte á el mismo Señor, en representación falsa: toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión que ha visto el alma, mas así la resiste de sí y se alborota y se desabre é inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración. A los principios fué esto, como he dicho, tres ó cuatro veces. Es cosa tan diferentísima, que aun quien hubiere tenido sola oración de quietud, creo lo entenderá por los efetos que quedan dichos en las hablas. Es cosa muy conocida, y si no se quiere dejar engañar un alma, no me parece la engañará si anda con humildad y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego cási se siente; porque aunque comienza con regalo y gusto, el alma lo lanza de sí: y aun á mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro y casto, y muy en breve da á entender quién es.

10. Así que, adonde hay experiencia, á mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. Pues ser imaginación esto, es imposible de toda imposibilidad, ningún camino lleva, porque sola la hermosura y blancura de una mano es sobre toda

nuestra imaginación. Pues sin acordarnos de ello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes cosas que en gran tiempo no pudieran concertarse con la imaginación, porque va muy más alto, como ya he dicho, de lo que acá podemos comprender: así que esto es imposible; y si pudiésemos algo en esto, aun se ve claro por estotro que ahora diré. Porque si fuese representado con el entendimiento (dejado que no haría las grandes operaciones que esto hace, ni ninguna) porque sería como uno que quisiese hacer que dormía, y estase despierto, porque no le ha venido el sueño; él, como si tiene necesidad ó flaqueza en la cabeza lo desea, adormécese él en sí y hace sus diligencias, y á las veces parece hace algo; mas si no es sueño de veras, no le sustentará ni dará fuerza á la cabeza, antes á las veces queda más desvanecida. Así sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y disgustada: acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo, de salud, y queda conortado.

11. Esta razón, con otras, daba yo cuando me decían que era demonio, y que se me antojaba (que fué muchas veces) y ponía comparaciones como yo podía y el Señor me daba á entender; mas todo aprovechaba poco, porque como había personas muy santas en este lugar, y yo en su comparación una perdición, y no los llevaba Dios por este camino, luego era el temor en ellos; que mis pecados parece lo hacían, que de uno en otro se rodeaba, de manera que lo venían á saber, sin decirlo yo sino á mi confesor ó á quien él me mandaba. Yo les dije una vez que si los que me decían

esto me dijeran que una persona que hubiese acabado de hablarme y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba, que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo que había visto: mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenía ninguna, y me vía rica siendo pobre, que no podría creerlo, aunque yo quisiese; y que estas joyas las podía yo mostrar, porque todos los que me conocían vían claro estar otra mi alma, y así lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no disimulada, sino muy con claridad lo podían todos ver. Porque como antes era tan ruin, decía yo que no podía creer que si el demonio hacía esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme los vicios, y poner virtudes y fortaleza; porque vía claro quedar con estas cosas, en una vez, otra.

12. Mi confesor, como digo (que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús) respondía esto mismo, según yo supe (1). Era muy discreto y

(1) Este confesor era el Jesuita P. Baltasar Alvarez, quien acababa de ordenarse de Sacerdote, contan lo solo la edad de 25 años. La poca edad y falta de experiencia, explican, dice el Jesuita Antonio Astrain, la poca resolución y el temor que se manifiestan en la dirección espiritual de Santa Teresa. Padecía además, dice el Venerable la Puente, en esa época de su vida, de encogimiento de espíritu, todo lo cual unido á no poderse *bullir* sin permiso del Superior, que lo era entonces el padre Dionisio Vázquez, cuya severidad y rigor eran á todos conocidas según los Bolandistas, ha sido indudablemente la causa de que no llenara tan perfectamente como era de desear, el delicado puesto de confesor y director de un alma tan grande

de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó á mi hartos trabajos, porque con ser de mucha oración y letrado, no se fiaba de si, como el Señor no le llevaba por este camino: pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decía; traíanle ejemplos de otras personas: todo esto me fatigaba á mí. Temía que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí, no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oirme, sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por él; y así me decía que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase: siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa: yo así lo hacía. El me decía que haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haría daño, antes sacaría el Señor bien de el mal que él quería hacer á mi alma; procuraba perficionarla en todo lo que podía. Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años, y más, que me confesó con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venían á él; y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder á los que

y prodigiosa como la de Santa Teresa de Jesús. (*Cfr. Œuvres complètes des Carmélites* de Paris T.^e 1.^{re} pag. 364, edición de 1907.)

les parecía iba perdida, y no le creían; y por otra parte habíame de sosegar á mí y de curar el miedo que yo traía, poniéndomele mayor: me había por otra parte de asegurar; porque á cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores: todo me procedía de ser tan pecadora yo y haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, á lo que yo creo.

13. Los siervos de Dios, que no se aseguraban, tratábanme mucho; yo como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intención (yo quería mucho al uno dellos, porque le debía infinito mi alma y era muy santo: yo sentía infinito de que vía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento y que el Señor me dñese luz) y así lo que yo decía, como digo, sin mirar en ello, parecían poca humildad en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza y descuido, luego les parecía les quería enseñar y que me tenía por sábia; todo iba á mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho: él á reñirme. Duró esto harto tiempo afligida por muchas partes, y con las mercedes que me hacía el Señor todo lo pasaba. Digo esto, para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que á no favorecer tanto el Señor, no sé qué fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me vía en términos que no sabía

qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos á una mujercilla ruin y flaca como yo y temerosa, no parece nada ansi dicho, y con haber yo pasado en la vida grandisimos trabajos, es este de los mayores. Plega el Señor que yo haya servido á su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenaban y argüían, bien cierta estoy, y que era todo para gran bien mio.

CAPITULO XXIX

Prosigue en lo comenzado y dice algunas mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la decia para asegurarla y para que respondiese á los que la contradecian.

MUCHO he salido del propósito, porque trataba de decir las causas que hay para ver que no es imaginación: porque ¿cómo podriamos representar con estudio la Humanidad de Cristo, y ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se habia de parecer á ella. Bien la puede representar delante de su imaginación y estarla mirando algún espacio, y las figuras que tiene, y la blancura, y poco á poco irla más perficionando y encomendando á la memoria aquella imagen; esto ¿quién se lo quita? pues con el entendimiento la pudo fabricar. En lo que tratamos ningún remedio hay de esto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, y como quiere, y lo que quiere; y no hay quitar ni poner, ni modo para ello, aunque

más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver: en queriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde Cristo. Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacia Dios esta merced: habrá más de tres que tan continuo me la quitó deste modo, con otra cosa más subida (como quizá diré después), y con ver que me estaba hablando y yo mirando aquella gran hermosura y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor y desear yo en extremo entender el color de sus ojos, ó del tamaño que eran, para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento, que para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista.

2. Así que aquí no hay que querer ni no querer, claro se ve quiere el Señor que no haya sino humildad y confusión, y tomar lo que nos dieren y alabar á quien lo da. Esto es en todas las visiones, sin quedar ninguna, que ninguna cosa se puede, ni para ver menos, ni más hace ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro no es esta obra nuestra, sino de su Majestad; porque muy menos podemos tener soberbia, antes nos hace estar humildes y temerosos, viendo que como el Señor nos quita el poder para ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes y la gracia, y quedar perdidos del todo, y que siempre andemos con miedo mientras en este destierro vivimos.

3. Cási siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la hostia lo mesmo: si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz, y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas; y llevando la cruz también algunas veces, para, como digo, necesidades mías y de otras personas; más siempre la carne glorificada. Hartas afrentas y trabajos he pasado en decirlo, y hartos temores y hartas persecuciones. Tan cierto les parecía que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas. De esto poco se me daba á mí, mas sentía cuando vía yo que temían los confesores de confesarme, ó cuando sabía les decían algo. Con todo, jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez no lo trocará: siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mesmo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me vía crecer en amarle muy mucho: ibame á quejar á él de todos estos trabajos; siempre salía consolada de la oración y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque vía era todo peor, que les parecía poca humildad. Con mi confesor trataba, él siempre me consolaba mucho cuando me vía fatigada.

4. Como las visiones fueron creciendo, uno de ellos, que antes me ayudaba (que era con quien me confesaba algunas veces que no podía el ministro), comenzó á decir que claro era demonio (1).

(1) El Jesuita que la mandó dar higas, ó sea burlarse del Señor, fué el P. Fernando Alvarez del Aguila, según afirma el Jesuita P. Bois. «Dar higas, según el Sr. La Fuente, era